

MANUAL DEL PERFECTO CABALLERO

NORMAS BÁSICAS DEL BUEN VESTIR

José María López-Galiacho

Prólogo de Rafael Medina Abascal, duque de Feria

Índice

Portada

Dedicatoria

Prólogo

Introducción

La importancia de la imagen

La elegancia masculina clásica, la única moda intemporal

Las tres normas básicas del buen vestir

Definiendo los conceptos «formal», «semiformal», «informal» y «casual»

Capítulo I. Vestir de traje

El zapato, la base de todo buen armario

La elección del color de los calcetines: la conveniencia de huir del negro

El traje

La camisa

La corbata

Los complementos, un toque de distinción necesario

Cómo aparentar ser más altos, más delgados o más bajos

El abrigo, un imprescindible en el armario del caballero

Reino Unido-Italia: dos países, dos estilos

Capítulo II. Vestir de sport

La importancia de saber vestir también sin corbata

Los zapatos

Los pantalones de sport

Las dos chaquetas de sport por excelencia

Combinando zapatos, calcetines, pantalones, camisas y jerséis

Los Casual Fridays

La vestimenta de estar por casa

Capítulo III. Vestir de etiqueta

El frac, el exponente máximo de la formalidad

El chaqué, el atuendo del novio por excelencia

El esmoquin, la opción perfecta para veladas festivas

Epílogo. El cuidado del armario

Cómo alargar la vida de los zapatos

El cuidado de los trajes

Cómo conservar las camisas

Preservando la vida de las corbatas

Agradecimientos

Bibliografía

Páginas web consultadas

Biografía del autor

Créditos

*A las tres mujeres de mi vida:
mi madre, mi mujer y mi hija*

Prólogo

Que nuestra imagen forma parte indisoluble de nosotros y que es el primer mensaje que mandamos al exterior es un hecho incuestionable. Que una presencia refinada es siempre una buena tarjeta de visita y que no puede hacer otra cosa que ayudarnos parece igualmente algo indiscutible.

De coincidir conmigo en estas afirmaciones seguramente también se haga en el hecho de que la moda masculina clásica es la única forma de vestir que nunca pasará de moda. Las modas vienen y van pero el refinamiento de la moda clásica ha estado, está y estará siempre presente en los armarios de los hombres más elegantes.

Esta particular forma de vestir donde se prima la elegancia y el estilo intemporal frente a las modas pasajeras y no pocas veces carentes de sentido está hoy en un periodo de auge y su popularidad vuelve a alcanzar cotas de exquisitez similares a la de los años treinta. Al hombre de hoy día ya no le resulta suficiente vestir de cualquier manera. Quiere gustarse y estar elegante dejando la decisión sobre qué ponerse y cómo combinar las diferentes prendas solo en él.

Hoy vestir de forma elegante ya no parece ser el único objetivo. Por el contrario, la elegancia solo es el medio para conseguir algo todavía más difícil pero siempre más atractivo y a lo que no debería renunciarse: el estilo. Ya no vale vestir cualquier traje y combinarlo malamente con unos mediocres mocasines. Ahora, el hombre actual es mucho más exigente con su aspecto y por ello no se conforma con vestir prendas de baja calidad, aburridas o sencillamente con una mala hechura. Por el contrario se decanta por trajes más entallados, pantalones de boca más estrecha, calcetines de color o con algún diseño, pañuelos de bolsillo, etcétera.

De nada sirve adornar la parte interior de la chaqueta con una gran marca si el cuello se abre o se forman llamativas arrugas al abotonarla. Hoy, se busca que el traje quede exactamente acorde con las medidas de su propietario, los zapatos realcen el conjunto y que la camisa combine tanto con el traje como con la corbata.

Si el conocer cómo debe quedar correctamente un traje para conseguir de esta forma una perfecta hechura con este libro ya no será nunca más un secreto, tampoco lo será conocer cuáles son esos colores que más nos favorecen o aquellas combinaciones de

estampados que resultan más armónicas en su conjunto. Todo este interés por vestir correctamente ha hecho que nunca más que ahora se demande un manual donde se explique, de forma clara y detallada, al mismo tiempo que sencilla, cómo mejorar nuestro aspecto, se vista con traje o con vaqueros.

José María López-Galiacho con este *Manual del perfecto caballero* viene a llenar el gran vacío que existía hasta la fecha en este campo. Si las mujeres cuentan con infinidad de publicaciones donde acudir para buscar consejo, el hombre, por el contrario, no disponía hasta hoy de ningún libro en español que le sacara de las dudas sobre qué y cómo vestir.

José María pone a disposición de todos nosotros con este libro las normas básicas que nos ayudarán a escoger siempre la prenda adecuada para cada circunstancia y momento. Ya no habrá duda de qué tipo de zapato elegir según sea la formalidad del evento. Tampoco cabrán excusas para no acudir correctamente vestidos a una boda, se sea el novio o solo un invitado más. Igualmente, tras leer el capítulo dedicado a la vestimenta de etiqueta no volverá a aparecer la señal de alerta cuando veamos en una invitación la obligatoriedad de vestir un esmoquin o un chaqué.

Estas páginas nos servirán para descubrir que hay vida más allá del negro tanto en los calcetines como en los zapatos y nos podremos enfrentar, por ejemplo, con la misma confianza tanto a una reunión de trabajo como a una relajada tarde de compras.

Uno de los puntos más importantes en los que el autor no ha dudado en profundizar ha sido en el correcto protocolo de la vestimenta de cada prenda. Tras la lectura de este libro todos entenderemos por qué no pueden ser los mismos colores los que se vistan en horario de mañana que aquellos que se escojan para la tarde o por qué no es correcto vestir en las mismas circunstancias unos *full-brogue* o unos Oxford.

Si impresionante es el grado de detalle y de perfeccionamiento de los temas tratados en este libro para vestir de traje no lo es menos la manera con la que el autor analiza el atuendo de sport. Como bien apunta José María, y en varias ocasiones he comentado en diferentes entrevistas que preguntaban sobre ello, de nada sirve vestir un impoluto traje si no se hace lo propio cuando se viste sin corbata.

Por ello, es de agradecer que uno de los capítulos centrales de esta obra se centre en exclusiva en la vestimenta de sport. Si la imprescindible blazer puede sacarnos de todo tipo de apuro de forma elegante, una chaqueta de tweed resulta siempre una buena opción para acompañarnos en nuestro lugar de trabajo un viernes.

Si todo esto no fuera suficiente para convertir a este libro en ya todo un clásico, la descripción detallada de la procedencia de las prendas así como su evolución hasta nuestros días hacen que su interés no haga otra cosa que aumentar.

La utilidad de este completo manual tiene como broche final unos consejos para prolongar la vida de nuestro armario. Con los cuidados aquí tan bien explicados y detallados, nuestro armario puede convertirse en una gran inversión al alargarse la vida de sus prendas de manera más que considerable.

Esas normas básicas del buen vestir aquí recogidas en forma de consejo serán el guión a seguir para vestir tan elegante como un *gentleman* inglés y de forma tan estilosa como lo haría un dandi italiano.

En definitiva, un libro que nos permitirá vestir siempre de la manera más elegante y estilosa posible; ya sea cuando lo hagamos de traje, de etiqueta o de sport.

Rafael Medina Abascal

Duque de Feria

Introducción

La importancia de la imagen

«No hay una segunda oportunidad para una primera impresión.»

Oscar Wilde

ANTES DE PROFUNDIZAR EN ESTA OBRA DEBEMOS SER CONSCIENTES DE QUE LA elegancia masculina la aporta además de nuestra indumentaria también nuestra forma de ser, actuar y comportarnos en sociedad. Son estas últimas pautas las que determinarán el verdadero grado de elegancia de cada caballero.

A pesar de ello somos de la opinión de que si atrevido resulta ya enjuiciar la elegancia masculina exterior, temerario sería hacer lo propio con la interior. Por ello, en este libro nos limitaremos a hablar de aquella elegancia exterior que viene determinada por una forma de vestir concreta, dejando que cada lector defina lo que para él debería ser la elegancia interior.

Seguramente a nadie le resulte ya una novedad lo que los expertos en comunicación llevan afirmando desde hace varios años, esto es, que los primeros diez segundos de conocer a una persona son los responsables de la percepción que sobre ella se tendrá en el futuro.

Y esa primera imagen que permanecerá en la retina vendrá dada en gran parte por el atuendo escogido. Según transcurran los primeros minutos de cualquier encuentro, la imagen del caballero irá cambiando en aquel que con él comparte su tiempo. De ahí que siempre resulte más fácil afianzar en los demás una buena percepción de uno mismo si esa primera impresión fue positiva.

El dicho popular de que el hábito no hace al monje y que las apariencias engañan se aplica en todos los ámbitos de la vida y en el tema que nos ocupa no deja de ser menos cierto. No obstante, un aspecto cuidado puede decir mucho a favor de quien se ha tomado la molestia de que su presencia refinada le distinga. El vestir correctamente no debería ser considerado nunca como una muestra de esnobismo sino más bien como de deferencia hacia las personas con las que se vaya a compartir el tiempo.

Conseguir una imagen cuidada, como se verá a lo largo de todo este libro, no deberá resultar algo complicado. La elegancia es sinónimo de sencillez y saber estar. Evitando ese nudo de la corbata caído, ese botón del cuello de la camisa desabotonado o la fea costumbre de desprenderse de la chaqueta durante reuniones o en restaurantes se estará transmitiendo una imagen más distinguida de la que muchos caballeros muestran hoy en día.

Pensemos por un momento en el desaparecido Giovanni Agnelli. Seguramente la mayoría de los mortales nunca llegó a intercambiar ni una sola palabra con él pero la imagen que recuerdan de él es la de un hombre tremendamente exitoso en los negocios y perteneciente a los círculos sociales más exclusivos.

Si estos caballeros nunca habían tenido contacto alguno con él y Giovanni Agnelli no era el único empresario exitoso por aquel entonces, ¿por qué asociaban con él más que con ninguna otra persona el mayor de los éxitos? Pues sencillamente porque lo que veían en él no era otra cosa que una indumentaria perfectamente cuidada, de corte exquisito, fabulosamente bien combinada y, en definitiva, una imagen impoluta.

Las diversas investigaciones llevadas a cabo hasta la fecha muestran insistentemente que los seres humanos emiten sentencias firmes sobre las personas de su entorno en solo cuestión de segundos.

Así, por ejemplo, Nalini Ambady y Robert Rosenthal, psicólogos de la Universidad de Harvard, grabaron a varios profesores de esta prestigiosa institución impartiendo clase. Posteriormente les pasaron fragmentos sin voz de escasos segundos de dicha grabación a personas ajenas a ellos para que los puntuasen. Dichas personas, incluso viendo solo dos segundos de dicha grabación, emitían idéntica puntuación a aquella que apuntarían en sus cuadernos mucho más tarde tras ver el vídeo durante varios minutos. Esto les sirvió a Ambady y a Rosenthal para afirmar que es la primera imagen de la persona la que suele consolidarse incluso con el paso del tiempo.



© Cordon

Y si esto resulta cuando menos sorprendente, más lo es el hecho de que las conclusiones de estas personas ajenas a la universidad, quienes solo vieron el vídeo mudo durante unos segundos, fueran muy parecidas a las que habían sacado los alumnos tras dar clases seis meses con esos mismos profesores.

La percepción que se llega a tener de las personas con las que se entra en contacto por la mera apariencia física ha sido puesta en relevancia en infinidad de estudios. Así, por ejemplo, los profesores Michael Sunnafrank y Artemio Ramírez de la Universidad de Minnesota analizaron el comportamiento de 164 jóvenes que no se conocían entre sí y que nunca antes habían coincidido. Después de reunirlos en parejas, los dejaron conversar durante escasos minutos y a continuación les pidieron que rellenaran un cuestionario con el objetivo de conocer con qué jóvenes cada uno de ellos tenía mayor empatía.

Transcurridos dos meses de relación entre las parejas, el 95 por ciento de ellas confirmaron la impresión que sobre su compañero de experimento habían asimilado en aquella corta conversación inicial.

Ambos profesores concluyeron su investigación constatando el hecho de que una gran mayoría de jóvenes pudo determinar a primera vista quiénes serían aquellas personas con las que mejor podrían interactuar en el futuro. Esto ratifica la validez de la primera

impresión y la importancia de la indumentaria como instrumento de regulación de las relaciones interpersonales.

Igualmente, el profesor Frank Bernieri, jefe del Departamento de Psicología de la Universidad de Oregón y conocido estudioso del comportamiento humano, afirma en varios de sus estudios que a la hora de transmitir un mensaje «hoy parece pesar más el cómo que el qué. Y no pueden ni imaginarse el impacto que tiene la vestimenta en la primera impresión». Bernieri asegura que borrar esa primera impresión resulta luego muy complicado.

Seguramente, si un caballero acude al bar de moda en vaqueros, con camiseta y zapatillas, no debería extrañarle que no le permitieran la entrada. Sin embargo, y a pesar de que ese caballero siga siendo el mismo, de presentarse al día siguiente en el mismo bar con una blazer cruzada, una camisa a rayas y unos cuidados mocasines probablemente la respuesta que encontrara por parte de la persona que haya en la puerta de entrada sea bien diferente.

Como conclusión, si a ningún caballero le gustaría que le recibieran con un: «Disculpe que no le abriese, es que tenía usted pinta de sospechoso», debería cuidar con especial atención su parte más visible: el atuendo.

Si bien es importante la vestimenta, también cuidar el aseo personal resulta de vital importancia. Unas uñas sucias o mal cortadas, un cabello mal peinado, una barba mal cuidada, etcétera, destruirán el buen efecto que un elegante traje haya podido causar.

Aquel caballero que se encuentre en una reunión de trabajo con varias personas desconocidas podrá observar cómo al comienzo de la reunión, y de forma implícita, se presta más atención al señor que destaca por su indumentaria sobre el resto. El motivo no parece ser otro que si esa persona viste un elegante traje y una camisa bien elegida y combinada, destacando visiblemente sobre la vestimenta del resto de los participantes, intrínsecamente se asumirá que esa es la persona con mayor estatus en la mesa de negociación.

Una buena imagen exterior es la mejor tarjeta de visita del caballero. Ir elegantemente vestido y aseado lleva implícita una serie de presunciones como éxito, gusto y posición social, que, de utilizarse correctamente, pueden ser una gran ayuda de cara a las relaciones personales y profesionales.

En definitiva, una correcta primera impresión es de vital importancia, ya que muchas veces no se tendrá una segunda oportunidad para remediar aquella mala primera impresión. Y, si esa primera impresión se forma en dos segundos escasos, parece obligado que los caballeros cuiden en todo momento y circunstancia su atuendo. Sorprendería observar cómo un *look* cuidado puede abrir o cerrar puertas en solo cuestión de segundos.

La elegancia masculina clásica, la única moda intemporal

«Nada tan peligroso como ser demasiado moderno. Corre uno el riesgo de quedarse súbitamente anticuado.»

Oscar Wilde

DE ATENERSE A LO QUE LOS DIFERENTES MEDIOS MUESTRAN HOY COMO elegante resulta francamente difícil definir este adjetivo. Los gurús de la moda, en su afán de llamar absurdamente la atención con sus nuevas tendencias, muestran a un caballero vistiendo conjuntos que, si bien en el mejor de los casos podrían ser calificados como estilosos, para nada son elegantes.

Atrás quedaron los años treinta donde la existencia de unas reglas no escritas marcaba claramente cuándo los señores vestían correctamente y cuándo no. Sin embargo, actualmente vivimos un periodo caracterizado por la ausencia de todo tipo de normas y el vestir no es una excepción. Hoy se califica como revolucionario y moderno lo que no mucho tiempo atrás el buen gusto hubiera considerado acertadamente como absurdo o ridículo.

Seguramente, cuando Oscar Wilde en el siglo XIX definió la moda como «una forma de fealdad tan intolerable que nos vemos obligados a cambiarla cada seis meses» ya preveía que casi dos siglos después su definición seguiría tan vigente como cuando la acuñó.

La vestimenta de un caballero puede ser perfectamente actual sin necesidad de llamar sin sentido la atención. Con un sencillo traje de chaqueta azul marino, una camisa azul claro, una corbata azul oscuro y unos zapatos de cordones negros se irá conjuntado infinitamente mejor que lo que hace la mayoría de los señores que hoy se nos muestran como ejemplo a seguir en el vestir masculino.

Si no se cuenta con el don innato de saber romper las normas de la vestimenta masculina con ese estilo y naturalidad como en su día hicieron dandis como Beau Brummell, Milton Holden o el mismo Eduardo VIII, siempre es más acertado decantarse por conjuntos sobrios y clásicos.

Resulta curioso observar cómo en el año 2011 la forma clásica del vestir de los años treinta de David Niven, Winston Churchill, Anthony Drexel Biddle, Markoe Robertson o incluso de Fred Astaire sigue, con pequeñas modificaciones, tan vigente como entonces. Sin embargo, las nuevas tendencias que inundan los escaparates, las pasarelas y las revistas de moda masculina solo conseguirán sobrevivir, en el mejor de los casos, unos pocos años.

De tener la oportunidad de ojear fotos de Sean Connery en su papel de James Bond se observará cómo aquellos cuidados conjuntos que 007 lucía con tanto refinamiento en la gran pantalla, con algún retoque, tendrían todavía hoy un lugar asegurado en los armarios de los hombres más elegantes del planeta.

Otro claro ejemplo de que la vestimenta clásica masculina es la única moda intemporal se puede encontrar en quien para muchos ha sido el hombre más elegante de todos los tiempos: Cary Grant. Sus trajes de chaqueta, además de haber sido objeto de todo tipo de alabanzas por los verdaderos entendidos, hoy son todavía considerados como referente de la máxima elegancia de la vestimenta masculina.



© Corbis

Si un caballero en su salón conserva una foto de familia antigua que produce las risas de los amigos de sus hijos por la indumentaria allí fotografiada, seguramente sea porque este se dejó llevar por las modas de su tiempo sin tener en cuenta que solo unos pocos meses después lo allí fotografiado estaría totalmente desfasado. Por ello, al escoger los trajes, las camisas o los zapatos se debe reflexionar sobre si dentro de unos años dicha elección no hará sonrojar al caballero al verse fotografiado en esa foto.

Aquellos caballeros que intenten que su elección sea válida durante mucho tiempo conseguirán en un plazo muy corto un armario amplio, completo y actual que les podrá acompañar durante el resto de su vida.

Las tres normas
básicas del buen vestir

«¿Por qué la elegancia ha encontrado tan pocos seguidores? Esa es su propia realidad. La elegancia tiene, por decirlo de alguna manera, la desventaja de resultar necesario trabajar duro para alcanzarla y contar con una buena educación para apreciarla.»

Edsger Dijkstra

EL SABER VESTIR ES UN PROCESO QUE SE ADQUIERE A LO LARGO DEL TIEMPO y que está al alcance de la mano de prácticamente todo caballero que se deje aconsejar y que preste un mínimo de atención a unos principios básicos.

Qué duda cabe que el disponer de ciertos medios económicos además de acelerar dicho proceso de aprendizaje también ayudaría considerablemente a mejorar el aspecto de muchos caballeros. Sin embargo, no hay fortuna en el mundo que asegure, como infinitos ejemplos así lo atestiguan, el ir elegantemente vestido.

Además del gusto innato que de lo bello tenga el caballero hay tres pautas que resultan fundamentales llevar a la práctica para vestir correctamente:



© Getty

La correcta hechura

Cada caballero tiene unas medidas corporales y unas características físicas que lo hacen único. Por ello, no a todos ellos sirven, por ejemplo, las mismas tallas de chaquetas ni el mismo corte de pantalón. De igual modo, una camisa industrial de una talla concreta podrá sentar bien a un gran número de señores pero nunca les podrá quedar perfecta, ya que esta está cosida pensando en un señor estándar y no en un caballero en particular.

Por ello es muy importante prestar atención a la correcta hechura de la ropa. Como se estudiará a lo largo de los siguientes capítulos, detalles como que las solapas de la chaqueta no se abran o que no se produzca arruga alguna al abotonarse hablan de una buena hechura. Otras pautas como que el pantalón caiga de forma natural, sin formar ninguna arruga hasta el zapato, o que la camisa asome siempre por debajo de la manga de la chaqueta indicarán al caballero cuándo se encuentra frente a un conjunto correctamente cortado.

Todas estas pautas son las que diferenciarán al caballero que se tiene que limitar a entrar dentro de un traje de aquel otro en el que es el traje quien entra en él.

Una hechura perfecta es siempre una hechura personalizada. No es suficiente conocer que el cuello de la chaqueta no debe abrirse, ni que las solapas de la chaqueta tienen que tocar ligeramente el exterior del borde del cuello de la camisa. Hay que ir un paso más allá y estudiar a conciencia la fisonomía específica de cada caballero.

Ni todos los caballeros son altos ni todos delgados; ni siquiera su lado derecho e izquierdo son simétricos. El cuerpo humano posee una simetría axial, es decir, la parte derecha e izquierda son semejantes, pero no iguales (esto se puede apreciar claramente en el estudio de las proporciones humanas que realiza Leonardo da Vinci con su dibujo el *Hombre de Vitruvio*).

Por todo ello se debe conocer qué corte de ropa es el que más resalta cada figura y disimula con más acierto los defectos. Se trata, en definitiva, de conseguir una adecuada proporcionalidad entre todo el conjunto, esto es, chaqueta, solapas, pantalón, cuello, mangas de la camisa, etcétera, y el físico concreto de ese caballero.

Es importante tener en cuenta que un determinado corte de traje puede hacer aparentar ser más alto o más delgado y que un determinado cuello de la camisa podría, de la misma manera, hacer que hasta el rostro pareciese más ancho o estrecho.

Algo tan sencillo como cuidar el largo de la corbata puede aportar resultados sorprendentes. Así, por ejemplo, aquellos caballeros de baja estatura deberían optar por corbatas que una vez anudadas terminaran justo donde empieza el pantalón. De ser más

largas solo acentuarían la reducida estatura de su propietario.

Igualmente, una estudiada hechura puede disimular ese hombro caído o esa espalda algo encorvada o incluso esa pierna un poco más larga que la otra. Tampoco debería extrañar el hecho de que un mismo caballero aparente ser más grueso o más delgado dependiendo del corte de su camisa. Las camisas entalladas dibujan con más claridad el físico de su portador, por lo que hay que estar seguros de contar con un físico agraciado para vestir este tipo de corte.

En definitiva, una correcta hechura es aquella donde tanto el traje como el resto de las prendas del atuendo sacan lo mejor del caballero dando al mismo tiempo la sensación de ser como su segunda piel.

Por la importancia de todos estos pequeños trucos se dedicará un apartado entero a estudiar los diferentes tipos de corte que pueden hacer aparentar ser más alto o más bajo, más grueso o más delgado.

La elección del color

Algo tan importante como el hecho de que no todos los colores favorecen por igual a todos los caballeros parece no ser tenido en cuenta por los caballeros a la hora de adquirir las diferentes prendas de su armario.

Seguramente todos los señores se hayan fijado en el ritual que las señoras siguen a la hora de comprar un vestido o una simple camisa. Por norma general, las señoras antes de hacerse con cualquier prenda la sacan del mostrador en el que esté colgada y se dirigen al espejo más cercano para sobreponerla sobre su silueta y saber si la favorecerá o no. Igualmente, de forma casi automática piensan en aquellas otras prendas que guardan en su ropero para cerciorarse de que tienen con qué combinarla.

Por el contrario, los caballeros se limitan a escoger la corbata, la camisa o el traje de forma independiente, sin pararse a pensar si ese tipo de cuadro o línea les favorece. Si se prueban la camisa o la chaqueta es solo para asegurarse de que es su talla y, en caso contrario, pedir al dependiente una talla más. En definitiva, la mayoría de los caballeros siguen escogiendo aquellos colores que son de su agrado pero no aquellos que más les podrían beneficiar.

El rostro es la parte del físico más visible y a donde más se dirigen las miradas. La expresividad del rostro, y finalmente la de la persona en su conjunto, variará según los colores que rodeen a este. Se podría decir que mientras el rostro es la foto, la corbata, la camisa y la chaqueta son el marco que rodea a este.



© Getty

Para acertar con la selección de esos colores que más favorecen a cada caballero hay que conocer, y entender, las dos normas básicas de la elección del color.

La primera regla que se debe observar es la relativa a la repercusión que el grado de contraste entre los colores de la ropa (principalmente el de la corbata, la camisa y el traje) pueda tener sobre el rostro. Este grado de contraste de colores de estas tres prendas debería tener la misma intensidad que el contraste entre el color de la tez y el del cabello.

Por ejemplo, si un caballero es moreno de piel y de pelo oscuro, deberá buscar el mismo contraste en su ropa con colores oscuros; un traje azul marino y una corbata verde militar oscuro favorecerá más a este caballero que ese mismo traje con una corbata de color claro.

La segunda norma a tener en cuenta es la que indica que se debería intentar transmitir la tonalidad de la piel y del cabello a la ropa.

Así, por ejemplo, las personas de tez clara deben evitar a toda costa colores muy oscuros como el azul marino o los muy vivos como el rojo intenso o el verde chillón en su ropa. De no hacerlo, toda la atención se dirigirá a esa prenda y no se focalizará en su rostro. Un traje azul oscuro solo conseguirá que su rostro parezca, si cabe, todavía más pálido. Si por el contrario estos señores de tez clara eligieran un traje azul más claro, ese efecto se atenuaría en gran medida.

Por el contrario, las personas morenas o de pelo oscuro pueden optar por colores con tonalidades más oscuras, acordes con el color de su piel. El azul marino, el burdeos, los marrones oscuros, etcétera, serán, en su caso, colores más agradecidos.

En definitiva, se trata de que los colores sirvan de ayuda para resaltar el rostro y sus particularidades y evitar que la mala elección de unos colores sea la responsable de que las miradas se dirijan a la corbata, la camisa, etcétera, y no al rostro.

Una prueba irrefutable para saber si se está acertando en la elección del color es probarse el mismo traje con diferentes colores de camisa y corbata para a continuación mirarse a un espejo y ver si aquella combinación que se pensaba era la correcta es la que más rejuvenece. De ser así, se estará en el camino correcto.

La gran mayoría de las veces un sencillo espejo puede ser el mejor asesor de imagen para guiar y aconsejar sobre esas prendas y colores que mejor se adaptan a cada complejión física y a cada característica personal. Por ello, no debe dar apuro, incluso antes de entrar en el probador, sobreponer ese traje o esa camisa, que de entrada ha podido parecer elegante, para saber si se acertará o no en la elección. Solo después se debería pasar al cambiador.

La mezcla de diseños y dibujos

Conocer cómo combinar una camisa a cuadros con una corbata de círculos o un traje a rayas con una corbata con motivos tipo *paisley* no es tarea fácil por la convivencia de diseños diferentes. Sin embargo, no por ello se debería renunciar a introducir en la vestimenta cierto grado de «riesgo» y estilo.

El vestir correctamente es un proceso de aprendizaje que lleva su tiempo y que como otros muchos campos exige empezar entendiendo y asimilando conceptos básicos y poco a poco ir profundizando en aquellos de mayor dificultad.

La mezcla de diseños más fácil es siempre la que se realiza entre colores sólidos sin dibujo alguno. Si no se quiere correr riesgos, la mejor opción, y no pocas veces la más elegante, sigue siendo la que combina colores sólidos y lisos. Por ejemplo, un traje gris oscuro o incluso uno azul marino con una camisa azul claro y una corbata azul marino sin dibujo alguno es siempre una opción acertada y muy elegante.

La combinación de colores sólidos fue la pauta general hasta los años veinte, época caracterizada por la ausencia de todo tipo de dibujo en la ropa. Dicha preferencia era debida a que solo la pulcritud de los colores lisos permitía a los caballeros presumir de ropa limpia y nueva al mostrar este tipo de diseño cualquier mancha por pequeña que fuera. Por el contrario, las camisas o las corbatas con algún tipo de diseño podían esconder tras ellas algún tipo de suciedad que no fuera visible para el resto de los caballeros.

Fue nuevamente el príncipe de Gales Eduardo VIII quien rompió con el *establishment* instituido por los caballeros de su tiempo y no solo se lanzó a vestir diseños atrevidos sino que además los mezcló, y con gran acierto, entre sí.

Si bien han sido escasísimos los caballeros que, como el príncipe de Gales, han tenido el don de convertir hoy en clásico lo que en su época era considerado como casi una temeridad, la mayoría de los caballeros puede también adentrarse en el no pocas veces movedizo terreno de las mezclas de diseños sin necesidad de quedar atrapados en él.

A pesar de que escoger todo el atuendo sin diseño alguno sigue siendo una opción perfectamente válida, solo cuando se incorporen cuadros, líneas o cualquier otro diseño se conseguirá romper la monotonía e imprimir un toque de estilo al conjunto final.

Un siguiente nivel en la mezcla de dibujos consistirá en optar por el mismo diseño en dos de las prendas. Para hacerlo correctamente el caballero deberá cerciorarse de que el diseño escogido sea de diferente tamaño y de distinto diseño.

Así, por ejemplo, de escoger un traje diplomático y una camisa también a rayas, habrá que asegurarse de que, si las rayas del traje están sensiblemente separadas entre ellas, las de la camisa estén muy cerca entre sí. Igualmente, si la raya del traje es relativamente ancha se deberá optar por microrrayas en la camisa y viceversa.



Esta regla es perfectamente extensible a la hora de combinar camisas y corbatas. Si las rayas de la camisa son muy finas, la corbata que mejor combinará con esta será la que tenga pocas rayas pero visiblemente más anchas que las de la camisa.

No obstante, y aunque de hacerlo correctamente el resultado pueda ser muy favorecedor, se deberá evitar vestir, como norma general, un traje, una camisa y una corbata todos ellos a rayas. El resultado podría terminar siendo demasiado recargado y forzado.

Esta norma que aconseja que a la hora de mezclar rayas se escojan de una escala diferente también es aplicable a la hora de combinar cuadros u otros dibujos. Por ejemplo, en el caso de que se vista una camisa con estampados a cuadros anchos se deberían evitar las corbatas que, como las escocesas, tengan cuadros de gran tamaño. En este caso, será más conveniente decantarse por corbatas con cuadros de tamaño reducido. Una vez se conozca cómo se debe combinar el mismo dibujo en dos prendas diferentes se estará en disposición de ir un paso más allá e introducir dos diseños diferentes en el conjunto.

A la hora de combinar dos dibujos diferentes, ya sea el del traje y la camisa, el de la camisa y la corbata o el de la corbata y el traje, se tendrá que hacer justamente lo contrario. Por ejemplo, si se viste un traje diplomático con una camisa a cuadros o una chaqueta de tweed con una corbata con círculos, se escogerán aquellas prendas que tengan estampados de una escala similar.

De haber entendido cómo se deberían combinar dos diseños iguales y dos diferentes se podrá entonces subir un peldaño más en el apasionante mundo de la mezcla de diseños y atreverse a combinar tres estampados donde dos de ellos tengan un dibujo similar. Para llevar a cabo esta combinación habrá que asegurarse de que el tercer estampado combine con los otros diseños de forma independiente.

Por lo tanto, si se quiere combinar, por ejemplo, un traje a cuadros con una camisa de rayas finas y con una corbata con franjas anchas, habrá que cerciorarse de que ese traje a cuadros combinaría correctamente y de forma independiente tanto con las rayas anchas de la corbata como con las finas de la camisa.

Una vez queden claras estas indicaciones se podrá empezar a mezclar tres o más estampados diferentes. Así pues, se podría hacer un guiño al estilo e intentar combinar, por ejemplo, un traje príncipe de Gales, una camisa a cuadros y una corbata a rayas. Para evitar en estos casos que el *look* final parezca demasiado forzado habrá que fijarse en que ni el dibujo del traje, ni el de los cuadros de la camisa, ni el de las rayas de la corbata sean de gran anchura. El tamaño medio sería el ideal.



© Nines Mínguez

Debido a que combinar tres o más diseños no es tarea fácil, para estar seguros de que esto se está realizando acertadamente es fundamental recordar que cada estampado debe combinar con los otros dos diseños de forma independiente.

Si bien todas estas claves ayudarán a acertar con la mejor combinación de traje, camisa y corbata, no son pocas las veces donde solo el gusto del caballero y ese primer flechazo al ver la corbata superpuesta sobre la camisa y esta sobre el traje confirman el acierto o el

error de la elección.

Definiendo los conceptos «formal», «semiformal», «informal» y «casual»

«El espectáculo de lo bello, en cualquier forma en que se presente, levanta la mente a nobles aspiraciones.»

Gustavo Adolfo Bécquer

SEGURAMENTE TRAS LEER EL ÍNDICE DE ESTE LIBRO ALGÚN CABALLERO SE HAYA preguntado por qué en vez de dividir los capítulos como se ha hecho en «vestir de traje» y «vestir de sport» no se hizo en «vestir formal» y «vestir informal».

El motivo de haberlo hecho así no es otro que el significado y procedencia de las palabras «formal» e «informal». Si bien hoy en día se utiliza el término «formal» para referirse a cualquier atuendo que vaya acompañado de corbata e «informal» para indicar aquellos conjuntos más casuales donde la corbata no tiene cabida, esto no es correcto.

Para hacer la comprensión de este manual lo más sencilla posible así como para darle mayor fluidez a su lectura, se cometerá el error en varias partes del mismo de denominar al traje como conjunto formal y se utilizará el término «informal» como sinónimo de casual y como atuendo que no va acompañado de corbata. Si bien somos conscientes de lo incorrecto de esta asimilación, creemos que es lo más adecuado para no llevar a confusión a muchos caballeros y tener que vernos en la necesidad de recordar constantemente el verdadero significado de ambos términos.



Esta diferenciación entre el atuendo formal y el informal será básico para más tarde entender, por ejemplo, por qué nunca a una boda, acto de carácter puramente formal, se debería asistir con un esmoquin, prenda semiformal, o por qué en recepciones oficiales o actos formales de mañana el chaqué, prenda formal, es el atuendo adecuado.

Los británicos, responsables de acuñar en los años treinta los términos «formal dress» (también conocido como «full dress») e «informal dress», entienden que ambas expresiones exigen la vestimenta de corbata o de pajarita.

Así pues, el código de vestimenta más purista británico establece que el chaqué y el frac son atuendos formales, el esmoquin y el *stroller*, prendas semiformales, y el traje de chaqueta, un conjunto puramente informal. Esta es la clasificación más acertada y a la que se debería prestar atención cuando las circunstancias lo requiriesen.

A pesar de que, como se acaba de apuntar, solo el chaqué y el frac pertenecen a la categoría de atuendos formales, el relajamiento, muchas veces excesivo, en la vestimenta de los caballeros ha hecho que el significado de los términos «formal» e «informal» esté cada vez más confuso.

Para el protocolo inglés la diferencia entre ambos términos radica en la longitud de la chaqueta. Mientras que el atuendo formal se caracteriza por contar con una chaqueta cuya longitud se extiende por su parte trasera hasta la rodilla, en el atuendo semiformal e informal la chaqueta es visiblemente más corta.

En las épocas victoriana y eduardina, los caballeros ingleses vestían de manera formal, esto es, con chaqué o frac, siempre que una señora estuviera presente. En caso de que el evento tuviera lugar antes de las seis de la tarde vestían de chaqué y en caso contrario o en ausencia de luz solar, se decantaban por el frac. Solo cuando las señoras no estaban y de noche los caballeros podían vestir de esmoquin.

Esta confusión a la que se ha hecho referencia se debe también en parte a que los conceptos «formal», «semiformal» e «informal» han sufrido una gran evolución desde antes de la Primera Guerra Mundial hasta nuestros días.

Así pues, si antes de la Primera Guerra Mundial e incluso en el periodo de entreguerras el frac era considerado como el atuendo formal por excelencia para vestirse después de las seis de la tarde, terminada esta los estándares de formalidad se empiezan a relajar y la vestimenta del frac se reserva ya solo para actos de gran solemnidad. Igualmente, ya por entonces después de las seis de la tarde el esmoquin se empieza también a vestir, convirtiéndose en los años treinta en el atuendo semiformal por excelencia.

Terminada la Segunda Guerra Mundial, el traje de chaqueta reemplaza al chaqué en la mayoría de las ocasiones «formales» y es aceptado de forma generalizada como atuendo válido para ocasiones de tarde, reservando el esmoquin para los eventos nocturnos más formales y al propio chaqué solo para los más solemnes de mañana. Similar evolución ocurre con el frac, prenda cuya vestimenta terminada la Segunda Guerra Mundial empieza a ser puramente testimonial.

Es a partir de los años sesenta y setenta, con la llegada de la conocida popularmente como *Peacock Revolution*, cuando los conceptos «formal» e «informal» se terminan de mezclar llevando el desconcierto generalizado entre los caballeros. Esta época caracterizada por la aparición de nuevos iconos musicales y políticos y por una juventud deseosa de romper las reglas de vestimenta establecidas por las generaciones anteriores e imitar a sus ídolos consigue revolucionar la forma de vestir y el estilo de la época. Cabelleras largas, pantalones vaqueros, así como la entrada de nuevos dibujos y colores en la ropa, ayudan a que la separación entre los atuendos formales, semiformales e informales fuese cada vez más difusa.

Si bien todavía por aquel entonces los sectores más tradicionales seguían prestando atención a la clasificación de atuendos atendiendo a los conceptos «formal» e «informal» más puristas, la gran mayoría de los caballeros de la época relajan su forma de vestir y aceptan como formal la mera vestimenta de un sencillo traje.

Si la gran evolución del término «formal» resulta cuando menos llamativa, no lo es menos la sufrida por la vestimenta perteneciente a la categoría «informal».

Si los caballeros de los años veinte a la hora de acudir a un acto puramente informal lo hacían con un esmoquin, los señores de los años treinta y cuarenta lo hacían ya de traje. Concluida la Segunda Guerra Mundial, a la indicación de que la vestimenta requerida para un determinado acto era informal, los caballeros no tenían reparo a asistir al mismo con chaquetas de sport y corbata.

Hoy, ya bien entrado el siglo XXI, prima más vestir de una forma u otra según la comodidad que aporte el atuendo escogido y no según lo que establezcan el protocolo o las buenas maneras. Esto hace que algo tan sencillo como vestir una corbata sea un acto cada vez menos presente en la vida de muchos caballeros y la mera vestimenta de un traje se convierta en un problema para no pocos caballeros, quienes solo lo visten en actos «formales».

Igualmente, hoy resulta ya lo más normal acudir a cualquier tipo de evento donde se indique su carácter informal sin corbata alguna, asimilándose de manera errónea los términos «informal» y «casual».

CAPÍTULO I

Vestir de traje

El zapato,
la base de todo buen armario

«La ropa es inevitable. Es nada menos que el mobiliario de la mente hecho visible.»

James Laver

SEGURO QUE NO DESCUBRIRÁ NADA DE HACERNOS ECO DE LA MÁXIMA QUE indica que la elegancia empieza por los zapatos. Sin embargo, es sorprendente, de atenerse a lo que se ve hoy en la calle, cómo muchos caballeros siguen haciendo oídos sordos a esta realidad.

Nadie se asombrará si se afirma que el caballero medio español no viste bien. Carece tanto de gusto como de estilo, siendo esto fácilmente apreciable con un rápido vistazo a su calzado. Con casi total seguridad aquellos caballeros que cuidan la elección de su calzado harán lo propio con el resto de las prendas de su conjunto. Un ojo mínimamente experto podrá adivinar observando solo los zapatos, sin mucho margen de error, la elegancia del resto del conjunto.

Desgraciadamente, todavía hoy resulta difícil ver un traje de chaqueta descansar sobre el zapato adecuado. Por muy bien escogidos que estén los colores del atuendo o por muy elegante que sea el traje o la camisa, si el conjunto no es acompañado por un zapato de calidad y correctamente seleccionado, todo el esfuerzo realizado en el resto de las prendas habrá sido baldío.

No deja de ser sorprendente el que caballeros con una posición económica más que desahogada como banqueros, políticos y empresarios vistan costosos trajes perfectamente cortados y luego por supuesta comodidad o sencillamente por desconocimiento sean capaces de escoger unos zapatos tan poco correctos como unos mocasines.

El calzado es, sin lugar a dudas, la parte más importante de la indumentaria masculina y su elección se convierte en la más importante de todo el atuendo. Ningún caballero debería ser calificado como elegante si no viste un buen par de zapatos. No resulta excesivo afirmar que hasta un traje del mismísimo don José María Reillo, quien es considerado uno de los mejores sastres del planeta, quedaría deslucido de vestirse con un calzado de baja calidad o sencillamente mal combinado. Sin embargo, unos zapatos bien escogidos y de calidad se pueden permitir el capricho de disimular un traje mediocre.

Si se está de acuerdo en que el calzado es la prenda principal del atuendo masculino también se debería estarlo en que es en él donde mayor esfuerzo económico se debería realizar.

Solo después de contar en el armario con al menos cinco buenos pares de zapatos se debería pensar en adquirir el resto de las prendas que acompañarán a estos.

Hoy el acertado marketing de las principales casas de ropa de caballero obliga a la mayor parte de los señores a buscar una marca con la que adornar su chaqueta, su corbata, su camisa o incluso su cinturón. Sin embargo, los señores mejor vestidos del planeta, los de verdad y no con los que todas las semanas nos sorprende alguna de las revistas de moda, fueron, y son, más amantes de la correcta hechura y de la mano de obra de calidad que de las marcas de moda del momento.

A pesar de esta afirmación, cuando de zapatos se trate se tendría que acudir solo a aquellas marcas reputadas cuya única o principal línea de negocio fuera la fabricación de estos. Las centenarias casas de Northampton o ciertas casas húngaras, francesas y norteamericanas deberían seguir siendo el objetivo de todo buen amante de los zapatos. En ninguna otra prenda del atuendo del caballero se aprecia tanto la diferencia entre una calidad media y una alta como en los zapatos.

A pesar del importante desembolso que un buen calzado exige, con un correcto uso y cuidado, seguro que con el paso del tiempo rápidamente se olvidará su alto precio y solo se recordará su calidad y comodidad.

De proponerse adquirir un buen par de zapatos todos los años, en solo unos pocos se conseguirá tener listo el armario que podría acompañar al caballero a lo largo de toda su vida.

Los modelos imprescindibles

Una de las recomendaciones esenciales a la hora de cuidar los zapatos es dejarlos descansar al menos un día después de cada uso. Por ello, parece más que comprensible que se tenga que contar con más de un par en el armario.

Esto que parece a todas vistas razonable, desgraciadamente, no siempre resulta serlo; se puede así contemplar como se produce entre muchos caballeros una rotación de camisas, corbatas y trajes pero, por el contrario, visten el mismo par de zapatos.

Basta contar en el armario con cinco buenos y correctamente escogidos pares de zapatos para afrontar con total garantía de éxito el día a día. A estos cinco pares tendrán que añadirse aquellos otros que se calzarán una vez se haya colgado el traje de chaqueta y que se estudiarán en el capítulo «Vestir de sport».

Oxford

Con seguridad, el modelo más formal, elegante y versátil de cuantos existen en la actualidad. Es idóneo para ser vestido tanto con un traje como con un chaqué. Si solo un par de zapatos se pudiera permitir un caballero, este debería ser sin lugar a dudas este clásico inglés presente en el armario de los caballeros desde 1830.



© Vass-Cipó

Una de las notas que diferencian unos buenos Oxford es su costura prusiana. El calzado que cuenta con este tipo de costura se caracteriza por tener las palas, esto es, las dos partes laterales del zapato, cosidas bajo la parte delantera, terminando en una lengüeta que aparece cosida bajo los cordones. Aunque el Oxford se puede encontrar cada vez en más tonalidades, su color por excelencia sigue siendo el negro.

Existen multitud de variedades del modelo Oxford. Así pues, se puede encontrar desde el clásico *plain* liso, carente prácticamente de todo adorno, o el *semi-brogue* con perforaciones marcadas en su recta puntera y en la línea de las orejas, hasta el más recargado y de uso más informal *full-brogue*, donde las perforaciones son más abundantes tanto en su puntera vega, puntera con forma de medio corazón, como en las palas.

Como curiosidad histórica, el origen de las perforaciones en la piel de los zapatos proviene de los granjeros irlandeses, quienes para facilitar el secado de su interior hacían agujeros, *brogerings*, en la piel de la puntera y en las cañetas de su calzado. De esta forma la evaporación del agua y el correspondiente secado del zapato se producía más rápido.

En el Reino Unido, este tipo de zapato también se popularizó entre los guardas forestales. La burguesía que cazaba con estos se percató de las ventajas que ofrecían y pronto

empezó también a calzarlos. Con el tiempo las perforaciones se fueron haciendo cada vez más estéticas para terminar siendo hoy un mero adorno del zapato.

Entrado el siglo XIX los *full-brogue* empezaron a verse en los campos de golf y a considerarse como zapatos deportivos. Sin embargo el auténtico despegue del *full-brogue* se debe al príncipe de Gales. El que más tarde fuera duque de Windsor sorprendió a la prensa internacional jugando al golf con este tipo de calzado. Su particular estilo a la hora de vestir hizo que también se le llegara a ver vistiéndolos incluso en eventos de la alta sociedad inglesa de la época.

Son estas perforaciones las que marcarán la mayor o menor formalidad de los modelos Oxford. Cuanto menos presentes estén dichos adornos más indicado será ese zapato para ser vestido de manera más formal. Es por ello, como más tarde se estudiará, por lo que el Oxford liso es un zapato muy adecuado para ser vestido con chaqué y hasta puede permitirse el lujo, de contar con una terminación en charol, de acompañar a un frac.

Sin embargo, esto no significa que el zapato Oxford liso carente de dibujo sea siempre el más adecuado. Por ejemplo, un *semi-brogue* o incluso un *full-brogue* son opciones siempre más estilasas de ser vestidas con un traje de tweed, uno de franela e incluso con un príncipe de Gales.

Derby

El modelo Derby, o Blucher para los americanos, al contrario del Oxford, se caracteriza por contar con sus palas laterales cosidas por fuera de la parte delantera, o, lo que es lo mismo, por contar con costura inglesa en vez de prusiana. La lengüeta en este caso se extiende desde el comienzo de la parte que cubre los dedos hasta el final del empeine. Es la propia forma como están contruidos la que hace que normalmente sea más cómodo que el Oxford.

Al igual que en el caso de los Oxford, según el grado de adornos, los Derby recibirán diferentes nombres. Si carecen de estos se denominarán *plantip Bluchers*; si cuentan con puntera se estará ante unos *toecap Bluchers*, si llevan una puntera vega recibirán el nombre de *long wing Bluchers*, etcétera.

La cantidad de adornos y perforaciones, al igual que ocurría con los Oxford, establecerá su grado de formalidad. Así pues, los caballeros que cuenten con un Derby con perforaciones marcadas lo deberían destinar a un uso exclusivamente rural.

Los Derby, por la manera en que están cosidos, son menos formales que los Oxford. Por ello, no serán aptos para ocasiones muy formales. Sin embargo, se podrán lucir, muy acertadamente, con chaquetas de tweed e incluso con trajes de lino, pero nunca se deberán vestir, por ejemplo, con un chaqué o en ocasiones muy elegantes.



© Vass-Cipó

Monkstrap

Este modelo de zapato recibe dicha denominación por la utilización de hebillas para abotonarse y por recordar a las sandalias que vestían antiguamente los monjes. La gran diferencia en cuanto a su fabricación con los Oxford y los Derby es que es la hebillas la que une las cañetas del zapato y no los cordones.

Los zapatos con hebillas son otro clásico que no puede faltar en un buen armario. Se pueden encontrar con una o dos hebillas. Normalmente los zapatos con dos hebillas suelen ser más finos que los de una sola hebillas, aunque existen ciertos modelos ingleses de una hebillas que son de una gran belleza y limpieza de líneas.

Un zapato con hebillas/s aporta el balance adecuado que necesita un variado armario de zapatos. Unos Oxford y unos Derby pueden ser confundidos por el ojo inexperto; sin embargo, esto nunca ocurrirá con unos *monks*.

Pese a su belleza, pocos modelos de zapatos levantan tantas discrepancias entre los entendidos como lo hacen los de hebillas. Así, por ejemplo, no será fácil ver al clásico caballero inglés decantarse por este modelo de zapato. Esto es debido, por una parte, a que en la concepción más purista británica la vestimenta de calzado de hebillas solo es admisible en situaciones de sport y, por otra, a que el corte ancho y largo del pantalón inglés hace que su bajo se enganche con relativa facilidad con las hebillas de este zapato.

A pesar de ello, los cuidados modelos de zapatos de hebilla existentes en la actualidad se han ganado por belleza y méritos propios entrar por la puerta grande de los mejores armarios. Igualmente, los *monks* cuentan con innumerables ventajas frente a los clásicos Oxford; además de ser normalmente más cómodos se convierten en el perfecto aliado de aquellos caballeros de pie ancho o empeine pronunciado al dejar a la parte superior del pie gran libertad de movimientos.



© Vass-Cipó

Otra ventaja de los zapatos de hebilla es que pueden ser destinados también a un uso más informal. En sus tonalidades marrones o de piel vuelta resultan perfectos para vestirse incluso con vaqueros. Igualmente, su cierre con hebillas evita comprobar si se han desatado los cordones.

Si bien los zapatos de hebilla resultan perfectos para vestirse con traje en el día a día de la oficina, el hecho de contar con un elemento metálico como es la hebilla lo hace inapropiado para acompañar a un chaqué o para vestirse con un traje en un evento formal.

Loafers

Loafers o *slips on* son las denominaciones con las que se han popularizado los mocasines fuera de las fronteras españolas.

Es importante indicar que cuando se incluye a los mocasines como uno de los modelos imprescindibles en el armario se está pensando solo en aquellos mocasines cuyo proceso de fabricación tiene mucho de artesanal, son armados y además cuentan con materiales de primera calidad.



En este concepto de mocasín obviamente no se incluye a los denominados coloquialmente como «castellanos», que tanto acompañan, tristemente, en nuestro país al traje y que no hacen otra cosa que destrozar cualquier conjunto que con ellos se vista.

Si bien su vestimenta es muy popular en países como Estados Unidos y esté muy extendida en España hasta en los círculos más elitistas, el uso de mocasines o castellanos con traje está totalmente prohibido, independientemente del modelo y la casa que los fabrique. Pocas imágenes son más dañinas a la vista que contemplar un traje perfectamente cortado descansando sobre unos mocasines.

Sin embargo, su uso sí es correcto en una vestimenta casual. En general, los mocasines son adecuados para vestirse con todos aquellos conjuntos donde la parte superior e inferior sean diferentes. Así pues, un conjunto formado por una chaqueta azul marino y unos pantalones grises admitirá perfectamente el uso de unos buenos mocasines. Para este atuendo los mocasines de borlas Tassel son una opción siempre acertada. Igualmente, como se verá al analizar los zapatos de sport, los mocasines se pueden vestir con pantalones de sport o con vaqueros.

En definitiva, si un armario cuenta con unos Oxford lisos negros, otros Oxford *semi-brogue* color chocolate, unos Derby tipo Burford negros, un doble hebilla de color coñac y unos mocasines tipo Tassel de piel vuelta, se podrá afrontar con total seguridad de éxito cualquier evento y situación.

Una vez se tengan estos cinco pares de zapatos se podrá empezar a pensar en ampliar el armario acompañándolos de otros modelos como el obligado Budapest, unas bonitas botas Balmoral, unos clásicos *spectators* o unos zapatos a medida con dos tipos de piel.

Conforme aumentemos el número de zapatos también podremos hacer lo propio con los colores. Así, por ejemplo, el color vino o las diferentes tonalidades de marrón aportarán, de combinarse correctamente, estilo y variedad al día a día del traje de chaqueta.

A cada color de traje, un color de zapato

Ya sea porque se es amante de la máxima discreción o sencillamente porque no se quiere correr riesgo alguno, ningún caballero se equivocará si escoge para su día a día un zapato que, además de contar con cordones, sea de color negro. El color negro, si bien puede no ser el más estiloso con todas las tonalidades de colores de traje, siempre será correcto. Vistiendo unos sencillos, pero de calidad, zapatos negros y de cordones, se estará vistiendo infinitamente mejor que lo que hacen la mayoría de caballeros.

Si, por el contrario, se prefiere correr cierto riesgo en busca del siempre deseado estilo, no quedará más remedio que introducir otros colores al calzado. De correr este riesgo se recibirá en contraprestación un *look* muy interesante sin dejar de cumplir con el protocolo de la vestimenta correcta del caballero.

Antes de entrar a estudiar dichas pautas se deberá tener presente que el protocolo inglés, protocolo responsable de la inmensa mayoría de las normas que todavía hoy se aplican en el campo de la vestimenta masculina, establece que después de las seis de la tarde o en ausencia de luz solar solo los zapatos de color negro son correctos para vestirse con traje. De la misma manera que ocurre con los zapatos, y como se estudiará más adelante, los trajes que se vistan después de las seis de la tarde o una vez desaparecida la luz solar deben ser oscuros y preferentemente de azul marino oscuro.

La primera norma a tener en cuenta cuando se vista un traje oscuro es la conveniencia de prescindir de zapatos de color marrón claro. Este llamativo color chocará con el tono oscuro del traje produciendo un fuerte contraste y si además se sigue la horrenda costumbre española de combinarlos con un cinturón de la misma tonalidad, el resultado con seguridad estará más próximo al espanto que a cualquier estilo posible.

Entre el clásico color negro y los poco vistosos marrones claros hoy se pueden encontrar zapatos en una amplia gama intermedia de colores que de saberlos vestir en su momento y lugar pueden aportar al conjunto un exquisito toque de estilo.

Así, por ejemplo, los zapatos de color burdeos o incluso aquellos de una tonalidad próxima al vino son idóneos para combinarse con trajes de tonalidades grises. Esta combinación es perfecta para vestirse en cualquier despacho u oficina.

Los zapatos marrón oscuro son particularmente estilosos para combinarse con trajes azul marino. Esta combinación es de las más elegantes y menos forzadas y proporciona siempre un resultado excelente. El marrón oscuro aporta, por un lado, la formalidad que requiere un traje azul marino y, por otra, imprime un estilo que desgraciadamente no abunda en nuestras calles y que con seguridad hará destacar a su portador del resto de caballeros de su entorno. Esta combinación permite tanto acudir al trabajo como a eventos algo más formales. No obstante, de acudir a un evento de carácter puramente formal, solo los zapatos negros deberían acompañar al traje.

Los zapatos con tonalidades próximas al color coñac son recomendables tanto para trajes grises como para trajes azules. Cuanto más oscura sea la tonalidad del color coñac, más formal será el conjunto resultante.

El buen hacer de algunas casas zapateras ha hecho válida la frase inglesa de «brown is the new black». Efectivamente, hoy resulta francamente fácil encontrar una tonalidad de marrón que combine con prácticamente todos los colores y modelos de trajes existentes.

Son las nuevas tonalidades de marrón las que poco a poco van sustituyendo al negro incluso en los armarios de los caballeros más tradicionales. El marrón aporta la misma elegancia que el negro pero imprimiendo un estilo al conjunto final muy difícil de conseguir cuando se visten zapatos negros. Los Oxford marrón en sus modalidades *semi-brogue* o *full-brogue* combinan, además de francamente bien con trajes marrones y tipo tweed, con una gran variedad de pantalones de sport.

No obstante, la elección de un modelo y un color de zapato no solo dependerá del gusto de cada caballero. Así, por ejemplo, por muy amante que se sea de los colores marrones en sus diferentes tonalidades, como se acaba de apuntar, solo el zapato negro se podrá vestir en ausencia de luz solar.

Como se ha estudiado al analizar los diferentes diseños de los zapatos, su mayor o menor seriedad la decide el número de adornos con que cuentan y su color. A líneas más limpias y colores más oscuros, mayor formalidad; a mayor cantidad de dibujos y colores más claros, menor seriedad.

En definitiva, para conocer qué color de zapato es el adecuado con cada traje bastará con prestar un poco de atención a las combinaciones aquí expuestas y conocer con antelación en qué lugar y en qué momento del día se tiene que vestir ese par de zapatos.

El zapato a medida, un privilegio al alcance solo de los más entendidos y

puedientes

El mandar confeccionar un traje, una camisa, un abrigo o unos zapatos a medida es un placer, y un capricho, al que todo caballero debería sucumbir alguna vez en su vida. Desgraciadamente, una vez comprobado el resultado final de esa prenda realizada a medida resultará francamente difícil volver a la confección industrial.

Los caballeros acostumbrados a vestir a medida podrán confirmar que no hay marca en el mundo, por prestigiosa que sea, que consiga los resultados que las manos de los artesanos más experimentados pueden lograr.



Un zapato a medida es una creación artesanal, y muchas veces hasta una pequeña obra de arte, que además de reflejar la posición social de su portador habla de su exquisito gusto por lo bello y exclusivo.

El oficio de zapatero es uno de los más viejos del mundo y hasta finales del siglo XIX lo normal era que todos los caballeros vistieran zapatos hechos a mano. Sin embargo, con la llegada de la producción industrial, el oficio de zapatero empieza a desaparecer y, hoy, contar con unos zapatos a medida representa todo un lujo que, debido al enorme número de horas y esfuerzo que su fabricación requiere, está al alcance solo de unos pocos.

El proceso de fabricación de los zapatos a medida es bastante similar al que se seguía hace más de doscientos años y los materiales utilizados en ellos, si bien se han refinado, no han experimentado un cambio radical. Quizá la gran diferencia entre aquellos artesanos y los de ahora sea que hoy los cinco oficios que intervienen en la fabricación de un zapato, esto es, el hormero, el diseñador, el cortador, el aparador y el montador, se han especializado solo en su parte del trabajo, mientras antes era el mismo zapatero el responsable de todas las fases de construcción del zapato.

Los zapatos hechos a medida por norma general cuentan con materiales muy superiores a los que se pueden encontrar incluso en las marcas industriales de más renombre. Además de contar con pieles, forros o suelas de enorme calidad, el esmero con que un buen zapatero une todas las partes de ese zapato convierte al conjunto final en una pieza mucho más resistente y duradera.

Un cuidado cortado de la piel, un aparado esmerado, un cosido trabajado o un preciso montado así como los instrumentos utilizados en todo el proceso de confección de unos zapatos hechos a mano consiguen un resultado de una enorme calidad que permite que dichos zapatos, de cuidarse con cierto mimo, permanezcan en el armario del caballero toda su vida.

Para la realización de un zapato a medida, el zapatero tomará, de manera exhaustiva, las medidas de cada pie. Después de medir el largo, el ancho, el alto del pie, el grosor de los dedos, la altura del talón, el puente, etcétera, el hormero preparará dos hormas independientes a las que pasará todas las medidas de cada pie.

Las hormas resultantes reflejarán tanto el diseño del zapato final como el deseado de la suela. Una vez terminadas las hormas de madera, estas contendrán todas las irregularidades de cada pie, de modo que los zapatos resultantes sean como un guante para el afortunado propietario, aportándole una comodidad difícil de olvidar cuando vuelva a calzar sus mejores zapatos industriales.

Terminadas las hormas se dibujará el modelo del zapato sobre ellas y se confeccionarán los patrones con las correcciones para cada uno de los pies. Una vez terminados los patrones se pasan a un papel que se montará sobre la horma de madera.

Después se cortará la piel acorde con las medidas de cada pieza de corte y forro. Seguidamente, se rebajarán las partes que correspondan, se comprobará que vayan unidas y que no hayan quedado imperfecciones y se aparará y montará el corte.

Las diferentes partes del zapato se montan siempre por separado siguiendo normalmente el siguiente orden: forro, corte, punteras, barretas y finalmente el corte de la punta. Posteriormente se cose, siempre a mano, el *goodyear* a la suela o en su defecto el *norvegese* a la vira (soporte sobre el cual se monta el zapato).

Una vez montados los diferentes cortes se ponen los cambrillones (resorte que abarca desde la mitad del talón hasta el inicio del metatarso y que sirve para conferir estabilidad al pie al andar), los cuales, si son de calidad, serán de madera y no de metal. Colocados los cambrillones, se realiza el interior del zapato según lo especificado por el cliente.

El montado de la suela se lleva a cabo después de haber estado en remojo varios días y tras haber sido martillada para conseguir el mayor grado de alisado posible. El zapatero aprovechará que la suela todavía está húmeda para trabajar sobre ella y conseguir la flexibilidad que en ella desee el cliente.

A posteriori, solo los mejores zapateros construirán el tacón estrato a estrato, insertando clavos de madera. Los clavos de madera tienen como ventaja frente a los de metal que al contacto con la humedad se ensanchan y bloquean su paso.

Para conseguir una suela lisa y brillante, tanto esta como el tacón se tratan primeramente con lima y vidrio para posteriormente hacerse con lijas de papel y con hierros calientes con agua. Posteriormente, y para dejar la suela brillante, se repite este proceso con ceras y tintas.

El lustrado del zapato pone el broche final a la construcción del mismo. El grado de intensidad de dicho lustrado depende en gran medida del deseo del cliente. En los zapatos a medida el cliente no se limita a escoger un tipo de color sino que puede elegir hasta el grado de intensidad del mismo o, si lo prefiere, imprimir un tono envejecido al color escogido.



© Pierre Corthay

Este proceso de construcción de un zapato a medida se demora varios meses en el tiempo ya que tiene una serie de pruebas en el ínterin que perfeccionan más, si cabe, el resultado del zapato final. Solo los mejores zapateros artesanales darán al cliente un zapato de prueba, ya con todas sus medidas, para que este lo vista durante unos días, compruebe su comodidad y en el caso de que desee introducir alguna modificación esté a tiempo para que se incluya en el zapato final.

No obstante, esto último es cada día menos frecuente, siendo lo normal, incluso entre las

casas de zapatería a medida más conocidas, que una vez el cliente haya escogido un modelo y un color y tras tomar las medidas de los pies este solo vuelva a tener contacto con su zapato cuando le sea entregado en una caja de cartón.

Los caballeros más exigentes con su aspecto acuden a la zapatería a medida para, además de conseguir una comodidad extra, también poder proteger sus pies con una pieza única que ningún otro caballero tendrá.

Si bien poder contar con zapatos de las más prestigiosas marcas de Londres, Viena, Múnich, Budapest o Roma representa ya de por sí todo un lujo, siempre cabe la posibilidad de encontrarse con otro caballero con ese mismo par de zapatos.

Por el contrario, unos zapatos a medida con una determinada forma, diseño, tipo de horma, combinación de pieles, color, tipo de forro, altura del talón, grosor de la suela, etcétera, aporta esa diferenciación que además de hacerlo único sitúan a su propietario frente al exterior como alguien buscador de la máxima exclusividad y exquisitez.

Todavía hoy es posible encontrar varias casas legendarias que ofrecen la posibilidad a sus clientes de contar con unos zapatos a medida. Sin embargo, son bien pocos los zapateros que van más allá de limitarse a replicar un modelo preexistente con las medidas específicas de su cliente y buscan crear una pieza única.

Solo aquellos zapateros que además de ser grandes artesanos sean también buenos diseñadores sabrán imprimir la personalidad de su cliente al zapato. Parece lógico pensar que cuando alguien va a hacer un desembolso importante en un calzado a medida también quiera contar con un diseño exclusivo y acorde con sus gustos e idea de estilo y elegancia.

Es aquí cuando el número de reputados zapateros empieza a disminuir drásticamente y solo unos pocos son capaces de permanecer en esa elitista lista que sabe transmitir a los zapatos la personalidad de su cliente. Con seguridad la forma de ser de un artista y la de un banquero diferirá en gran medida. Por ello parece razonable que cada uno prefiera un diseño diferente de zapato. Es misión del zapatero conseguir transmitir los gustos y finalmente la personalidad de cada uno de sus clientes a sus zapatos.

Si esta reflexión se antoja como lógica parece, igualmente, comprensible que para este último selecto grupo de zapateros resulte difícil entender cómo un zapatero que nunca ha visto a su cliente pueda hacerle unos zapatos a medida.

Solo los zapateros artesanos y artistas no se contentarán con conseguir un zapato bello por fuera sino que además trabajarán con igual ahínco para traer al mundo un zapato hermoso tanto por fuera como por dentro y sin olvidar que la belleza de la suela es igual de importante.

La elección del color de los calcetines:
la conveniencia de huir del negro

*«Si bien la elegancia es menos un arte que un sentimiento
también es el resultado del instinto y la costumbre.»*

Honoré de Balzac

UNO DE LOS COMPLEMENTOS A LOS QUE MENOS ATENCIÓN SE PRESTA A LA hora de escoger la vestimenta son los calcetines.

Una inmensa mayoría de caballeros es de la opinión de que eligiendo unos calcetines negros es imposible fallar. Y nada más lejos de la realidad. Exceptuando las ocasiones en las que se vista un esmoquin o un frac, los calcetines de color negro no son la mejor opción para completar el resto de atuendos.

La aceptación generalizada del color negro para los calcetines en todas las ocasiones y sobre todo para cuando se viste de traje impide profundizar en el enorme estilo que unos calcetines con algún diseño y color pueden aportar al atuendo final del caballero.

No parece muy comprensible que a la hora de escoger una corbata se tenga en cuenta la tonalidad de nuestro traje e incluso la de la camisa y luego no se haga lo propio al abrir el cajón de los calcetines.

Existen básicamente dos posibilidades a la hora de seleccionar el color de los calcetines. La primera de ellas es escoger el color de los calcetines igual al de los zapatos y la segunda es escoger para los calcetines el color de los pantalones.

Aunque la primera opción está mucho más extendida, la segunda opción es infinitamente más elegante. El motivo no es otro que, debido a que el pantalón y el calcetín son del mismo color, no se produce un cambio brusco visual entre ambas prendas, lo cual hace que la figura se alargue estilizando más el pantalón.

El caballero al sentarse termina mostrando los calcetines, por lo que de escoger, por ejemplo, un zapato color coñac, unos calcetines negros y un pantalón gris marengo conseguirá tres impactos visuales en muy pocos centímetros.

No siempre resulta fácil encontrar unos calcetines de una tonalidad exacta a la de los pantalones. En estos casos se debe buscar unos calcetines que, siendo del mismo color, sean algo más oscuros que los pantalones. De esta forma se consigue un menor salto visual que el que se produciría de escoger una tonalidad más clara.

Optando por la opción de seleccionar para los calcetines el mismo color que el de los pantalones será difícil equivocarse. No obstante, de querer ir un paso más allá y explorar todo lo que una prenda *a priori* tan poco importante como son los calcetines puede

aportar a la vestimenta masculina, se tendrá que buscar fórmulas más innovadoras que den un toque personal a la indumentaria del caballero y que resulten estilasas.

Una interesante manera de combinar los calcetines es elegir para estos el mismo color y, a ser posible, un diseño parecido al de la corbata. La opción de combinar los calcetines con la corbata es particularmente atractiva y segura cuando los calcetines podrían incluso llevarse sin que la corbata fuera ni siquiera a juego con ellos. Esta combinación, si bien no pasará desapercibida a nadie de nuestro alrededor, imprimirá definitivamente un toque de distinción al conjunto final. Solo se deberá tener cuidado de llevar esta recomendación a la práctica si los colores elegidos son muy llamativos.



© Will Boehlke

A partir de aquí solo el gusto y el estilo de cada caballero podrán poner límite a la elección tanto de los colores como de los tejidos. Por ejemplo, una opción algo «agresiva» pero sin lugar a dudas muy sugerente es la que combina un traje azul marino con un pañuelo de color que hace juego con el de los calcetines.

Otra forma de combinar los calcetines es prestando atención al color de la camisa. Unos calcetines morados seguro que llaman la atención por ser este un color poco frecuente para unos calcetines; sin embargo, dichos calcetines cobrarán un significado totalmente diferente de ser utilizados con una camisa de tonalidad similar.

En los trajes azul marino, los calcetines con tonalidades granate oscuro pueden dar mucho juego. Los trajes de color gris azulado agradecen los calcetines de tonalidades azul oscuro. Los trajes de tweed admiten perfectamente calcetines a rombos. Los

calcetines con estampados escoceses y de rombos bien combinados con los colores del traje pueden ser otra opción perfectamente válida.

En definitiva, los calcetines, igual que los pañuelos de bolsillo, son una prenda que permite al caballero alejarse de la gran masa uniformada, aportando a su atuendo un toque de distinción, elegancia y estilo al alcance solo de los señores más elegantes.

El traje

«Como todo buen hombre, yo me esfuerzo por conseguir la perfección, y como todo hombre corriente me he dado cuenta de que la perfección está lejos de ser alcanzada..., pero no así el traje perfecto.»

Edward Tivnan

EL TRAJE TAL Y COMO SE CONOCE HOY, ESTO ES, UN CONJUNTO FORMADO POR dos o tres prendas que coinciden en color y tejido, debe su origen a la vestimenta típica de campo de los caballeros ingleses del siglo XVIII.

Sin embargo, incluso antes de esa fecha se pueden encontrar referencias a conjuntos parecidos que sin lugar a dudas fueron los que siglos más tarde dieron como resultado el traje de chaqueta del siglo XVIII.

Si bien antes del siglo XIII la ropa de los caballeros consistía básicamente en prendas que se sobreponían en el cuerpo sin dibujar silueta alguna, a partir del Renacimiento esta especie de túnicas se van dejando de lado y poco a poco los señores empiezan a vestir prendas que dejan adivinar el contorno de su figura.

Fue a principios del siglo XIX cuando el mayor dandi de cuantos han existido, el gran Beau Brummell, decidió que los trajes debían ajustarse al cuerpo y que esto solo era posible con la ayuda de un sastre. Ya no importaban los bordados o los materiales preciosos que llevaran cosidas las diferentes prendas, ahora lo importante era la correcta hechura de las prendas que acompañan al caballero.

Su gran influencia entre los caballeros más adinerados ingleses así como la admiración que su forma de vestir despertaba incluso en el propio príncipe Jorge hicieron que todo cuanto el señor Brummell vestía fuera rápidamente imitado por los señores del país. Este deseo de los caballeros de la época de vestir como él lo hacía popularizó rápidamente, por ejemplo, el pañuelo que a modo de corbata acompañaba siempre a sus trajes.

Desde entonces el traje entendido como un conjunto formado por un pantalón y una chaqueta donde la corbata está siempre presente ha sido llevado a lo largo de todos los años por la totalidad de los caballeros. Igualmente, la predilección de Beau Brummell por los colores oscuros, y más concretamente por el azul oscuro, ha hecho que todavía hoy, más de doscientos años después, siga siendo este color el que con mayor frecuencia se encuentre en los trajes de chaqueta.

Hoy en día prácticamente todos los caballeros occidentales poseen al menos un traje en su armario. Ya sea porque tenga que vestirlo a diario o solo en aquellas ocasiones en las que su uso sea obligatorio, todo caballero debería conocer unas nociones básicas sobre las posibilidades que esta prenda le puede brindar y sobre su correcta hechura y vestimenta.

Los caballeros ingleses, desde muchos siglos, atrás han sido grandes amantes de las actividades cinegéticas y montar a caballo era, además de algo placentero, también algo necesario para poder atender a sus obligaciones diarias y poder desplazarse tanto por la ciudad como por sus extensas propiedades. Esto, como se estudiará en el apartado dedicado al frac, obligó a cortar los originarios abrigos por la parte delantera, aportando mayor libertad de movimientos al jinete.

Aunque el traje hasta bien entrados los años cincuenta estaba compuesto por una chaqueta, un chaleco y el correspondiente pantalón, hoy, debido por un lado a la benignidad del clima y, por otro, desgraciadamente, a una pérdida de elegancia generalizada, el traje de chaqueta se reduce a una chaqueta y a un pantalón.

La chaqueta

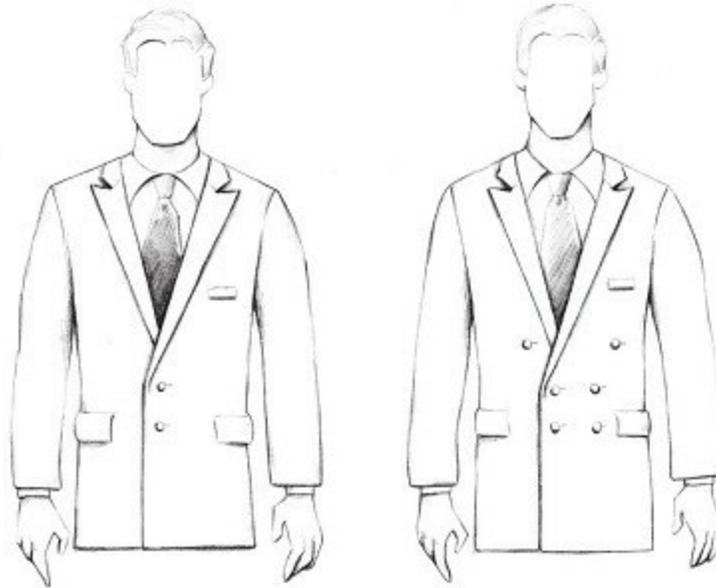
Los modelos más elegantes

Aunque nuevamente la uniformidad y timidez del caballero medio en el vestir puede hacer pensar que solo existen chaquetas de hilera sencilla de dos o tres botones, la realidad es muy diferente.

Si bien cada día resulta más difícil ver fuera de las tradicionales sastrerías chaquetas que se salgan de este corte generalizado, todavía en países como Italia existen tiendas donde se pueden encontrar desde trajes cruzados hasta trajes de tres falsos botones, con terminaciones de las solapas en punta, con bolsillos en diagonal o con cerilleras, etcétera; en definitiva, trajes que permiten al caballero más exigente introducir cierta variedad y estilo a su armario sin necesidad de tener que acudir a una sastrería.

Hoy los dos modelos de trajes más extendidos y más populares siguen siendo el de hilera sencilla y en mucha menor medida el de hilera cruzada.

Es necesario señalar que si bien antes de la Primera Guerra Mundial eran igual de frecuentes los trajes cruzados que los sencillos, terminada esta y entre los años veinte y treinta la chaqueta cruzada se convierte en la indiscutible protagonista.



Ya a finales de los años treinta, el modelo de chaqueta cruzada popularizada como chaqueta Kent, en honor al príncipe Jorge, conocido también como duque de Kent, se convierte en todo un icono de aquella generación. La chaqueta Kent se distinguía por ser del tipo 4×2, es decir, por contar con cuatro botones de los cuales solo se abotonaban dos.

Este tipo de chaqueta volvió a popularizarse con la película *Wall Street* y se puede apreciar un tímido despertar en su vestimenta. El corte de la chaqueta Kent es especialmente agradecido con los señores no muy altos que no quieren privarse del placer de vestir un traje cruzado. Esta chaqueta da la sensación de alargar la figura de su portador por no contar, como ocurre en las chaquetas 6×2, con botones en la parte superior del torso.

Durante los años posteriores a la Primera Guerra Mundial también es frecuente observar a los señores de la época con trajes cruzados del tipo 6×2, en cuyas chaquetas se abotonan dos de los seis botones con los que estas cuentan. Esta chaqueta, conocida popularmente como «Copa Martini», por imitar el dibujo que forman sus botones a la típica copa de Martini, sigue siendo de todo punto obligada en el armario de los caballeros del siglo XXI. El traje cruzado representa la máxima expresión de la elegancia masculina, muy por delante del de hilera sencilla, y ocupa la cúspide de las prendas que conforman el *informal dress*.



Tanto en las chaquetas 4×2 como en las 6×2, las solapas terminan en forma puntiaguda y llevan un ojal en cada una de estas con el objetivo de guardar la máxima simetría entre el lado derecho y el izquierdo. Debido a que no admite ser desabotonada bajo ninguna circunstancia, sus dos aberturas traseras resultan obligadas para permitir una cierta comodidad a la hora de sentarse.

Aunque la vuelta en el pantalón en los trajes cruzados siempre es recomendada, no habría que sorprenderse al observar, sobre todo en los caballeros ingleses, cómo prescindían de ella. Para estos, el traje cruzado es siempre más formal que el sencillo; por ello el uso de la vuelta, un detalle considerado como informal, rompe con la limpieza de líneas que la caída de un pantalón tendría sin ella.

Hay muy pocos caballeros a los que el uso de una chaqueta cruzada les pudiera perjudicar. Si bien es cierto que a los señores altos y a los de hombros anchos les favorece más que a los de reducida estatura, la mayoría de estos últimos, consiguiendo un corte acorde con su fisonomía, también podrán disfrutar del placer que supone vestir un bonito traje cruzado.

Terminada la Segunda Guerra Mundial el uso de la chaqueta cruzada empieza a dejar paso a la chaqueta sencilla como la preferida por los señores de entonces. Esto es debido por un lado a su mayor comodidad y por otro al cambio de las costumbres de los caballeros en sus quehaceres diarios. Los caballeros pasan entonces de estar la mayoría de su tiempo en la calle haciendo sus tareas a realizarlas en un despacho u oficina. La

chaqueta de hilera sencilla les permitía desprenderse de ella, algo prohibido de decantarse por la cruzada, lo que poco a poco hizo que se fuera dejando de lado la vestimenta del traje cruzado.

Desde los años cincuenta, la primacía del traje de hilera sencilla sobre el cruzado ha sido siempre la tónica general. No obstante, siempre ha habido periodos donde el traje cruzado ha regresado con más o menos fuerza, como fue el caso de los años ochenta y como se puede observar también hoy en los círculos donde más se cuida la vestimenta masculina.

Los trajes de hilera sencilla admiten tantos ojales y botones como espacio haya para coserlos. Sin embargo, en el caso del traje sencillo: menos siempre es más. Por ello, solo aquellos trajes que cuenten con uno, dos o, algunas veces, tres botones serán a los que se deba prestar atención.

Al igual que ha ocurrido con la vestimenta de los trajes cruzados, el número de botones con los que ha contado el traje sencillo a lo largo de la historia ha ido variando según las modas del momento. A pesar de dichas modas, de una manera u otra, los trajes de dos o tres botones siempre han estado presentes en los roperos de los caballeros. Por el contrario, la presencia de trajes con cuatro botones o de uno solo lo han hecho en momentos puntuales.

Si bien los trajes de dos botones siempre serán una buena opción, los de tres no siempre aportan los beneficios deseados.

Un traje de tres botones cuyo corte esté pensado para abotonar los dos superiores puede recargar la parte superior del torso cerrándose la chaqueta muy arriba y mostrando poco espacio tanto de la camisa como de la corbata. Para evitar este efecto, no son pocos los caballeros que acertadamente optan por abotonarse solo el de en medio.



Existe otro tipo de chaqueta que aun contando con tres botones beneficia siempre mucho más a su portador que el clásico tres botones del que se acaba de hablar. Se trata del *roll through* o, como es conocido popularmente en nuestro país, de un falso tres botones. Este tipo de chaqueta sigue teniendo tres botones, pero tanto su botón superior como inferior son meramente de adorno y no se pretende que sean usados. El corte de estas chaquetas hace que las solapas se alarguen y se junten más abajo que en las típicas chaquetas de tres botones, lo que finalmente estiliza mucho más la figura.

Una vez se tenga claro qué tipo de corte se desea para la chaqueta se podrá pensar en los detalles que la acompañarán. Así pues, se podrán escoger desde bolsillos diagonales, algo muy juvenil y británico por sus connotaciones cinegéticas, hasta el número de aberturas traseras, siendo siempre más recomendable dos que una sola central, etcétera.

Según sean los gustos personales de cada caballero se podrá, igualmente, escoger un tipo de forro u otro o incluso el número y disposición de los bolsillos interiores. Sin embargo, todos estos detalles serán difíciles de encontrar de no acercarse a la sastrería tradicional.

Su hechura perfecta

La correcta hechura de una prenda habla de su calidad con mayor rotundidad que lo que pudiera hacer cualquier marca que llevara esta grabada en su etiqueta. Las marcas industriales, es decir, casi el 99 por ciento de los nombres que se pueden encontrar en el

mercado, fabrican su ropa pensando en las medidas de un cliente estándar. De esta forma establecen diferentes tallas, pero sin tener en cuenta las particularidades físicas de cada caballero.

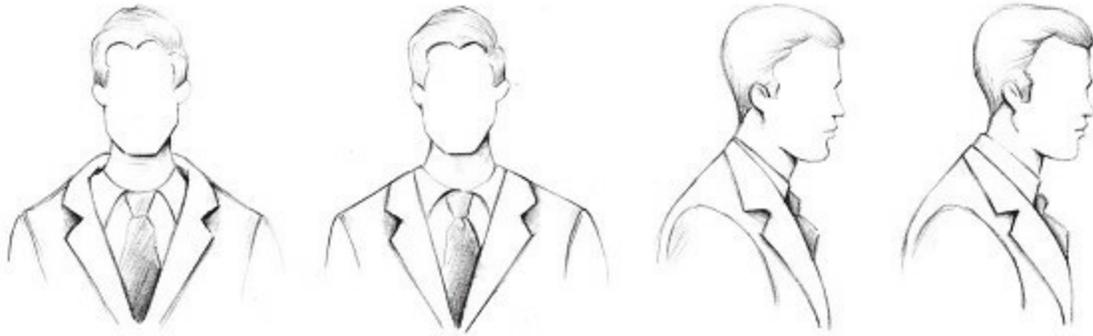
Por ello, cuando nos encontremos enfrente del espejo del probador o de cara al dependiente se debe tener muy claro cómo debe quedar un traje y consecuentemente conocer las modificaciones que deberán hacerse a este antes de comprarlo. Incluso en las mejores tiendas, ya sea por comodidad o simplemente por ignorancia, los dependientes propondrán, en el mejor de los casos, coger el bajo, acortar las mangas o entallar la chaqueta. Sin embargo, esto debería ser solo el comienzo del proceso necesario para conseguir una buena hechura.

En primer lugar se deberá tener en cuenta que la chaqueta del traje debe permitir ver la parte superior del cuello de la camisa. Tanto cuando esté desabotonada como cuando esté abotonada, el cuello de la chaqueta nunca deberá tapar al de la camisa en su totalidad. Igualmente, esto deberá ser así tanto cuando se esté de pie o cuando el caballero se encuentre sentado.

El cuello de la chaqueta deberá, igualmente, estar en contacto permanente con la camisa. Se deberá, por tanto, evitar que el cuello de la chaqueta se desboque, abriéndose por la espalda. De la misma forma se vigilará que el cuello de la chaqueta no se suba en exceso sobre el cuello de la camisa ya que de hacerlo la chaqueta terminará abriéndose y consecuentemente sus solapas se despejarán de la pechera de la camisa.

Por ello, se evitará la extendida costumbre de probarse la chaqueta frente a un espejo sin ni siquiera antes haber dado ni un paso con ella puesta. Por el contrario, será recomendable pasear con ella y ejecutar los movimientos que se realizarán posteriormente en el día a día. Así pues, ningún caballero debería sonrojarse de caminar o agacharse con ella.

Uno de los caballeros que llevaba hasta las últimas consecuencias este consejo era el famoso bailarín Fred Astaire, quien, antes de dar el visto bueno definitivo a su sastre, acostumbraba a bailar con el traje algún número para así comprobar que efectivamente se adaptaba a él y que le permitía moverse con la soltura que luego necesitaría ante las cámaras.



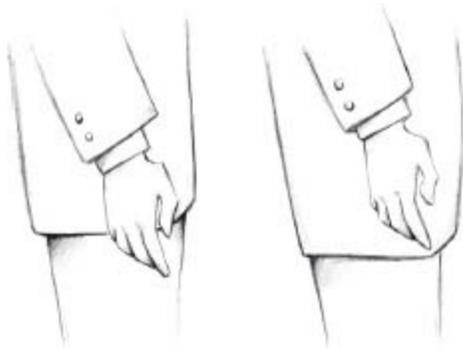
Será tras la realización de todos esos movimientos cuando se deba volver hacia el dependiente y mostrarle el aspecto de la chaqueta para que haga los ajustes pertinentes.

Las solapas de la chaqueta deberán siempre estar en contacto con la camisa. Estas caerán limpiamente sobre el torso sin que en su transcurrir se separen de este o se abran.

Sobre la longitud de la chaqueta, a pesar de los gustos personales de cada caballero, hay unas normas básicas que no se pueden dejar de observar.

La longitud de la chaqueta se establecerá atendiendo a la longitud del brazo. Permaneciendo de pie y dejando caer libremente el brazo, la altura de los nudillos establecerá hasta dónde deberá alargarse la chaqueta.

Otra forma de cerciorarse de que la chaqueta tiene la longitud adecuada es comprobando si esta divide en dos partes iguales el cuerpo; o más concretamente, asegurándose si la distancia que va desde el cuello de la chaqueta hasta donde esta termina es igual a la que va desde donde termina la chaqueta hasta el suelo.

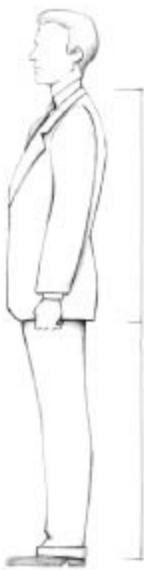


Dejando caer libremente el brazo, el largo de la chaqueta debería coincidir con el de los nudillos

Uno de los fallos más extendidos cuando se viste de traje es llevar las mangas de la chaqueta excesivamente largas y, en cambio, las de la camisa demasiado cortas. Como indicación general, el largo de la manga de la chaqueta debería prolongarse hasta donde se agranda el hueso cúbito a la altura de los huesos carpianos, mientras que la camisa debería extenderse hasta donde empieza a ensancharse la mano.

Los más observadores habrán apreciado cómo cada día es más frecuente cruzarse con señores con chaquetas excesivamente ceñidas. Cuando los dependientes entallan la chaqueta no son pocos los caballeros que tienen la costumbre de encoger el estómago. Sin embargo, al abandonar la tienda aquellos centímetros que se escondieron durante unos pocos segundos, de repente y sin pedir permiso, vuelven a aparecer.

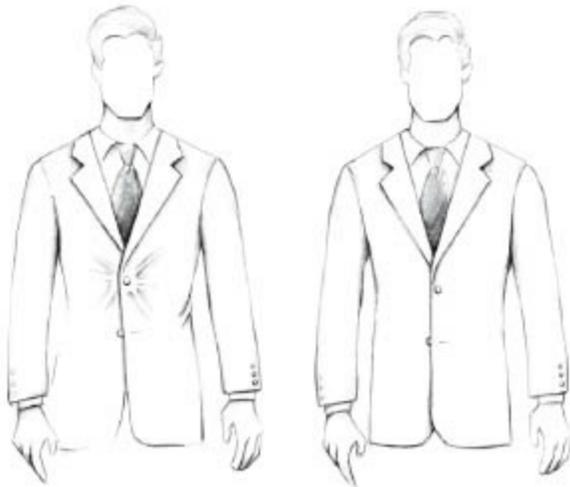
Ya sea por sucumbir a esta reciente moda o simplemente porque no se tomaron correctamente las medidas, resulta bastante habitual observar cómo, en la parte frontal de la chaqueta, al abotonarse se produce una especie de «X». Esto es una prueba irrefutable de que la chaqueta no queda bien a su propietario ya que no hay que olvidar que un buen corte de una chaqueta debe conseguir que esta quede amplia por dentro y estrecha por fuera; pero siempre sin marcar arruga alguna.



La chaqueta dividirá la distancia que va desde el cuello al suelo en dos partes iguales

La chaqueta debe tener el suficiente espacio entre ella y su portador para que le permita moverse con libertad. Por ello, no debería dar vergüenza alguna introducirse en los bolsillos interiores de la chaqueta la cartera y el móvil antes de que el dependiente marque la hechura final y mande la chaqueta al taller de arreglos.

Como recomendación final se deberá insistir, hasta el punto, si es necesario, de negarse a adquirir la chaqueta, en que si se tienen que acortar las mangas esto se haga por la parte superior de la manga, a la altura de la costura del hombro, y nunca en la inferior. Siempre resulta más cómodo para las casas de arreglos cortar las mangas a la altura de los botones sin tener en cuenta que la chaqueta desmejora en gran medida si al comienzo de las mangas aparecen inmediatamente los botones.



La aparición de la «X» indica que la chaqueta queda estrecha (izquierda).
Hechura correcta (derecha)

El correcto corte de los pantalones

Al contrario de lo que ocurre con la chaqueta, rara vez se presta atención a la hechura de los pantalones. Por norma general, la mayoría de los caballeros se limitan a comprobar que no les aprietan en la cintura y que su bajo está conforme a sus deseos; todo esto sin considerar que los pantalones son, junto con la corbata, la parte del atuendo que durante más tiempo al día queda expuesta a las miradas exteriores. En definitiva, se olvida de que una correcta hechura de un pantalón es mucho más que un diámetro de cintura y un bajo con o sin vuelta.

La máxima a la hora de probarse y vestir un pantalón de traje es tener siempre presente que este se debe vestir en la cintura y no en la cadera. La cintura natural del caballero está algo por encima del ombligo y es ahí donde debe abotonar el pantalón. De vestirse el pantalón en la cintura y con la chaqueta correctamente en su sitio no se debería apreciar camisa alguna entre ambas prendas.

A la hora de probarse un pantalón hay que cerciorarse de que abotone con cierta holgura. Un pantalón que quede justo, por poco que sea, «enviará» esa estrechez a sus pinzas, haciendo que estas se abran y produzcan un efecto visual que pondrá rápidamente en

evidencia el resultado final del conjunto.

Siempre será más fácil arreglar un pantalón que quede algo holgado en la cintura que uno que esté estrecho. Un pantalón que abotone con cierta dificultad terminará cayéndose incluso antes que otro que tenga un poco de holgura, y ese bajo que con tanto esmero se había escogido ahora ya solo arrastrará sobre el zapato.

Al igual que el pantalón deberá abotonar en la cintura sin esfuerzo alguno, la parte de los muslos tampoco deberá quedar justa ya que, con seguridad, las pinzas se terminarían abriendo. No se debe olvidar que un pantalón de traje ni se viste en el mismo sitio ni debería quedar y caer, a pesar de lo que hoy se estila, igual que lo haría uno de sport.



Los pantalones se
visten en la cintura,
no en la cadera

El diámetro de la pierna del pantalón irá disminuyendo desde el muslo hasta su terminación en el zapato. Aunque el ancho del bajo depende del gusto de cada caballero, hoy se observa, sobre todo en países como Italia, que este se lleva menos ancho que años atrás, dando la impresión en algunos casos de tener un diámetro tan reducido como el de los pantalones de sport. Aunque el ancho del bajo, como se acaba de apuntar, depende del gusto personal de cada uno, tampoco se debe exagerar esa estrechez. Un pantalón de traje nunca es un pantalón de sport, por lo que un diámetro de veintiún centímetros es más que correcto.

El pantalón de traje debe contar con pinzas. Se podrá escoger entre una o dos pinzas, pero siempre deberá tener pinzas. Aunque los diseñadores más vanguardistas se empeñen con cada nueva colección en vestir al hombre con trajes de corte muy informal, no se debe olvidar que los pantalones de un traje ni son iguales ni se visten en las mismas ocasiones que, por ejemplo, unos vaqueros. Por ello, su corte y diseño tampoco pueden ser similares al de estos.

La pinza marcará el comienzo de la raya, la cual se extenderá hasta el zapato. Hay que asegurarse de que la raya discurre siempre por la mitad de la pierna del pantalón, desde su comienzo en la pinza hasta su terminación justo en el medio del zapato.

Uno de los defectos más extendidos a la hora de vestir de traje entre los caballeros españoles es su costumbre de llevar los pantalones demasiado largos. El pantalón nunca debe descansar holgadamente sobre los zapatos; con tocarlos ligeramente formando una mínima arruga y no mostrando el calcetín será más que suficiente.

No son pocos los dependientes que cuando marcan el bajo del pantalón toman como referencia el tacón del zapato. Esta medida suele traer como consecuencia la formación de unas visibles arrugas en la parte delantera del bajo. Para evitar esto, bastará con indicar que se tome una medida por detrás y otra por delante. De esta forma el bajo del pantalón quedará en diagonal, es decir, más largo por detrás, tocando el tacón, pero más corto por delante.



La pinza marcará el comienzo de la raya, la cual se extenderá hasta el zapato

Si el deseo del caballero es vestir sus pantalones con tirantes, a la hora de que le cojan el bajo debe asegurarse de tenerlos consigo ya que si no luego el pantalón le podría quedar corto.

Muy pocos caballeros pueden presumir de ser totalmente simétricos. La gran mayoría tienen un brazo algo más largo que otro o un hombro más caído que su contrario. Del mismo modo, es relativamente frecuente que una pierna sea algo más larga que la otra o sencillamente que la altura de la cadera no sea idéntica en ambos lados. Sea por un motivo u otro, es recomendable asegurarse de que el dependiente coge tanto el largo de la pierna derecha como el de la izquierda, de forma independiente, y no copia el largo de una en la otra.

Hoy ya es poco frecuente encontrarse con pantalones forrados en su totalidad. No obstante, es importante asegurarse de que la mitad superior sí cuenta con forro interior. Es esta mitad la que más roce sufre con el muslo y de no estar forrada la vida del pantalón se acortará y además el tacto del tejido podría llegar a resultar molesto.

Aunque solo en las tiendas más exclusivas coserán un refuerzo interior al bajo del pantalón, esto se deberá exigir si no ha sido ofrecido como opción. Este refuerzo tiene la finalidad de alargar la vida del pantalón al hacer el bajo más resistente al roce con el zapato.

El que el pantalón cuente o no con vuelta no deja de ser una opción meramente personal. Normalmente, un pantalón de vestir sin dobladillo resulta más formal que uno que cuente con él.

Un buen pantalón tendrá cosidos botones en la bragueta en vez de cremallera. El cosido a mano de esos botones y ojales es un detalle artesanal que de una manera rápida comunica al caballero que se encuentra frente a unos pantalones de calidad.

Los bolsillos también pueden contar muchos secretos de la calidad de un pantalón. En su parte frontal el pantalón de vestir tendrá obligatoriamente dos bolsillos verticales o ligeramente en diagonal. Los bolsillos horizontales, si bien son perfectos para los pantalones de sport, no lo son para los pantalones de traje.

En el interior de los bolsillos de un pantalón de calidad se podrá encontrar cosido otro bolsillo de reducidas dimensiones. Este pequeño bolsillo sirve para guardar desde un juego de llaves hasta una memoria USB y tendrá como finalidad que dichos objetos no se muevan y no molesten.

También es frecuente que en la parte frontal, en un lateral de la cintura, haya un minibolsillo para guardar monedas. Sin embargo, lo que no será tan habitual será descubrir unos botones cosidos en la parte interior de la cintura del pantalón, concretamente cuatro delante y dos detrás. Estos botones se cosen con el propósito de anudar a ellos los extremos de los tirantes.



Atrás quedaron los años del colegio donde los tirantes sujetaban el pantalón con unas pequeñas pinzas doradas. Los tirantes se deben anudar al pantalón a través solo de esos botones interiores, por lo que si no aparecen cosidos al pantalón se deberá exigir que se cosan.

Tirantes o pletinas, elegancia y estilo frente al deslucido cinturón

Hasta bien entrados los años cincuenta, vestir tirantes era algo totalmente normal y una práctica extendida entre todos los caballeros independientemente de la clase social a la que se perteneciera.

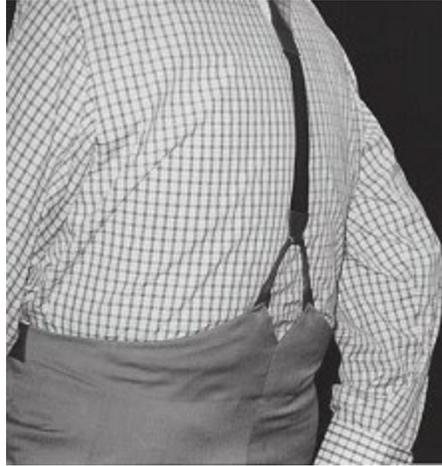
Los tirantes eran por aquel entonces el mejor aliado para sostener los pantalones de los caballeros y evitar que terminaran cayéndose. Sin embargo, con el paso del tiempo los tirantes fueron cediendo su sitio al cinturón y hoy su uso es ya casi testimonial.

Este cambio brusco fue debido en gran parte al guiño lanzado por el cinturón a la juventud para desmarcarse de la clásica forma de vestir de las generaciones anteriores. Si bien durante unos años convivieron tirantes y cinturón, poco a poco y conforme las generaciones mayores dejaban paso a las más jóvenes, el cinturón se apropiaba casi en exclusiva de la cintura de los caballeros.

A pesar de que todavía hoy la supremacía del uso del cinturón sobre los tirantes es abrumadora, tanto antes como ahora los caballeros más exigentes con su aspecto siguen confiando en los tirantes como su mejor aliado para mantener los pantalones en su sitio.

Como se acaba de mencionar, una de las normas básicas del buen vestir establece que los pantalones se deben vestir en la cintura y no en la cadera y esto resulta prácticamente imposible de no contar con tirantes.

Si bien los pantalones de sport se pueden, y deben, llevar en la cadera, nunca un pantalón de traje debería ser vestido como si se tratase de uno de sport. Nuevamente, resulta importante indicar que tanto sus funciones como sus talles y cortes son diferentes, por lo que carece de sentido intentar buscar en un pantalón de traje el mismo efecto óptico que se persigue en un pantalón de sport.



Los partidarios del cinturón tendrán que enfrentarse al hecho de observar como en solo unos minutos después de vestir su pantalón este termina descansando sobre su cadera y consecuentemente ese largo que con tanto esmero se había escogido acaba formando múltiples arrugas a lo largo tanto del pantalón como en el bajo del mismo.

La vestimenta de tirantes aporta innumerables ventajas tanto estéticas como funcionales. Si su función estética puede ser puesta en entredicho por algún caballero, hay otras que, sin embargo, no admiten discusión posible:

1. Los tirantes, al contrario de lo que sucede con el cinturón, no dividen en dos partes el físico del caballero. Esto da mayor fluidez y limpieza de líneas al conjunto final consiguiendo acentuar la verticalidad y alargar la figura.
2. Al sostenerse los pantalones por los hombros nunca se caen y por lo tanto da igual la postura que el caballero adopte o el tiempo que los vista, que siempre se mantendrán en su sitio. Con el paso de las horas no habrá que preocuparse por ajustarse los pantalones a la cintura como sí tendría que hacerse de decantarse por el cinturón.

El uso de tirantes es el mejor aliado a la hora de mantener también el bajo en su sitio. Como se ha estudiado, cuando el dependiente va a coger el bajo de los pantalones estos se suelen abotonar en algún lugar que luego no es donde verdaderamente descansa la cintura del pantalón en el día a día. Con el uso de tirantes, esa medida que es tomada el primer día permanece inalterada y no habrá que preocuparse de arrastrar los pantalones.

3. Las pinzas metálicas de los tirantes o, como es mucho más recomendable, las lazaderas de piel que con todo buen tirante se incluyen, «tiran» constantemente del pantalón hacia arriba, evitando que se formen arrugas y mostrando de forma mucho más visible la raya del pantalón. Igualmente, al caer el pantalón de forma limpia, la raya también desciende de manera marcada y en línea recta a lo largo de toda su extensión.
4. Los tirantes evitan en aquellos señores de barriga prominente que su pantalón termine descansando debajo de esta y además al conseguir con su uso un talle alto, una parte importante del vientre queda cubierto por el pantalón, disimulando esos kilos de más y estilizando la figura de su portador.

Si bien estas cuatro razones son más que suficientes para decantarse por el uso de los tirantes, la esteticidad del conjunto resultante debería ser el argumento final para decidirse por la vestimenta de estos en exclusividad.

Atrás quedaron los años en los que el uso de tirantes estaba reservado a la gente gruesa. Hoy, los señores que los prefieren frente al cinturón con seguridad serán caballeros que cuiden todas las prendas de su atuendo con gran esmero.

Al vestir tirantes es recomendable descoser los pasadores que los pantalones llevan cosidos en la cintura con la finalidad de pasar por ellos el cinturón. Igualmente, resulta mucho más estético coser unos botones interiores al pantalón y enlazarlos con los tirantes a través de lazaderas de piel —lazaderas que deberán ser del mismo color que los zapatos que se vistan— que hacerlo con las típicas pinzas de metal.

A la hora de combinar los tirantes hay que intentar buscar un color o un diseño en el atuendo que combine con ellos. Lo más sencillo siempre resultará escoger el color de los tirantes teniendo en cuenta el de la corbata. En su defecto habrá que hacerlo pensando en que combinen con el color de la camisa o el del traje.

Los tirantes monocolors como los azul marino o los burdeos resultan siempre fáciles de combinar y suelen representar una opción segura. También los tirantes de franjas son muy elegantes y permiten jugar con varios colores. Por el contrario, aquellos tirantes con motivos de animales, dibujos animados o diseños de fantasía solo conseguirán arruinar hasta el más cuidado atuendo. No obstante, tampoco debería representar una gran preocupación el color de los tirantes ya que siempre quedarán ocultos tras la chaqueta.

Ya sea por vergüenza o sencillamente por no ser partidarios del uso de tirantes, siempre se podrá optar por coser a los pantalones unas sencillas pletinas. Las pletinas, también conocidas como *side adjusters*, son dos trozos de tela del mismo color y tejido que el pantalón que se cosen en los lados laterales y permiten ajustar el pantalón como se haría con el cinturón. También cabe la opción de contar con una sola pletina en la parte trasera del pantalón.



Las pletinas permiten, al prescindir del cinturón, que el cuerpo no se vea dividido en dos partes, aportando armonía al conjunto final. Igualmente, el hecho de contar con unas pletinas cosidas en el pantalón denota tanto la calidad de este como el gusto de su portador.

Las pletinas, al igual que ocurría con los tirantes, hacen innecesario el uso del cinturón y por tanto los pasadores que se cosen para introducirlo también dejan de tener sentido con su uso.

Si bien las pletinas no consiguen una eficacia comparable a la de los tirantes sí aportan las mismas ventajas estéticas y, en defecto de los tirantes, su elección resulta siempre más acertada y elegante que la del cinturón.

Los cinco trajes que todo armario debería albergar

Aunque *a priori* puede parecer un número muy reducido, la correcta elección de estos trajes y una adecuada combinación de los mismos con diferentes camisas y corbatas puede aportar un sinfín de posibilidades a la vestimenta diaria del caballero.

Si bien la mayoría de los caballeros durante sus años de juventud no suelen poseer más de dos trajes, es al terminar la universidad y con la posterior incorporación al mercado laboral cuando, en muchos de los casos, se enfrentan a la realidad de tener que vestir de traje de forma diaria.

Si construir un buen armario es una inversión que requiere de un tiempo considerable, tampoco se puede olvidar que la adquisición de un traje de calidad supone un fuerte desembolso, por lo que resulta importante no equivocarse en su elección. De haber acertado y de cuidarlos correctamente, estos deberían ocupar en plenas facultades una parte importante del armario durante al menos diez años.

Desgraciadamente, hoy es fácil observar como muchos caballeros que cuentan con grandes posibilidades económicas y un número de años considerable a sus espaldas no han sido capaces de completar su armario con una variedad lo suficientemente extensa como para poder estar orgullosos de él.

Con solo cinco trajes bien escogidos se tendrá la seguridad de contar con un armario preparado para enfrentarse a todas las situaciones posibles y a las más variadas circunstancias.

Si además de elegir correctamente estos trajes se combinan con un número extenso de camisas, corbatas, zapatos y complementos, se estará seguro de que el nuevo armario no tendrá que envidiar en nada al de caballeros mucho más acomodados, quienes, sin embargo, no poseen ni el conocimiento ni el gusto para tener un armario elegante.

Sin lugar a dudas una de las grandes ventajas que tiene el sexo masculino frente al femenino es la posibilidad de vestir diariamente de traje. Los caballeros podrán incluso vestir dos días seguidos el mismo traje, pues simplemente escogiendo otra camisa, otra corbata y otros zapatos aparentarán vestir totalmente diferente al día anterior.

El armario del caballero se podrá considerar que está listo para afrontar su quehacer diario cuando albergue entre sus puertas los siguientes cinco trajes.

En primer lugar, los dos trajes por los que siempre se deberá empezar a construir un buen armario son uno azul y otro gris, ambos en una tonalidad oscura. Un traje gris siempre será un buen compañero para llevarlo de día, mientras que un traje azul marino oscuro resultará perfecto para la noche y para ocasiones más formales como bodas, graduaciones, etcétera.

Una vez el armario del caballero albergue ambos trajes será el momento de pensar en hacerse con un tercer traje también de color gris pero de una tonalidad más clara y de una terminación que no sea totalmente lisa, como, por ejemplo, la terminación de los tejidos de espiga o de ojo de perdiz. Este traje es idóneo para vestirse habitualmente en la oficina y antes siempre de la caída del sol.

Finalmente, hay otros dos trajes que todo buen armario debería poder presumir de albergar tras sus puertas. Uno de raya diplomática en color gris y otro en color azul. Si bien para el traje gris diplomático resultará más correcto escoger una raya fina, para el azul marino se buscarán tejidos con diseños donde la línea sea algo más gruesa y marcada.

Con estos cinco trajes, incluso aquellos señores que tengan que vestir los cinco días laborables con corbata afrontarán su día a día sin tener ni siquiera que repetir traje en ninguno de ellos. Siempre resultará conveniente poder completar el armario con un sexto traje que permita un cierto margen en caso de tener el caballero que desprenderse de alguno de ellos por tener que llevarlo al tinte.

Este sexto conjunto no tiene por qué obedecer al concepto tradicional de traje. Puede estar compuesto perfectamente por dos prendas independientes. Ambas piezas deben ser adquiridas pensando en darles un uso menos formal. Esta será la combinación perfecta para vestir durante los *Casual Fridays* o en ocasiones que no requieran de mucha seriedad. Una buena opción para este sexto traje es una chaqueta azul marino con un pantalón gris. Este sexto conjunto permitirá igualmente vestir unos zapatos menos formales, como unos de piel vuelta o algún mocasín vestido tipo Tassel o Piccadilly.

Una vez se cuente con estos «imprescindibles» se estará en disposición de empezar a pensar cómo completar esta acertada base de armario. Así, conforme el gusto de su propietario vaya refinándose con seguridad completará el armario con colores y modelos alejados de los clásicos azules y grises. Trajes como, por ejemplo, los príncipe de Gales, los de tweed u otros de color incluso marrón aportan variedad y exquisitez a cualquier armario.

Igual de importante que resulta definir estos cinco trajes imprescindibles también lo es el tejido de los mismos. Si se va a contar con un número reducido de trajes se deberá optar por las telas conocidas popularmente como telas de entretiempo, esto es, tejidos de peso comprendido entre 280 y 370 gramos. Por debajo de este peso los trajes serían demasiado fríos para los meses de invierno y si fueran tejidos más pesados no se les podría dar uso alguno a partir del mes de mayo.

Hoy los lugares de trabajo están perfectamente aclimatados y el tiempo que se pasa en la calle, al menos en las grandes ciudades, cada vez es más reducido. Esto, unido a que las épocas de frío intenso cada año duran menos y que en los meses de verano además de relajarse el código de vestimenta muchos caballeros se encuentran de vacaciones, convierte a los trajes de entretiempo en la opción más polivalente.

Un buen traje a medida, una pequeña obra de arte hecha a mano

A pesar de las pautas que anteriormente se han dado para escoger ese traje en el que no se desboque el cuello, no se abran las solapas o se entalle sin formar arruga alguna, no son pocas las ocasiones en que esto se presenta como labor imposible de no acudir a la sastrería a medida.

El sastre, con la toma de medidas, la realización del patrón, su paso a la tela, el corte, la unión de las diferentes piezas, el hilvanado, las múltiples pruebas y los retoques finales persigue algo que le está vetado a la confección industrial, por prestigiosa que sea la marca, esto es, un traje ceñido por fuera, amplio por dentro, que oculta los defectos, resalta las virtudes y que está totalmente acorde con las medidas, características y gustos del cliente. Y por si todo esto fuera poco: además todo ello hecho enteramente a mano.



Un buen sastre sabrá interpretar los gustos de su cliente diseñando el traje según sea su estilo, su físico y su personalidad. Como se adelantó en el capítulo introductorio, cada caballero tiene unas medidas corporales y unas características físicas que lo hacen prácticamente único. Por ello, los caballeros que acuden a la confección industrial podrán hacerse con un traje que, de escogerse correctamente, les sienta bien pero nunca perfecto.

El sastre, al coser el traje pensando únicamente en la fisonomía de su cliente, se marca como objetivo disimular algún pequeño defecto físico y resaltar las virtudes del afortunado comprador.

Un buen traje a medida donde se ha estudiado a conciencia el físico de un caballero concreto contará con un corte que podrá hacerle aparentar ser más alto, más delgado, más bajo o más grueso. Un buen sastre sabrá coser el traje acorde con la fisonomía de su cliente y todas las partes, solapas, cuello, faldones, pantalón, etcétera, guardarán una adecuada proporcionalidad con el físico del futuro propietario.

Igualmente, un sastre experimentado sabrá cómo disimular desde un hombro caído o una espalda encorvada hasta una pierna más larga o incluso jugando con las medidas de las solapas conseguir un rostro más alargado o menos grueso.

Para lograr un efecto donde el cliente aparente, por ejemplo, ser más alto o más delgado, el sastre trabajará sobre las medidas y terminaciones de las solapas, el talle de la chaqueta y del pantalón, el diseño de las hombreras, el largo de la chaqueta, la disposición de los bolsillos, el largo y ancho del pantalón y hasta definirá incluso una altura específica para el ojal de la solapa.

Con seguridad, en un buen traje a medida las solapas de la chaqueta no se abrirán, el cuello no se desbocará, no se producirá arruga alguna al abotonarse, los dibujos casarán, el pantalón caerá de forma limpia y sin formar arrugas hasta el zapato, etcétera. Además, el cliente podrá escoger desde una enorme variedad de pesos y tipos de tela hasta bolsillos en diagonal, cerillera, una o dos pinzas, pinza inversa, botones de cuerno de búfalo o de piel, etcétera.

Resulta francamente difícil después de vestir un verdadero traje a medida volver a hacer lo propio con uno de confección. Un buen traje a medida consigue ser estrecho por fuera pero amplio por dentro; en definitiva, es como una segunda piel que puede hacer olvidar a su propietario incluso que lo está vistiendo.

La realización de un traje a medida conlleva múltiples operaciones que buscan un mismo fin: conseguir la hechura perfecta para ese cliente específico. Así pues, es necesario que al cliente se le tomen de forma precisa sus medidas antes de realizarle el patrón. Una vez elaborado el patrón, este se pasará a la tela para posteriormente cortarse las diferentes partes que una vez cosidas entre sí darán lugar al traje.

Durante la confección, se realizarán al cliente un mínimo de dos pruebas. Con dichas pruebas se comprobará que los objetivos buscados se están cumpliendo y que la hechura es acorde tanto con los deseos como con el físico del cliente. Después de estas dos pruebas y de más de cincuenta horas de trabajo el resultado final suele estar más cerca de una obra de arte que de cualquier traje.

Si el hecho de que sea a medida es importante, no lo es menos que se haya cosido enteramente a mano. Como ha apuntado en repetidas ocasiones el que fuera presidente del Club de Sastres de España, don José María Reillo, quien para muchos es la mejor aguja del país y uno de los más reputados sastres a nivel mundial, tan importante es que el traje sea a medida como que se haya cortado y cosido a mano.

Hoy son bastantes los establecimientos que ofrecen trajes a medida; sin embargo, la inmensa mayoría de ellos lo que ofrecen en realidad son trajes *made to measure*. Estos trajes no pueden ser considerados a medida ya que se limitan a adaptar unos patrones estándares preexistentes a las medidas de cada caballero.

Si bien conseguir una correcta hechura representa siempre un reto para el sastre, el que se realice el traje enteramente a mano debe ser una exigencia por parte de aquellos caballeros que quieran poseer un traje verdaderamente *bespoke*.

Para hablar de un traje a medida no basta con poder presumir de contar con un botón practicable en la manga de la chaqueta. Las manos del sastre son las responsables de realizar y coser desde los propios ojales hasta el forrado y cosido de las solapas de los bolsillos. Por ello, no es exagerado afirmar que es la mano de obra la que en la mayoría de las ocasiones establece la calidad y el nivel del traje final.



Archivo personal del autor

Si se tiene en cuenta el enorme trabajo y el número de horas que conlleva la realización de un traje a medida y a mano, el precio de este no puede dejar de ser obligatoriamente elevado. Sin embargo, de analizar los desorbitados precios que cobran las grandes marcas por trajes realizados enteramente por máquinas, rápidamente se llegará a la conclusión de que aquel precio del traje a medida que *a priori* parecía tan alto ya no lo es tanto.

Si a todo lo anterior se añade que un traje a medida bien cuidado puede durar veinte años y que con unos mínimos arreglos permite que su propietario engorde o adelgace varios kilos, parece evidente que un traje a medida es claramente una inversión acertada.

A pesar de que cada día son menos los sastres de «pata negra» que siguen trabajando según los cánones más puristas, todavía en nuestro país queda un puñado de ellos que pueden presumir de desempeñar esta profesión como lo harían los mejores sastres de la histórica Savile Row.



Todo amante de la verdadera elegancia masculina debería poder experimentar, al menos una vez en su vida, el placer y la confianza que aporta el vestir un traje que ha sido cortado y cosido pensando exclusivamente en él.

La camisa

«Un ojal realmente bien hecho es el único vínculo entre el arte y la naturaleza.»

Oscar Wilde

LA CAMISA ES SEGURAMENTE LA PRENDA DEL ARMARIO DEL CABALLERO MÁS antigua de cuantas han llegado a nuestros días. No obstante, sería erróneo pensar que aquellas primeras camisas eran similares a las que hoy se visten.

La camisa tal y como se conoce hoy, es decir, con una tira de botones en su parte frontal, no hace su aparición hasta 1871. No obstante, muchos siglos antes los caballeros ya vestían una especie de camisola cuya evolución terminó derivando en la camisa actual.

Antes de la aparición de la camisa los caballeros cubrían su cuerpo con una especie de túnica de hilo que sin tener en cuenta medida alguna descansaba sobre sus cuerpos de forma holgada. Tanto estas túnicas como sus posteriores evoluciones se caracterizaron por tener que pasarse por encima de la cabeza, como hoy se hace con las camisetas.

Si bien en la actualidad no hay problema alguno en mostrar la camisa al exterior, esto no siempre ha sido así. Hasta bien entrado el siglo XIX la camisa era considerada como prenda de ropa interior y consecuentemente estaba totalmente prohibido mostrarla. Carecía de finalidad estética y solo servía para proteger del frío y para evitar que los olores corporales se filtrasen en las prendas exteriores, sirviendo de parapeto frente a estos. Igualmente, las no pocas veces ásperas prendas exteriores obligaban a contar con camisas que protegieran el cuerpo del roce con aquellas. Con el mismo propósito las camisas se confeccionaban con mangas largas y un cuello bastante alto.

La consideración de la camisa como prenda interior explica por qué no es conforme a protocolo ni presentarse ante una dama en «mangas de camisa» ni desprenderse de la chaqueta en lugares públicos como restaurantes. Si con seguridad ningún caballero se sentará a la mesa en camiseta interior, tampoco debería hacerlo en camisa ya que al menos en este sentido el protocolo sigue considerando ambas prendas como similares.

En la época isabelina, la extravagancia se apodera de los puños y de los cuellos de las camisas rematando ambos extremos con gorgueras de gran tamaño. A finales del siglo XVIII, los encajes, las gorgueras y las camisas de almidón dejan paso a terminaciones menos pomposas de hilo blanco. Hasta la llegada de los primeros gemelos, los puños se cerraban con lazos de seda. Igualmente, las camisas, sin ser tan armadas como antes, sí siguen contando con volantes, abotonándose los cuellos con lazos y broches preciosos.

Solo a partir de finales del siglo XIX la camisa empieza a ser considerada como otra prenda exterior más y por tanto comienzan a cuidarse tanto sus medidas como su aspecto final. Es en estos años cuando la camisa blanca se apodera casi en exclusiva de los armarios de los caballeros.

La camisa blanca obligaba a los caballeros a mantener una pulcritud total para evitar manchársela e impedir que sus amistades apreciaran cualquier tipo de suciedad en ella. Solo los caballeros más adinerados podían cambiarse varias veces al día de camisa y no mostrar mancha alguna. Esto hace que la camisa blanca se convierta en la prenda fetiche de la alta sociedad de la época.

Por esta misma razón, las camisas a rayas o estampadas no eran aceptadas por la burguesía de entonces ya que se podía pensar que tras esos estampados se escondían posibles manchas. Para que nadie llegara a pensar semejante «barbaridad» y que los señores pudieran presumir de la clase social a la que pertenecían se empezaron a vestir camisas con algún tipo de estampado pero manteniendo el cuello y los puños de color blanco.

Al ser todavía lo normal acompañar cualquier atuendo de una chaqueta, los cuellos de la camisa eran la parte más expuesta al exterior y consecuentemente más propensa a mancharse. Por ello y para evitar estar cambiando continuamente de camisa, de hacer caso a la historia de la vestimenta masculina, la señora Hannah Montague, en 1820, cansada de lavar continuamente las camisas de su marido, decidió coserlas con un cuello desmontable para que con solo intercambiar este y sin necesidad de volver a lavarlas mantuvieran siempre un blanco impoluto.

Según las fotografías que han llegado a nuestros días, ya a principios del siglo XIX se empiezan a introducir diferentes colores y estampados en las camisas. Si bien la alta sociedad de entonces sigue manteniendo el blanco como color predilecto, la clase trabajadora viste camisas azules, cuyo color disimulaba algo mejor que el blanco las manchas que se formaban a lo largo del día.

Tuvo que andar todavía mucho el siglo XIX para que la aristocracia de la época terminara vistiendo también camisas de color. Sin embargo, aun entonces esta prefería mantener el cuello y los puños de la camisa de un blanco impoluto para así poder seguir manteniendo su estatus frente al exterior.

Desde el siglo XX las camisas de color o con algún estampado son aceptadas en la mayoría de los lugares. No obstante, los estampados lisos y a rayas siguen siendo los más adecuados para un ámbito formal y en la ciudad. Por el contrario, las camisas a cuadros

son más informales y su uso siempre es más adecuado en el campo o fuera de la ciudad.

Las camisas de vestir no contarán con botones en el cuello, no tendrán bolsillo y serán siempre de manga larga. Si bien los puños pueden ser sencillos o dobles, según sea la preferencia de cada caballero, la posibilidad de acompañar a la camisa con unos gemelos aporta a esta un toque muy especial y elegante.

Cómo identificar una camisa de calidad

La oferta de camisas es hoy mayor que nunca. Sin embargo, la calidad de las mismas es cada día menor.

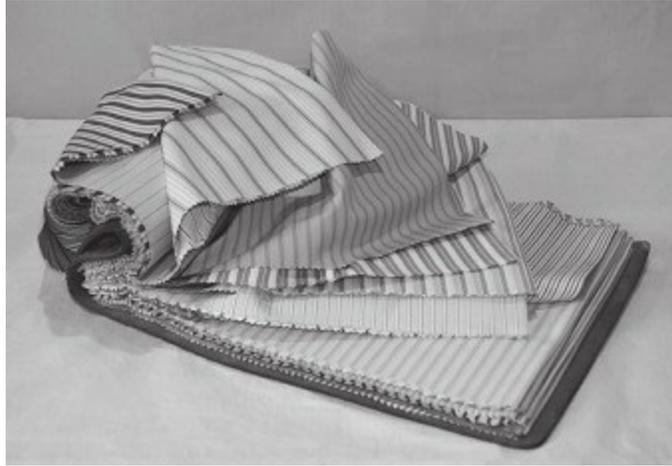
El hecho de que hoy un determinado cuello, un color o un logo sean suficientes para que la mayoría de los caballeros decidan qué camisa comprar ha servido de excusa a las principales marcas para bajar considerablemente la calidad de sus camisas. Es muy poco probable que en el proceso de compra de una camisa el cliente pregunte sobre la composición de la tela, el número de cabos o el tipo de trenzado del hilo. Y si lo hace no sería de extrañar que más de un dependiente le mirase con cara de sorpresa.

A la hora de identificar una buena camisa se deberá tener en cuenta tanto el tejido de la misma como su terminación.

- Así pues, en primer lugar es indispensable asegurarse de que la camisa esté confeccionada con una tela de calidad. Un buen tejido proporcionará una mayor duración a las características y colores de la camisa.

Las tres notas básicas que establecerán la calidad del tejido serán la composición, el hilo y el tipo de trenzado.

Respecto a la composición, deberían buscarse compuestos naturales como el algodón, la lana, el lino o la seda. Se huirá de las mezclas en las que el poliéster esté presente ya que la calidad de la camisa final se verá perjudicada.



La composición que hoy se encuentra con más frecuencia es la de algodón. Dentro del algodón existen diferentes calidades dependiendo por un lado de su suavidad y resistencia y por otro de la longitud de la hebra. Cuanto más larga sea la hebra, mejor. Las mejores camisas de algodón serán las fabricadas con algodón peruano, egipcio o con el archiconocido Sea Island.

La elección del tipo de hilo es igualmente de gran importancia al ser la unión de muchos de estos los que dan lugar a la tela resultante. El hilo puede estar formado por uno o por dos cabos. El hilo de calidad siempre será a dos cabos, esto es, dos hilos entrelazados y enrollados entre sí que aportan mayor duración a la camisa.

Otro término con el que seguramente se encontrarán los caballeros que acudan a una camisería de prestigio será el que se indica con un «2×2». Una buena tela además de ser a dos cabos debe contar con hilos verticales (urdimbre) y con hilos horizontales (trama). A esto es a lo que se denomina 2×2.

Para terminar con las características del hilo es obligado hablar del grosor del mismo o, lo que es lo mismo, del título. Cuanto más delgado sea el hilo, mejor será su tacto y la calidad de la camisa resultante. Una camisa de calidad normal suele tener un título de unos 50's a un cabo; una buena de unos 80's a dos cabos; y solo las mejores tienen un título por encima de 100's... y siempre a dos cabos.

La última característica que debe tenerse en cuenta a la hora de escoger la tela de la camisa es el trenzado del hilo. Según sea el tipo de trenzado se conseguirá una textura u otra. Existen infinidad de trenzados como el popelín, el *oxford*, el piqué, la viyela, el *voile*, el *fil à fil*, el *twill*, la franela, la pana, etcétera. El trenzado escogido será el responsable tanto del aspecto final del tejido como de lo calurosa que termine siendo la camisa.

Una camisa que cuente con una buena tela y sea cuidada con cierto mimo puede durar hasta seis años incluso lavándose una vez por semana.

- Una vez comprobado que la camisa cuenta con la calidad deseada hay que cerciorarse de que su terminación está acorde con los más altos estándares.

Si en un solo detalle tuviera que fijarse un caballero para establecer si la camisa que tiene delante de él cuenta con una buena terminación, este sería sin lugar a dudas el cerciorarse de que efectivamente los dibujos casan en las diferentes costuras. Esto se puede apreciar con facilidad en la unión del hombro y de la manga. El que en una camisa no casen las costuras no significa que no se hayan podido cuidar el resto de detalles. Pero, sin embargo, una camisa donde no casen los dibujos nunca podrá ser considerada como una gran camisa.



Si en un solo detalle tuviera que fijarse un caballero para establecer si la camisa que tiene delante de él cuenta con una buena terminación, sería el cerciorarse de que los dibujos casan en las diferentes costuras

© Nines Mínguez

La otra característica que junto al casamiento de los dibujos establecerá el mayor o menor nivel de la calidad de la terminación de la camisa será la calidad de la mano de obra empleada. Hoy, exceptuando las que se confeccionan a medida, y no todas, las camisas se cosen a máquina y no por manos de camiseros. De no acudir a una camisería y mandar confeccionar a medida la camisa, algo muy aconsejable como veremos en el siguiente apartado, hay que asegurarse de que al menos los ojales y los botones sí hayan sido cosidos a mano.

Es poco frecuente en una camisa de confección industrial encontrar su parte alta trasera dividida en dos partes. El uso del canesú en la camisería industrial no deja de ser un instrumento de marketing, pero siempre es bienvenido al darle a la prenda un toque más artesanal.

Solo en las mejores camisas de confección se podrán encontrar pinzas en la espalda que aporten mayor amplitud de movimientos. De no contar con ellas al menos habrá que conseguir que la camisa quede lo suficientemente entallada como para que no presente cualquier exceso de tejido en la parte posterior y así evitar tener que ajustarla constantemente.



Una buena camisa debe ofrecer la posibilidad de introducir en su cuello unas ballenas que permitan mantener las puntas de este rectas y conseguir de esta forma que no se despeguen de la pechera de la camisa. Las ballenas se pueden encontrar en diferentes materiales como plástico, níquel, plata, madreperla, etcétera. En algunos casos existe la posibilidad de bordar en ellas las iniciales o el nombre. Por normal general, las buenas camisas llevarán un juego de ballenas de repuesto.

En las zonas donde se produce un mayor desgaste, la camisa contará con un dobladillo de la tela, cosido a doble costura.

Otro de los detalles que diferencian a una buena camisa es el número de puntadas por centímetro con las que se hayan cosido las diferentes piezas de la camisa. Cuantas más puntadas haya, más resistente será la camisa. Una camisa de calidad deberá poder presumir de contar al menos con ocho puntadas por centímetro.

Los botones suelen ser de algún material resistente como el nácar. Los más utilizados por su particular resistencia son los botones del material conocido como madreperla.

Uno de los detalles que claramente establecen la calidad de una camisa es el número de pliegues que unen la manga con el puño. Normalmente, una camisa de mediana calidad no suele contar con más de dos pliegues. Sin embargo, una camisa de alta calidad suele lucir siempre un mínimo de tres.



La existencia de un pequeño triángulo uniendo la parte delantera y trasera de la camisa denota esmero en la fabricación de la camisa y la hace más resistente. Sin embargo, hoy este detalle es introducido por muchas casas camiseras como un mero instrumento de marketing.

Al igual que ocurría cuando se hablaba de la importancia de la calidad de la mano de obra en la confección del traje, en las camisas también esta resulta vital. Encontrar una camisa cosida a mano es imposible de no acudir a una buena camisería.

Aquellos señores que así lo deseen deberían contar con la opción de poder grabar sus iniciales en la camisa.

Hasta finales del siglo XIX los cuellos de las camisas podían ser de dos tipos. O de ala, todavía presentes acompañando al frac y al esmoquin, o vueltos. Igualmente, existía la posibilidad de comprar ambos cuellos por separado e intercambiarlos según la ocasión lo requiriese.

Hoy la oferta de modelos de cuellos es muy variada y su correcta elección depende además de los gustos personales también de las medidas y particularidades del rostro del caballero.

Medidas a tener en cuenta en su elección

Una correcta hechura de la camisa puede disimular desde una nuez abultada o un cuello con exceso de papada hasta, por ejemplo, un hombro caído. Si bien conseguir esto resulta imposible de no acudir a la camisería a medida, conociendo los trucos que a continuación se exponen resultará siempre más fácil acertar con la elección de esa nueva camisa.

Normalmente, cuando un señor va a adquirir una camisa se fija principalmente en el diseño de la misma para orientar su elección. La mayoría de las veces es un tipo de línea o un modelo de cuadro el que hace al caballero decidirse por una camisa u otra. Este tipo de diseño unido al color es lo que finalmente determina la elección de una camisa u otra.

Sin embargo, cada día más, el potencial comprador se fija en los diferentes tipos de cuellos para hacerse con una camisa u otra. Por ello, el cuello se ha convertido en un elemento más de marketing de las casas de moda para atraer a nuevos clientes.

La elección del tipo de cuello es de gran importancia ya que escogiendo, por ejemplo, un cuello más abierto u otro más cerrado se podrá dar entrada a un nudo de corbata más fino o a otro más grueso. Igualmente, la abertura del cuello así como el largo de sus puntas obligará a optar por una chaqueta con las solapas más abiertas o más cerradas.

A pesar de esto, son todavía muy pocos los señores que escogen un tipo de cuello ateniéndose a la complexión de su rostro. Una buena relación entre el cuello de la camisa y el rostro de su portador puede conseguir desde adelgazar una cara ancha hasta encoger un rostro alargado.



Los cuellos con
puntas medianas-
largas estrechan
los rostros
anchos



Los caballeros
con cuellos largos
necesitan camisas
de puntas largas
y anchas



Los cuellos
abiertos
compensan
los rostros
estrechos

Así, los caballeros con la cara estrecha deberán buscar cuellos con solapas separadas y cortas. El conocido como cuello italiano será el más indicado para ellos. Según sea la estrechez del rostro, así deberá ser el grado de abertura de las puntas de su camisa. Para los rostros más estrechos el cuello conocido como *full cutaway*, caracterizado por tener sus solapas muy separadas, será de gran ayuda.

Si se acompañase una cara delgada de un cuello de puntas largas y solapas próximas entre sí solo se conseguiría acentuar más si cabe la estrechez de ese rostro.

Los señores de cara ancha o redondeada, por el contrario, saldrán más favorecidos si optan por cuellos estrechos y de puntas largas. Escogiendo un cuello inglés, caracterizado por tener las solapas visiblemente más alargadas y estrechas que el italiano, estos caballeros conseguirán engañar al ojo curioso mandando al exterior un mensaje de rostro poco grueso.

Si los caballeros de rostro redondeado se decantan por un cuello italiano, darán la impresión de tener un rostro todavía más ancho del que ya poseen.

Aquellos caballeros que cuentan con un rostro normal pero algo ancho encontrarán en el cuello francés un buen aliado. El cuello francés es muy parecido al inglés en cuanto a sus puntas alargadas. Sin embargo, estas están algo más separadas, dejando ver una parte

mayor del nudo de la corbata. Al igual que el inglés, el cuello francés da la sensación de alargar el rostro del caballero que lo viste, produciéndose con dicho alargamiento automáticamente un estrechamiento del mismo.

Los señores que tengan una cabeza alargada deberán decantarse por camisas con las puntas de sus cuellos también alargadas y de solapas anchas. Estos señores, de escoger un cuello con solapas de reducidas dimensiones, acentuarían la longitud de su rostro. Por ello, deberán buscar cierta homogeneidad optando por puntas más largas.



Los cuellos pequeños
hacen que el rostro
parezca más alargado

Por el contrario, aquellos caballeros de rostros chatos escogerán un cuello con puntas cortas para alargar varios centímetros su contenido rostro.

También es importante antes de elegir una camisa u otra analizar el tamaño de la cabeza. Así pues, los caballeros con una cabeza de dimensiones importantes deben escoger camisas con un cuello de solapas anchas y abiertas. Según sea mayor el tamaño de la cabeza, mayor deberá ser el grado de abertura de las solapas del cuello.

Por el contrario, aquellos señores con una cabeza de reducidas dimensiones tendrán que buscar camisas con solapas pequeñas para que les hagan aparentar tener una cabeza más grande.

Si la fisonomía del rostro y de la cabeza es importante para escoger ese cuello que mejor resultado puede proporcionar a la imagen final, también resulta fundamental analizar la longitud del cuello de cada caballero. Jugando con los diferentes tipos de cuellos de camisa se puede disimular un cuello largo o alargar uno de reducidas dimensiones.

Los señores de cuello largo saldrán favorecidos si visten camisas de cuellos con puntas largas y solapas anchas ya que este tipo de camisas dan la impresión de acortar el cuello. Si bien este pequeño truco puede ayudar a estos caballeros a disimular su cuello largo, no hay nada como acudir a la camisería a medida y mandar coser un cuello a la prenda que abotone más arriba de lo que lo hacen normalmente la mayoría de las camisas.

Por el contrario, si el cuello del caballero es corto, el de la camisa deberá ser también de reducidas dimensiones. Igualmente, dependiendo del nivel de acortamiento del cuello, así deberá ser el grado de abertura de las solapas del cuello de la camisa. Cuanto más corto sea el cuello del caballero, más abiertas deberán estar las solapas del de la camisa.

Basta con ponerse delante de un espejo con camisas de diferentes tipos de cuello para, de un rápido vistazo, comprobar cómo el mismo rostro puede engordar, adelgazar, estirarse o encogerse.

Una vez se tenga claro qué tipo de cuello es el que mejores resultados aporta a cada caballero hay otros detalles que también es importante considerar antes de decidirse por la compra de una u otra camisa.

Por ejemplo, resulta importante que bajo el nudo de la corbata se esconda la tela que separa los picos de la camisa. Si los picos del cuello están muy separados podría ocurrir que el nudo de la corbata no fuera suficientemente grande para ocultar tras él toda la tela y quedara a la vista parte del cuello de la prenda. Por ello es aconsejable antes de adquirir una camisa tener en cuenta el tipo de nudo preferido por cada caballero.



La corbata ocultará la tela existente entre los picos del cuello. Igualmente, las solapas de la chaqueta deben ocultar los bordes del cuello de la camisa

Es de todo punto fundamental que los puños de la camisa sobresalgan por las mangas de la chaqueta. Esta es una norma básica de la elegancia masculina que sin embargo no es tenida en cuenta por los caballeros tanto como sería deseable. Debido a que las mangas

de la chaqueta se marcan en el momento de la prueba, sin ni siquiera a veces haber dado el cliente unos pasos con ella puesta, es frecuente que una vez en casa y tras llevarla unas cuantas horas las mangas de esta parezcan haber encogido.

Con enseñar un centímetro y medio del puño de la camisa será suficiente. En todo caso y para estar seguros de que la parte del puño que sobresale de la manga no es excesivo bastará con cerciorarse de que el gemelo o el botón quedan ocultos por la manga de la chaqueta.

Resulta aconsejable que la camisa sea lo suficientemente larga para que no se salga del pantalón incluso al agacharse. Por este motivo, no habrá que alarmarse al encontrar camisas cuya parte trasera sea más larga que la delantera.



Los puños deberían sobresalir de la manga de la chaqueta lo suficiente como para mostrar parte de la camisa, pero sin dejar ver el botón o el gemelo

Si bien una camisa nunca será una camiseta y por lo tanto no debería quedar tan ceñida como esta, sí es importante que se adapte al cuerpo sin que quede visiblemente holgada. Tan importante es, por ejemplo, que no tire de la sisa como que no se formen bolsas en los costados. Tan feo es el efecto óptico de unas mangas largas como que quede estrecha a la altura del pecho.

El fuerte marketing de ciertas casas de ropa ha conseguido que a la hora de comprar una camisa los caballeros den demasiada importancia a su etiqueta. Sin embargo, todavía quedan señores que conocen la importancia de contar con una buena tela y con una acertada hechura. Para estos, la marca que lleve cosida su camisa es algo secundario y prefieren gastarse su dinero en camisas hechas a medida y a mano, en las que no es un logo sino la hechura y la mano de obra las que hablan de la calidad final de la prenda adquirida.

La camisa de confección industrial, al igual que ocurre con los trajes, está pensada para un caballero con unas medidas estándar, las cuales no tienen por qué coincidir con las del señor que finalmente va a adquirir la camisa. Puede ocurrir, por tanto, que si bien el

cuello y el largo de las mangas se adapten a su comprador esto no ocurra con el resto de las medidas. Así, un caballero con un tórax fornido y otro con uno delgado pueden perfectamente terminar escogiendo la misma talla de camisa con resultados muy diferentes.

Por todo ello y para asegurarse de que la camisa cuenta con las medidas perfectas, los caballeros más exigentes con su imagen terminan siempre acudiendo a la camisería a medida; entendiendo por camisería a medida aquellas que obviamente van mucho más allá de limitarse a ofrecer a sus clientes una tela, unos tipos de cuellos y unos modelos de puños.

Con el objetivo de que la camisa no forme arruga alguna y dé la sensación de ser sencillamente como una segunda piel, al privilegiado cliente de una buena camisería a medida se le tomarán varias medidas. Así pues, se le medirá el pecho, la cintura, la cadera, la longitud de los brazos, la espalda, el contorno del cuello, ambas muñecas, etcétera.

Después de la toma de medidas se dibujará un patrón por cada pieza de la camisa, el cual se pasará a la tela para ser cortado. Al contrario de lo que ocurre con los trajes a medida, la camisa a medida no se suele probar a mitad de su proceso de confección. Solo las camiserías más prestigiosas darán a su cliente un prototipo de camisa con las medidas finales para que la vista y la lave unas cuantas veces, para de esta forma poder hacer los últimos ajustes sobre la que será la camisa final.

Igualmente, el cliente de la camisería a medida puede escoger desde la longitud, el ancho y el grado de abertura de los picos del cuello hasta una forma más redondeada o más en línea recta. Igualmente, podrá diseñar el tipo de puño que más le guste, elegir el número de pliegues que unan la manga al puño, un cuello con entretela o termofijado, el largo de la parte trasera de la camisa, etcétera.



Otra gran ventaja de la camisería a medida es que sus camisas duran más. Esto se debe principalmente a dos motivos. Por un lado, las telas empleadas son de mayor calidad y, por lo tanto, más resistentes, y, por otro, aquellos caballeros que vean con el tiempo el cuello de su camisa se les termina rozando o el puño se les desgasta por el propio uso o por el roce con el reloj solo tendrán que acudir a su camisería para que, empleando la misma tela, le cambien las partes afectadas.

Con seguridad, el afortunado cliente de una buena camisería no tendrá que preocuparse ni de que casen los dibujos de las diferentes costuras, ni de que los ojales estén cosidos a mano, ni tan siquiera deberá comprobar que su camisa cuente con más puntadas por centímetro que lo que con seguridad hará la mejor camisa industrial. Todo ello se dará por descontado y simplemente el nuevo propietario se limitará a disfrutar viendo como su prenda no muestra arruga alguna independientemente de la situación que adopte, olvidándose, igualmente, de ajustarse el sobrante de la camisa por debajo del pantalón, como sí tendrán que hacerlo los caballeros que hayan acudido a la camisería industrial.

Si se tiene en cuenta que hoy prácticamente en todos los lugares de trabajo, muy a nuestro pesar, los caballeros se desprenden de su chaqueta, parece más obligado que nunca cuidar la elección de la camisa, prestando una especial atención a sus medidas.

La corbata

«La corbata es el hombre que la lleva.»

Beau Brummell

LA CORBATA ES LA PRENDA DE LA INDUMENTARIA MASCULINA CUYO TAMAÑO guarda menos proporción con su importancia. Este pequeño trozo de tela es de todo punto imprescindible en cualquier atuendo mínimamente formal. Solo el uso de una pajarita acompañando, por ejemplo, al esmoquin o al frac, o, como cada día es más frecuente entre los caballeros más estilosos, al propio traje de chaqueta, justifica no vestir una corbata.

Si bien no hace muchos años el vestir sin corbata era un acto casi temerario, hoy su uso ha empezado a disminuir entre los más diversos estratos sociales. No obstante, todavía hoy su vestimenta está muy extendida y los caballeros más elegantes siguen considerándola obligatoria.

Es difícil establecer el origen de la corbata ya que esta ha pasado por una evolución bastante importante.

Si los egipcios adinerados se anudaban al cuello un trozo de tela en forma triangular, los legionarios romanos ya vestían una especie de pañuelo, *focale*, cuya caída se parecía a la de la actual corbata.

Según la historia, fueron los croatas, concretamente la caballería Royal-Cravate, quienes anudándose alrededor del cuello una especie de bufanda popularizaron su uso. Según cuenta la leyenda, Luis XIV, después de verlos vistiendo esa «bufanda», la adoptó también como parte fundamental de su vestuario y su conducta fue copiada en toda Europa.

Si bien aquellas primeras «corbatas» de la Royal-Cravate fueron fundamentales para que hoy en casi todos los armarios occidentales haya al menos una, la costumbre de los estudiantes del Exeter College de atarse al cuello las cintas de los sombreros de paja con un nudo comenzó un camino de no retorno en la vestimenta de la corbata. Igualmente, Beau Brummell, con su costumbre de vestir una especie de pañuelo alrededor del cuello anudándolo con un lazo, «obligó» a toda la sociedad inglesa a seguir sus pasos y a contar con dicha «corbata» adornando sus cuellos. Desde entonces, la corbata ha sido una prenda imprescindible en la vestimenta masculina.

La forma de confeccionar las corbatas cortándolas en el sentido de la tela y forrándolas con una sobretela empieza en 1924. Esta manera de fabricarlas implicaba la formación de arrugas, sobre todo a la altura del nudo. Para evitar esto, Jesse Langsdorf, a quien se le

atribuye la invención de la actual corbata, decidió cortar la tela en un ángulo de 45 grados y confeccionarla juntando tres tozos de tela para luego unirlos. Desde entonces esta ha sido la forma de «construir» las corbatas.

Si hay un complemento que esté expuesto en todo momento a la vista de todos ese es la corbata y solo por ese motivo debería cuidarse con especial atención su elección. La corbata refleja la personalidad de su dueño mejor que cualquier otra prenda. Como bien apuntó a mediados del siglo pasado Lucilla Mara de Vescovi, fundadora de Countess Mara: «Dile a un hombre que te gusta su corbata y verás su personalidad abrirse como una flor».



Tanto en el capítulo introductorio como en anteriores apartados al hablar de la correcta mezcla de diseños y dibujos se han adelantado algunas pautas para acertar a la hora de combinar la corbata tanto con el traje como con la camisa.

A estas normas habría ahora que sumar otras más sencillas pero no por ello menos importantes, como aquellas que establecen la importancia de vestir corbatas de lana solo durante la época de invierno y siempre fuera de la ciudad o aquellas otras que apuntan que si la corbata se convierte en la protagonista de la imagen final o atrae la atención exageradamente sin lugar a dudas la elección habrá sido errónea.

Uno de los puntos básicos a considerar a la hora de comprar una corbata es asegurarse de que se elige el ancho de la pala según sea la fisonomía de cada caballero. Las corbatas más actuales tienen unas medidas que van desde los 8,5 centímetros a los 9,5 centímetros en su parte más ancha. No hay un ancho más elegante que otro. Nuevamente será el físico del caballero el que establezca el ancho correcto de su corbata. Así pues, un caballero de físico grueso necesita una corbata ancha, ya que de escoger una estrecha acentuaría su fuerte corpulencia.

Si cuando se hablaba en anteriores apartados sobre cómo diferenciar una buena camisa o un buen traje se hacía mención tanto al tejido como a la hechura, al hacerlo de la corbata el tejido y la forma en que esté cortado se convierten prácticamente en los únicos protagonistas.

Todavía hoy existe algún santuario de la elegancia masculina donde es posible encargar corbatas a medida. En dichos rincones del buen gusto, los caballeros pueden escoger desde el tipo de tejido hasta el ancho y largo de su corbata. Igualmente, tendrán la opción de conseguir, jugando con los diferentes tipos de forro o el número de pliegues, que la corbata resultante les asegure el tamaño y diseño de su nudo preferido.

Dicho esto, la enorme variedad de corbatas existentes en la actualidad y la posibilidad de encontrarlas en diferentes medidas hacen que sea el tejido, la forma de estampar el diseño y la manera en que esté cortada y cosida los factores decisivos que establecen la calidad de la corbata.



La corbata de siete pliegues

A la hora de hablar del tipo de tejido hay que hacerlo del que es sin lugar a dudas el más extendido en las corbatas de calidad: la seda.

Aunque en la mayoría de las corbatas se indique «cien por cien seda» esto no siempre es cierto. La mayoría de las corbatas cuentan con una entretela que no es de seda y que tiene como misión mantener la forma y dar el peso necesario para conseguir una adecuada caída. Igualmente, la indicación «cien por cien seda» no aporta gran información ya que ni todas las sedas son iguales ni todas, al igual que ocurre con la lana y otros tejidos, cuentan con el mismo nivel de calidad y acabado.

No es por tanto lo mismo que la seda de la corbata sea del tipo *twill*, que entretejida o conchal. Sea de un tipo u otro, de lo que hay que estar seguro es de que cuenta con el peso adecuado como para tener una elegante caída. Las corbatas realizadas con sedas demasiado pesadas carecerán de una caída natural y serán demasiado rígidas. Por el contrario, las sedas demasiado ligeras darán como resultado corbatas propensas a arrugarse.

Existe un par de trucos que pueden ayudar al futuro propietario a conocer la calidad de la corbata que quiere comprar. Dando un ligero pellizco a la tela de la corbata se podrá comprobar si la seda vuelve pronto a su posición original o, por el contrario, tarda en hacerlo. Una vez comprobado que en solo cuestión de segundos no hay rastro de aquel pellizco, se cogerá la corbata por el extremo más delgado y se la dejará caer en toda su extensión para cerciorarse de que cae de forma limpia y sin girarse ni a derecha ni a izquierda.

Hay una creencia extendida errónea que convierte al tejido de la corbata en el responsable de dar mayor o menor volumen al nudo. En la mayoría de las ocasiones será el forro utilizado en la corbata, y no el tejido de la misma, el último responsable de aportar más o menos volumen al nudo.

En una buena corbata el dibujo no estará simplemente grabado sobre ella sino que, por el contrario, formará parte del propio tejido. Igualmente, observándola por su parte trasera habrá que cerciorarse de que ni las puntadas ni el hilo utilizado para «cerrar» la corbata se aprecian y que los dos pliegues traseros son de idéntica anchura.

Otra forma de comprobar la calidad es observar si efectivamente la corbata ha sido cortada exactamente a 45 grados respecto al dibujo (*cut on the bias*). Desgraciadamente, solo las corbatas de muy alta calidad cumplen este último requisito.



Solo las mejores corbatas están cortadas a 45 grados respecto al dibujo (*cut on the bias*)

Si hay un tipo de corbatas que cuidan con esmero todos estos factores son las conocidas como *seven-fold* o corbatas de siete pliegues. Estas carecen de entretela alguna y se confeccionan doblando un trozo de seda siete veces, cuatro veces por un borde y tres por el otro.

La construcción de este tipo de corbatas exige mucha más cantidad de seda que la necesaria en las corbatas normales, su estructura interna se realiza exclusivamente con la misma seda que el cuerpo principal, no se aprecia costura alguna y, por supuesto, están cosidas a mano.



Los siete pliegues se pueden ver claramente desplegando la pala de la corbata por su parte trasera. Esta forma puramente artesanal de confeccionarlas, similar a la que se utilizaba en las primeras corbatas, además de aportar gran resistencia a las mismas representa el máximo grado de refinamiento, exclusividad y elegancia posible.

A pesar de las nuevas estrategias de marketing para vender corbatas de un mayor número de pliegues, los caballeros más puristas siguen considerando las corbatas de siete pliegues como su única opción a la hora de añadir una nueva a su ropero.

Claves para combinar corbatas y camisas

Si partimos de la triste realidad de que solo los trajes azul marino y gris marengo parecen tener cabida hoy en los armarios de la mayoría de los caballeros, estos se verán obligados a seleccionar con cuidado y mimo tanto su camisa como su corbata para aportar un toque de estilo a sus monótonos trajes.

En la mayoría de las oficinas de hoy en día la existencia de calefacción obliga a los caballeros, en contra de lo que indican las buenas maneras, a desprenderse de sus chaquetas. Este hecho exige prestar más atención, si cabe, a la elección tanto de la camisa como de la corbata ya que serán estas dos prendas las más expuestas a las miradas del entorno.

A la hora de escoger la camisa y la corbata que mejor combinan entre sí hay dos pautas fundamentales a tener en cuenta. Por un lado, habrá que prestar atención al color de ambas prendas, buscando siempre algo de contraste, y, por otro, deberá vigilarse la correcta combinación los diseños lisos, a rayas, a cuadros, etcétera.

Como norma general, siempre resulta más fácil acertar con la combinación adecuada si se escoge primero la camisa y solo después se piensa en la corbata que mejor combina con ella. Deberá evitarse elegir dos prendas con demasiada personalidad. Si la corbata y la camisa tienen de forma independiente ya demasiada presencia, es preferible no vestirlas conjuntamente.

Lo más sencillo resulta siempre combinar camisas y corbatas lisas, sin dibujo alguno. Una camisa azul claro, por ejemplo, es perfectamente combinable con corbatas de infinidad de colores.

Como pauta general, es recomendable que, si se va a combinar una camisa y una corbata lisa, esta última sea de una tonalidad más oscura que la camisa. La misma camisa azul claro combinará perfectamente, por ejemplo, con una corbata lisa burdeos o de un verde oscuro. Por el contrario, si un caballero opta por una camisa de un azul más oscuro tipo cielo, no debería decantarse por una corbata de un amarillo pálido ya que su corbata «desaparecerá» entre el color más fuerte y predominante de su camisa.

Las camisas lisas tienen la enorme ventaja de combinar perfectamente con corbatas a rayas o con cualquier otro adorno, independientemente del tamaño de su dibujo. Esa corbata que por su peculiar dibujo resulte difícil de combinar siempre quedará mejor con una camisa lisa que con cualquier diseño.

Una de las combinaciones más frecuentes de encontrar es aquella en la que está presente una camisa a rayas. En este caso se evitará, en principio, combinar una camisa a rayas con una corbata que también las contenga. Cualquier camisa a rayas admitirá de buen grado una corbata lisa siempre y cuando el color de esta última sea algo más oscuro que el de la camisa.



Una de las combinaciones más frecuentes de encontrar es aquella en la que está presente una camisa a rayas

Este consejo de evitar combinar una camisa a rayas con una corbata también a rayas deberá dejar de ser considerado como tal cuando el caballero que escoge dicha combinación sabe que las líneas de ambas prendas pueden ser perfectamente combinadas entre sí si son de un tamaño diferente.

Si se escoge una camisa tipo milrayas se debería optar por una corbata de rayas anchas. Una elegante y estilosa posibilidad de combinar rayas es escoger una corbata con ellas en horizontal y enfrentarla a las rayas verticales de la camisa.

De la misma forma, una camisa a rayas podrá ser acompañada de una corbata con motivos diversos si dichos dibujos son de una escala similar a la de las rayas de la camisa. Una de las composiciones que hoy ya apenas se ve, seguramente por pensar que no es adecuada, es la que combina una camisa de rayas marcadas con una corbata con lunares. Esta combinación es perfectamente válida y es particularmente bienvenida con un traje liso, al funcionar el traje como marco de la foto donde los protagonistas son solo la camisa y la corbata.



Una de las composiciones que hoy ya apenas se ve, seguramente por pensar que no es adecuada, es la que combina una camisa de rayas marcadas con una corbata con lunares. Esta combinación es perfectamente válida

Las camisas a cuadros son siempre más difíciles de combinar y, si no se quiere correr riesgos, se deberá huir de ellas. Además, no se puede olvidar que los cuadros solo deberían ser adecuados para el campo o en ocasiones donde se vista de sport, no siendo aptos en situaciones formales.

Si a pesar de ello es el deseo del caballero vestir una camisa de cuadros en la ciudad, deberá prestar una especial atención al dibujo de la corbata. Si el cuadro de la camisa es muy marcado y grande habrá que evitar introducir una corbata con demasiada personalidad.

Dibujos discretos en la corbata o, en su defecto, alguno de similar proporción a los cuadros de la camisa aportarán la armonía que este conjunto necesita. Si, por el contrario, los cuadros de la camisa son pequeños habrá que buscar corbatas con diseños más agolpados entre sí. Aunque es posible, además de elegante, mezclar camisas a cuadros con corbatas de rayas, de no estar muy convencidos de la elección siempre resulta más seguro optar por otras alternativas.

Respecto a la combinación de colores de la camisa y la corbata, se eludirá repetir los colores de la camisa en la corbata. Si, a pesar de este consejo, el caballero quiere llevar dicha combinación, deberá intentar que el color predominante en la corbata no sea el de la camisa. Si, por ejemplo, la camisa es de color púrpura, se podrá escoger una corbata con algún motivo en dicho color, pero siendo el color restante de la corbata de otro tono totalmente diferente y algo más oscuro que el de la camisa, como podría ser en este caso un azul marino.



Si el deseo del caballero es vestir una camisa de cuadros, se deberá prestar una especial atención al dibujo de la corbata

Si bien todas estas claves ayudarán al caballero a acertar con una atinada combinación de camisa y corbata, no son pocas las veces en las que solo el gusto de este y ese primer flechazo al ver la corbata superpuesta sobre la camisa confirmarán el acierto o no de la elección.

Los complementos, un toque de distinción necesario

«Los adornos no son nada más que un reflejo del corazón.»

Coco Chanel

NINGÚN CABALLERO PODRÁ PRESUMIR DE IR PERFECTAMENTE ARREGLADO SI no cuida esos pequeños, pero importantes, complementos que acompañan diariamente al atuendo masculino. Hay complementos, como el mismo sombrero, que son capaces de imprimir un toque tan especial que dejan de ser un mero añadido y se convierten en los protagonistas del conjunto final.

El protocolo más estricto sobre la vestimenta masculina establece que la joyería del caballero debería estar solo compuesta por el anillo de bodas, un reloj, un sello y el pasador de corbata. Aunque a esta relación se han ido sumando con el paso del tiempo otros complementos, como punto de partida esta lista parece muy acertada.

El sombrero

Si en los años treinta y cuarenta, independientemente de la clase social, ningún caballero abandonaba la puerta de su casa sin su querido sombrero, hoy este solo se ve en personas de una determinada edad o en señores que, no prestando atención a las modas del momento, conocen la elegancia que aporta este práctico complemento.

La cabeza es la parte del cuerpo humano por la que más calor se pierde y el sombrero ayuda a que dicha pérdida sea menor. Protege a su propietario tanto del frío como de la exposición directa al sol.

Las ventajas del sombrero son tanto estéticas como funcionales. El ala del sombrero proporciona una protección a todo el rostro que no ofrecen las gafas de sol. En temporadas de lluvia es muy práctico al permitir dejar en casa el no pocas veces engorroso paraguas y evitar que se moje tanto la cabeza como una parte importante de los hombros.

A pesar de esto, sus detractores encuentran razones de no mucho peso para prescindir de él. Estos caballeros sitúan al sombrero como algo que forma parte ya del pasado o que hace que el *look* resultante parezca anticuado.

Si bien es cierto que los tiempos van cambiando, que el clima ahora es más benigno y que muchos caballeros no quieren que su cuidado peinado se vea arruinado por el uso del sombrero, también resulta no menos cierto que al ser una prenda en extinción su uso requiere de un caballero con gran seguridad en sí mismo y confianza.

Es por todo ello por lo que hoy las marcas más tradicionales de sombreros han adaptado estos a los nuevos tiempos y vuelven a poner a disposición de los caballeros más elegantes un abanico muy amplio donde escoger.

De lo que no cabe duda es de que un clásico sombrero Fedora añadirá un toque de elegancia al atuendo final, ya sea este formal o casual. Igualmente, dependiendo del tipo de sombrero que se escoja, este puede hablar, además del estatus social de su portador, también de su impecable gusto.

Existen infinidad de tipos de sombreros entre los que elegir, aunque los más prácticos y quizá también los más elegantes sigan siendo los conocidos como Fedora y Trilby. Para las ocasiones más formales, de no atreverse con los *top hats*, los Homburg representan siempre una apuesta segura. Para las épocas de calor, nada como los sombreros ecuatorianos para protegerse del sol.

Hay unas normas básicas de protocolo que deben observar aquellos caballeros que se decanten por el uso del sombrero.



Para las épocas de calor, nada como los sombreros ecuatorianos para protegerse del sol

© Giovanni Santarelli D'Angelo

- Cuando se esté sentado en sitios cerrados se permanecerá descubierto. Si no hay ropero específico para el sombrero se mantendrá sobre las rodillas.

- De cruzarse por la calle con un conocido habrá que descubrirse un poco antes de estar a su altura, no pudiéndose cubrir nuevamente hasta haberse alejado unos metros de él. Antes de abordar a otro caballero o señora, habrá que desprenderse del sombrero cinco o seis pasos antes de llegar a él/ ella.
- Cuando vistiendo un sombrero un caballero se disponga a saludar a otro, o a una dama, deberá tomar el sombrero con la mano derecha, quitárselo enteramente de la cabeza y estirar el brazo hasta abajo.
- A la hora de acceder a un lugar donde de antemano se tenga conocimiento de que se encuentra un personaje relevante habrá que descubrirse antes de entrar en dicho sitio.
- Deberá mantenerse descubierto en el caso de entablar conversación con una persona de rango superior, no pudiendo el caballero cubrirse hasta que este se lo indique oportunamente.
- Si bien habrá que animar a cubrirse a aquellos señores que se hayan descubierto por considerarnos de una posición social superior, nunca se deberá hacer lo propio con un caballero de rango superior.
- Descubrirse ante una dama es siempre una muestra de cortesía que todo caballero deberá atender e, igualmente, toda dama aceptar. Esta muestra de etiqueta se ha observado durante muchísimos años y no debería abandonarse ahora su aplicación.
- En definitiva, habrá que descubrirse cuando se salude a un conocido, especialmente si es una dama, al entrar en un lugar donde haya personas relevantes, al dar o recibir cualquier cosa, al dirigirse a personas con un cierto estatus social, etcétera. En todos estos casos, el caballero podrá volver a cubrirse al alejarse de ellos.

Aunque la vestimenta del sombrero está gradualmente desapareciendo, hay países como Italia donde su uso todavía está extendido. En otros, como Estados Unidos, el sombrero está resurgiendo en estos últimos años y hay casas de gran prestigio especializadas en su confección a medida.

Por mucho que las modas cambien, siempre habrá caballeros que valoren el gusto por lo intemporal y no dejen que la vestimenta de determinadas prendas, como el sombrero, sea solo una foto del recuerdo.

El pañuelo de bolsillo

El pañuelo de bolsillo es, como tantos otros complementos, algo totalmente innecesario pero que como la propia corbata otorga un carácter y una personalidad a quien lo viste difícilmente alcanzable sin él. Por ello, ningún caballero podrá ser considerado elegante si no acompaña a sus chaquetas de un pañuelo de bolsillo.

Hay países como el Reino Unido o Italia en los que llevar un pañuelo en la chaqueta está más que aceptado, no llama la atención y además es un signo de distinción y elegancia. Por el contrario, en otros, como en el nuestro, llevar un pañuelo de bolsillo representa un acto cuando menos temerario al estar su uso muy poco extendido y al ser un gesto no entendido por la mayoría de los ciudadanos.

Si quienes hoy tienen entre sus manos este libro gozan de un gusto lo suficientemente refinado como para valorar el aspecto que aporta al conjunto un pañuelo bien combinado, habrá que admitir que si gran parte de los caballeros no se decantan por él es sencillamente por timidez.

Qué duda cabe que no todos los señores están preparados para llevar un pañuelo de bolsillo. Quizá solo por ello en España todavía no se admite su uso, como sí se admite, por ejemplo, el de la corbata. Pero no por ello se debe sentir vergüenza y dejar de usarlo, ya que el lucir un pañuelo en la chaqueta aporta un toque de estilo y elegancia que será agradecido por todos los caballeros que aprecien el buen gusto en el vestir.



© Cordon

Si bien cada día resulta más fácil encontrar pañuelos estilosos en diversos países, son Francia, Italia, Reino Unido y Estados Unidos donde se puede hallar mayor variedad y calidad de los mismos.

Un buen pañuelo llevará las costuras cosidas a mano y estará confeccionado con tejidos de seda, lino, algodón o cachemira. Será el tejido de la corbata el que ayude a decidirse por uno u otro. Aparte de esta pequeña indicación, perfectamente omisible, y por mucho que haya profesionales de la moda que se empeñen en dar consejos de cómo combinar los pañuelos, no hay normas preestablecidas y todo dependerá del gusto y personalidad de quien lo vista.

La mejor forma de saber si se combina correctamente el pañuelo de bolsillo es cerciorarse de que contiene algún color similar al de la corbata, al de la camisa o incluso, para los más atrevidos, al de los calcetines. No obstante, no son pocas las combinaciones que no observan esta norma y son también perfectamente válidas.

No hay que caer en el error de adquirir un pañuelo de bolsillo idéntico a la corbata. Seguramente el *look* que proporcione será demasiado forzado y carecerá de todo gusto. Tampoco es necesario tener un cajón lleno de ellos; con unos cuantos pañuelos de bolsillo que contengan alguna tonalidad en rojo o azul se conseguirán combinaciones para casi todas las chaquetas, camisas y corbatas.

El pañuelo se antoja necesario incluso cuando se viste sin el clásico traje de dos o tres piezas. Toda chaqueta con un bolsillo es susceptible de lucir un pañuelo; incluso cuando esta se acompañe con unos sencillos vaqueros y mocasines el pañuelo se antoja obligatorio.

Una buena forma de iniciarse en el uso del pañuelo de bolsillo es escogiendo uno de seda blanco para las ocasiones más formales. En dichos actos el pañuelo pasará desapercibido y el caballero podrá ir cogiendo confianza en su uso al no sentirse observado.

Conforme la seguridad del caballero aumente y esté cada día más cómodo con su uso, podrá empezar a escoger pañuelos blancos con terminaciones en colores cosidas a mano que, sin ser llamativos, proporcionan un toque muy elegante al conjunto y permiten combinarse con gran facilidad.

Llegado el momento en que el caballero no pueda prescindir de su pañuelo de bolsillo deberá intentar combinaciones más atrevidas que, sin desentonar con el conjunto, le den un toque de distinción y refinamiento.

Como se acaba de apuntar, el pañuelo de bolsillo se puede combinar además de con la corbata o con la camisa también con otras prendas donde el contraste de colores y diseños cree un interesante y estiloso resultado. A pesar de existir para combinar el pañuelo de bolsillo unas pautas que de seguirlas pueden garantizar un atinado resultado, no son pocos los caballeros que con gran acierto las desoyen y escogen pañuelos que sin combinar con ninguna otra prenda del atuendo aportan al conjunto gran estilo y distinción.

Las formas de lucir el pañuelo son infinitas y la elección de una u otra solo dependerá del grado de atrevimiento de cada caballero. Los más conservadores lo vestirán con la terminación de las costuras paralelas al bolsillo de la chaqueta, otros lo lucirán de las más diferentes formas y los más despreocupados lo insertarán en el bolsillo sin prestar atención a su aspecto final.

El pañuelo es uno de esos accesorios que más habla de la elegancia de su portador. La vestimenta de un pañuelo con seguridad indica que el caballero que lo luce es poseedor de carácter, no es nada convencional y, sobre todo, que atesora una gran seguridad en su vestir. Y si lo combina de forma estilosa, además de vestir como un *gentleman* inglés también lo estará haciendo como un dandi italiano.

El pañuelo de bolsillo, en definitiva, es el compañero inseparable de todo caballero elegante.

El reloj

El reloj se ha convertido hoy en un complemento más de la indumentaria del caballero. El más que destacable desembolso que un buen reloj exige obliga a estudiar con detenimiento la gran oferta existente antes de hacerse con uno de ellos.

Hoy resulta muy poco probable que alguien se compre un reloj pensando en que este se limite únicamente a darle la hora. Tanto su aspecto exterior como su tipo de maquinaria son atributos que cobrarán un valor fundamental en su elección.

El hecho de que ningún reloj automático por exacto y caro que sea pueda conseguir la precisión que proporciona un reloj digital de pila deja claro el gusto de los caballeros que se decantan por él por lo intemporal y por movimientos fabricados por los mejores artesanos relojeros del mundo.

El reloj, al igual que ocurre en gran medida con el coche, se adquiere pensando, además de para ser utilizado conforme a su función natural, también para transmitir al círculo de amistades y conocidos un mensaje sobre el gusto y la posición económica de su propietario.

Por ello, un reloj puede decir mucho más que simplemente la hora; puede hablar y contar muchas cosas de su propietario. No resulta atrevido afirmar que viendo el reloj de una determinada persona se estará más cerca de poder establecer qué tipo de zapatos y de corte de traje lo acompañan.

Si alguien viste un enorme reloj de plástico digital de color naranja difícilmente se podrá esperar que esté acompañado por un zapato de corte clásico. De la misma manera, si un caballero ha podido permitirse el lujo de tener un reloj con el punzón de Ginebra, con bastante seguridad vestirá un traje de aspecto cuidado.

A pesar de los mensajes lanzados por las principales casas relojeras, son escasísimas las veces que un reloj puede representar una inversión. Sin embargo, si tenemos en cuenta que los caballeros no poseen muchos objetos personales de los que puedan disfrutar las generaciones venideras, el poseer un buen reloj parece estar más que justificado.

Seguro que a muchos caballeros les resultará familiar la frase de una mítica casa suiza que declara que nunca uno de sus relojes es del todo de su propietario pero sí el placer de custodiarlo hasta la siguiente generación. Esta frase se podría hacer extensiva a la mayoría de las piezas que cuenten con un diseño intemporal y que puedan acompañar al caballero hasta el momento en que esa segunda generación se haya ganado el honor de custodiarlo a su vez hasta la siguiente.

La elección de un reloj es algo muy personal y no hay preferencias erróneas. Habrá caballeros que darán sin duda la mayor importancia al diseño mientras otros potenciarán el carácter de manufactura de ciertas casas; las cuales, por cierto, son muchas menos de lo que buen número de dependientes de joyerías y no pocos caballeros piensan.

Hoy en día el concepto de «manufactura» resulta cada vez más confuso. Si bien son pocas las casas que no admiten no ser manufacturas, la realidad es bien diferente. Las casas relojeras donde el cien por cien de los componentes del reloj haya sido realizado en sus talleres se podrían contar con los dedos de las manos. Si bien es cierto que hay casas relojeras que fabrican una gran parte de los componentes de sus relojes en sus dependencias, esto no es suficiente para calificarlas como manufacturas.

Debido a ello, resulta más acertado en vez de considerar una casa relojera manufactura, hacerlo solo de movimientos. Así, por ejemplo, si bien hay casas que no pueden calificarse de manufacturas por haberse limitado solo a modificar levemente algún calibre, sí pueden haber fabricado algún movimiento cien por cien manufactura.

A pesar de que resulte difícil fallar en la elección de un reloj, hay unas mínimas normas básicas a las que se deberá prestar atención atendiendo al uso al que vaya a ser destinado. Así, por ejemplo, parece lógico que no sea el mismo reloj el que se escoja cuando se vista de sport que el que marque la hora cuando sea el chaqué el protagonista.

Como norma general, se deberá huir de los maxirrelojes, tan de moda hoy, cuando se vista de etiqueta o se adopte un aspecto formal. La idoneidad de buscar la proporcionalidad de las diferentes prendas también se aplica al reloj. Un reloj de 45 milímetros, por mucho que a su propietario le guste, no es apropiado con un chaqué o un traje de tres piezas. Para estos conjuntos existen opciones mucho más acertadas como es un reloj de bolsillo o uno de unas medidas discretas de 36 o 38 milímetros.

Por el contrario, si se viste de sport o incluso con corbata pero de manera más informal, como se hace en los *Casual Fridays*, un reloj de mayor diámetro puede completar el conjunto de forma acertada.

Tampoco los relojes joyas, por exclusivos que sean, son adecuados en un caballero. La elegancia debe ser sencillez y discreción pero nunca esnobismo. Es por ello por lo que los relojes de pulsera de piel son, por norma general, más elegantes que los de acero u oro.

Hay infinidad de relojes de una enorme belleza y complejidad técnica que no necesitan hacerse presentes por los materiales preciosos utilizados en ellos y que, sin embargo, son infinitamente más bellos.

En definitiva, se trata por un lado de buscar una adecuada concordancia entre el reloj y el resto del atuendo, y por otro de conseguir que no sea este el primer blanco de las miradas del entorno.

Los gemelos

A pesar de que los gemelos no se encuentran en la escueta lista inicial de piezas de joyería que debería poseer un caballero, no cabe duda de que desde finales del siglo XIX se han ganado por méritos propios un puesto privilegiado en dicha lista.

Si bien los gemelos aparecen en el siglo XVII, los caballeros de la época no hacían uso de ellos al preferir cerrar los puños de su camisa con lazos de seda. No fue hasta el siglo XIX cuando los gemelos empiezan a popularizarse y se convierten en el lugar perfecto donde los señores mostraban sus piezas preciosas de topacio, turquesa o zafiro.

Fue Inglaterra y la anglomanía reinante en los años treinta las grandes «culpables» de que el uso de gemelos empezara a extenderse tanto dentro como fuera de sus fronteras. Dicha anglomanía que recorre el mundo por aquellos años hace que todos los caballeros quieran seguir la nueva tendencia y abotonar los puños de sus camisas con gemelos.

Esa popularidad despierta el interés de las casas de joyería, que rápidamente amplían la oferta dirigida a los caballeros con gemelos realmente bellos. De hecho, fue el cuidado trabajo de los artesanos de aquella época de joyerías tan míticas como Van Cleef, Cartier o Tiffany el responsable de la creación de las piezas más bonitas y exclusivas que han llegado hasta nuestros días.

A partir de entonces, los gemelos siguieron evolucionando en el tiempo, dando lugar a formas y materiales muy diferentes a los conocidos hasta la fecha. A partir de los años setenta los gemelos ya van dejando paso a los «funcionales» botones y las camisas industriales salen de los talleres con puño sencillo.



Hoy se puede encontrar una gran variedad de gemelos y muchos de ellos de diseños muy interesantes

Sin embargo, si bien los gemelos de gama media han mejorado mucho en diseño, los gemelos joya, al ser menos demandados, no lo han hecho a la misma velocidad y los modelos que hoy se encuentran en las joyerías de las principales ciudades del mundo no gozan del atractivo de antaño.

La elección del tipo de puño de la camisa es algo personal y, aunque hay opiniones muy autorizadas que mantienen que el puño sencillo es el más elegante, el puño doble aporta una distinción a la camisa superior a la del puño sencillo. Además, el poder contar con

gemelos en la camisa permitirá introducir un toque de color y una mayor variedad al conjunto final.

Quizá por esto hoy se aprecie nuevamente un claro resurgir del uso de gemelos y no haya señor elegante que se precie que no se decante por estos en los puños de sus camisas.

Al igual que con el reloj, la elección del gemelo debe guardar una correcta relación con el tipo de conjunto que se vista. Parece lógico que no sea igual el gemelo que se escoja cuando se vista un esmoquin que cuando se opte por una americana y unos pantalones de sport.

Los gemelos son seguramente junto al reloj el único complemento que de cuidarse adecuadamente puede durar muchos años y con un poco de suerte ser disfrutado también por la siguiente generación.

El sello

Aunque su uso hoy es puramente testimonial, todavía quedan señores, principalmente en el Reino Unido, que ven en el sello un buen aliado para llevar el escudo de familia.

Aquellos caballeros que opten por este detalle deberán evitar que sea demasiado ostentoso. Igualmente, es preferible prescindir de grabar sus iniciales en el sello ya que esto es algo que carece de todo sentido. Tampoco aquellos sellos con una piedra preciosa resultan, para nada, un complemento indispensable.

La elegancia es nuevamente sinónimo de sencillez y los anillos deberían estar reservados a las damas. Un anillo en un caballero es una pieza demasiado presuntuosa como para ser considerada como elegante.

Hoy solo en círculos muy concretos en Inglaterra se puede seguir observando el uso del sello. Si este no es el entorno natural del caballero, con total seguridad el sello producirá rechazo y no menos incomprensión.

El cinturón

Como se ha apuntado ya en este capítulo, siempre resulta más elegante y conveniente el uso de tirantes o pletinas que de cinturón. El cinturón, como se ha venido repitiendo en varias ocasiones, solo consigue dividir el cuerpo en dos partes diferenciadas y acortar la figura.

Si a pesar de su esteticidad y de las enormes ventajas que los tirantes proporcionan al conjunto final se opta por un cinturón, se deberá elegir aquel que pase desapercibido y cuyo color no llame excesivamente la atención. Siempre resulta más seguro con un traje optar por un cinturón de color negro que correr el riesgo de intentar combinarlo con cualquier otra prenda.

Si bien todavía hoy muchos señores son de la opinión de que el cinturón debe ser del mismo color que los zapatos, esto no es del todo correcto. Podría entenderse que un caballero se decantase por un cinturón marrón oscuro en caso de vestir zapatos del mismo color y tonalidad. Sin embargo, aquellos que vistiendo un traje azul marino opten por zapatos marrones claros deberían prescindir del cinturón y, de llevarlo, siempre sería más conveniente un cinturón negro. Los cinturones de colores claros en un fondo oscuro resultan demasiado llamativos y focalizan en ellos gran parte de la atención visual.

En un traje gris claro, tipo príncipe de Gales, si se visten zapatos negros se debería hacer lo propio con el cinturón. Sin embargo, si los zapatos son de color vino o marrón oscuro, opciones más interesantes, el cinturón debería ser del mismo color, ya que de escoger un cinturón negro este resaltaría bastante sobre el fondo claro del traje.

Además del color es importante cuidar el tamaño de la hebilla del cinturón. Si ya de por sí el cinturón resulta un complemento no muy estético para vestir con traje, en caso de acompañarlo con una hebilla de gran tamaño o de terminación poco estética su efecto negativo aumentará.

Por ello, los cinturones con hebillas de las iniciales de ciertas marcas, por exclusivos y demandados que sean, no son bienvenidos en una vestimenta formal.

La pashmina

Hoy se denomina de forma genérica *pashmina* a una especie de bufanda algo más larga de lo corriente y de materiales más ligeros. Sin embargo, esto tampoco resulta del todo correcto.

La *pashmina* es un tipo de lana procedente de las cabras de *pashmina* que habitan en la región de Ladakh de Cachemira, en la India. En la región de Cachemira se produce la conocida como lana de *pashmina*. La lana de *pashmina* junto con la de antílope tibetano del Himalaya y la de vicuña peruana representa hoy la máxima exclusividad en lana.

Como se está poniendo de manifiesto en estos últimos años, las épocas de frío cada vez son más cortas y más benignas. Es por ello por lo que el uso de la bufanda tradicional de lana tiene cada vez menos sentido y la funcionalidad de la *pashmina* está más acorde con los tiempos que, en términos climatológicos, corren.

La lana de *pashmina* se distingue por ser más ligera que la lana tradicional y se caracteriza por su gran suavidad y protección frente al frío. Encontrar una *pashmina* cien por cien de lana de *pashmina* es francamente difícil y casi siempre aparece mezclada con otros tejidos como la seda. También la mezcla de seda y cachemira es bastante frecuente. No obstante, las fabricadas en pura *pashmina* siguen siendo las más exclusivas por la dificultad de encontrarlas y por su elevado precio.

Existen varios tamaños de *pashminas*, aunque aquellas tipo chal de un tamaño de 36 × 80 pulgadas siempre pueden dar más juego que las estándar de 15 × 60 pulgadas.

Además de su funcionalidad, la *pashmina* aporta un toque de elegancia y estilo difícilmente alcanzable por la tradicional bufanda. Igualmente, las posibilidades que esta brinda a la hora de anudarla al cuello y su larga caída dan un juego extra a cualquier *look*.

Las gafas

Aunque hoy las lentillas están muy perfeccionadas y con la mejora de los compuestos utilizados la tolerancia a ellas ha aumentado considerablemente, todavía hay caballeros que prefieren usar las clásicas gafas.

El aconsejar un modelo u otro de gafas no tiene sentido alguno al ser una opción muy personal y sobre todo al poseer cada caballero una fisonomía de rostro diferente. La única pauta a considerar es buscar en ellas el mismo estilo que se pretenda seguir en la ropa. Si el estilo del caballero es clásico no se debería optar por los maximodelos tan presentes hoy. En cambio, no habría problema alguno en decantarse por este tipo de gafas con una vestimenta sport.

Por el contrario, si la forma de vestir obedece a cánones más modernos parece más lógico optar por modelos más atrevidos. Si no se tiene pensado cambiar de gafas con asiduidad resulta más útil decantarse siempre por modelos clásicos con una montura fina o carente de ella.

A la hora de adquirir esas nuevas gafas hay que recordar que es el rostro del caballero el protagonista de la foto final y no sus gafas. Por ello, resulta crucial buscar unas gafas que no centralicen en ellas las miradas del entorno.

Para conseguir el objetivo de que sea el rostro y no las gafas el gran protagonista de la foto final, la elección del color se convierte en un punto crucial. Para ello habrá que evitar fuertes contrastes entre el color de la tez y las gafas. Así pues, si se es moreno de piel siempre será más conveniente optar por monturas oscuras y no claras. Si por el contrario la tez es clara, escogiendo unas gafas de color oscuro las gafas restarán protagonismo al rostro.

Aunque las gafas de sol cada día se utilizan más en invierno, su uso sigue estando mucho más extendido en la época estival. El que sean un complemento muy necesario en países en que, como en España, hay mucha claridad no significa que su uso esté justificado en todas las ocasiones.



© Corbis

Al igual que un reloj de 45 milímetros no es apto como complemento de un chaqué, tampoco unas gafas tipo piloto son buenas compañeras para este. Del mismo modo, no es bienvenido el uso de gafas de sol en recintos cerrados y mucho menos cuando se esté sentado a la mesa, independientemente de que ciertas estrellas de la gran pantalla se empeñen en desmentir con su actitud esta afirmación.

La estilográfica

La pluma fue hasta los años cincuenta una fiel aliada de los bolsillos de las chaquetas de los caballeros. La simplicidad del bolígrafo, su menor coste y la seguridad de no manchar la chaqueta convirtieron a este último en su sustituto natural. Sin embargo, el romanticismo que aporta una pluma nunca estará al alcance del bolígrafo.

Por todo ello, todavía quedan caballeros que siguen decantándose por la pluma y que se resisten a sustituirla por el impersonal bolígrafo. La firma que se realiza con una pluma da la sensación de estar más preparada para aguantar los avatares de la vida de forma exitosa y duradera.

Las grandes obras literarias y las más importantes firmas de la historia se han realizado con una pluma. Por ejemplo, Eisenhower firmó la paz de la Segunda Guerra Mundial con una estilográfica Parker 51, la firma del Tratado de Desarme Nuclear de 1987 se realizó con plumas Parker creadas para la ocasión para Ronald Reagan y Mijaíl Gorbachov, etcétera. Uno de los caballeros que con mayor acierto supo sacar partido a su desaventajado físico con la correcta elección de su atuendo, Winston Churchill, no solía olvidarse nunca en casa su Conway Stewart.

La «tecnología» de los plumines ha evolucionado mucho y ya no se está expuesto a aquellas manchas inesperadas. Igualmente, rara vez dejarán a su propietario en la estacada como sí lo hacen, en no pocas ocasiones, los bolígrafos.

Si bien hay que reconocer que antes la belleza estaba reservada solo a la pluma y los bolígrafos no contaban con diseños esmerados, hoy esta situación ha cambiado y es fácil encontrar bolígrafos verdaderamente atractivos.

Como se ha apuntado a lo largo de todo este apartado, se debe buscar una cierta uniformidad entre los complementos y el atuendo escogido. Por ello, no tiene sentido vestir un traje perfectamente cortado y llevar en su interior un bolígrafo de plástico.

Las plumas, al igual que los relojes, pueden llegar a tener un gran valor sentimental para su propietario. Ya sea porque le haya acompañado durante muchos años y con ella haya estampado firmas importantes o sencillamente porque la haya heredado de un ser querido, una pluma puede dejar de ser un mero utensilio de necesidad y convertirse en un querido compañero. Hoy, incluso muchos caballeros que usan el bolígrafo a diario reservan esa gran firma a su pluma.

Otros complementos y accesorios: el paraguas, el móvil, la cartera, el juego de maletas...

Hay otros muchos accesorios que pueden aportar al conjunto final un toque de distinción. Un claro ejemplo de ello es el paraguas.

La búsqueda de la comodidad ha reducido el tamaño de estos a la mínima expresión y su calidad consecuentemente se ha visto muy perjudicada. Un buen paraguas debe tener las medidas suficientes como para poder refugiarse tanto a su propietario como a una visita inesperada bajo la lluvia.

La elección del paraguas adecuado obedece, una vez más, solo a una cuestión de lógica. Si se acude a un acto formal, como un funeral o una boda, el clásico paraguas negro será siempre el compañero idóneo. Sin embargo, si va a proteger al caballero en su camino al trabajo o en una tarde de compras, existen opciones con diseños y colores mucho más interesantes.

Los móviles son hoy, más que un accesorio, una necesidad. Aunque no hace mucho tiempo se carecía de ellos y se seguía encontrando la argucia para contactar con esa persona que nos esperaba, hoy salir de casa sin él puede representar todo un problema.

Los modelos que se pueden encontrar en el mercado son infinitos y las innumerables aplicaciones de muchos de ellos no dejan de sorprender a pocos. Independientemente de las necesidades de cada caballero, se debe huir de los teléfonos joya. Un teléfono con incrustaciones de diamantes, cristales, oro, etcétera, es solo un signo de ostentación y carece de elegancia y clase alguna.

Si bien las pulseras son cada vez más elegidas por un mayor número de señores, estas no deberían despertar gran interés entre ellos. Sin embargo, la realidad es que cada día más caballeros optan por este complemento rompiendo el aspecto sobrio de sus conjuntos. Es

más, no son pocas las ocasiones donde no una sino varias pulseras ocupan gran parte de las muñecas de incluso representantes públicos, transmitiendo mensajes algo contradictorios.

En definitiva, su uso podría tener cabida en una vestimenta informal pero nunca cuando el objetivo sea mandar un mensaje de cierta seriedad. Si a pesar de esta recomendación se quiere completar la vestimenta con una o varias pulseras, habrá que evitar a toda costa el uso de aquellas que sean grandes o de algún material precioso como el oro o la plata. Con seguridad, una pulsera trenzada de cuero o de hilo hará menos daño a la foto final que cualquier llamativo brazalete.

Seguramente no sorprenda el hecho de que a uno de los complementos al que más cariño se le pueda llegar a coger sea a una vulgar cartera. Una cartera con una buena piel y sobre todo con un buen cosido puede y debe durar muchos años. Normalmente es a aquellos objetos que más tiempo han acompañado al caballero, y no a los más nuevos, a los que más cariño se les termina cogiendo. Unos zapatos a los que se les haya cambiado la suela en dos ocasiones tendrán un mayor valor sentimental para su propietario que ese último par que acaba de entrar en su armario.

En España existen grandes artesanos de la piel y de la aguja que son capaces de hacer verdaderas obras de arte con sus manos y sus carteras nada tienen que envidiar a las de las más reputadas casas internacionales.

Otros accesorios como una agenda, un juego de maletas de piel o un bonito maletín de trabajo también pueden aportar un toque de distinción a la foto final.

En definitiva, de escoger correctamente también esos «pequeños» detalles, la indumentaria del caballero se verá completada y en gran medida resaltada.

Cómo aparentar ser más altos, más delgados o más bajos

«Uno debería ser una obra de arte o vestirse con una.»

Oscar Wilde

EN EL CAPÍTULO INTRODUCTORIO SE APUNTABA COMO UNA DE LAS TRES NORMAS básicas del buen vestir la elección de una correcta hechura. Es precisamente esta la que puede hacer «crecer» al caballero de reducida estatura, «adelgazar» al de compleción gruesa o parecer más bajo al de gran altura.

Si ha habido alguien que ha estudiado este tema con gran profundidad ha sido, sin lugar a dudas, Nicholas Antongiavanni, que en su libro *The Suit* realiza un pormenorizado estudio del físico de aquellos caballeros que sin contar con unas medidas perfectas prestan una cuidada atención a su vestimenta y a través de ella buscan sacarse el máximo partido.

Antes de empezar a estudiar en detalle las diferentes compleciones físicas hay que admitir que ni el mejor sastre de Savile Row podrá conseguir que un caballero llegue a vestir como aquellos señores que han nacido con un don especial y un estilo que, vistan la ropa que vistan, siempre les quedará bien. Aunque a algunos caballeros les cueste admitirlo, esto siempre ha ocurrido y siempre ocurrirá y no queda más remedio que aceptarlo cuanto antes para no darse más tarde de bruces con la realidad.

Tres claros ejemplos de caballeros que contaron con ese don fueron el duque de Windsor, Cary Grant y Fred Astaire. Estos tres iconos de la moda, cada uno con su estilo y sus particularidades, no necesitaban de grandes inversiones, ni de tiempo ni de dinero para conseguir un resultado muy superior al de cualquier otro caballero. Sencillamente, como también ocurre en las damas, hay señores que, vistan lo que vistan, siempre rebosarán elegancia.

Estos caballeros a los que la naturaleza les ha regalado unas características físicas que les permiten desde vestir un traje de dos o tres botones hasta uno cruzado de cuatro o de seis no dejan de ser una minoría y la mayoría tendrá que conocer las prendas y el tipo de corte que les permitan sacar lo máximo de su físico.

Si la naturaleza ha sido generosa y le ha regalado al caballero un físico y un porte similar al de Anthony Eden, con seguridad le será más fácil y rápido seleccionar la ropa con la que vestir en su día a día. Sin embargo, si desgraciadamente el azar no ha sido tan espléndido con nosotros, habrá que dedicar un esfuerzo adicional a dicha elección.

Aunque de entrada estos últimos señores partirán con cierta desventaja frente a algunos afortunados caballeros, con un buen conocimiento del físico y del corte que mejor oculta los defectos y realza las virtudes, el resultado final no tendría mucho que envidiar al de aquellos. Un ejemplo claro de caballeros que contando con un físico poco agraciado supieron vestir con un gran acierto y convertirse en todo un referente de su época fueron Fred Astaire, Adolphe Menjou y el mismo Samuel Hoare.

Antes de entrar a estudiar en detalle las pautas esenciales a tener en cuenta por aquellos físicos menos afortunados o que no responden a los parámetros más habituales es importante hacer una mención rápida a cómo deben vestir los caballeros cuyo físico es el más extendido, es decir, aquellos señores que no son ni muy gruesos, ni muy delgados, ni muy altos, ni muy bajos. En esta franja es en la que un mayor número de señores se encuentran.

Estos señores, los denominados en palabras de Nicholas Antongiavanni como *average men* u «hombres normales», tienen la gran ventaja de poder experimentar con todo tipo de atuendos y dejar que sea solo su espejo quien les diga cuáles son esas prendas que más favorecen a su complexión. Únicamente las normas más básicas deberán ser tenidas en cuenta por los *average men*: tejidos cercanos a la franela en invierno, un príncipe de Gales en las horas de sol, la raya diplomática por la tarde, colores oscuros y lisos durante la noche, etcétera.

Si bien podrán decantarse por trajes de dos o tres botones según sea su preferencia, deberán siempre poseer al menos un traje cruzado para las ocasiones que siendo formales no requieran de un chaqué o de un frac. Podrán, igualmente, jugar con todo tipo de complementos y elegir entre los más variados diseños. Tendrán más libertad a la hora de escoger el largo del pantalón, las solapas y el tallaje de la chaqueta, etcétera. En definitiva, podrán experimentar con todas las posibles combinaciones para quedarse con aquellas que más les gusten o que más les favorezcan.

Sin embargo, aquellos caballeros de estatura reducida, de complexión gruesa o con una gran estatura deberán tener más cuidado a la hora de elegir su atuendo y tendrán que dejar de lado sus preferencias para centrarse solo en los tipos de corte que, jugando con la percepción óptica, disimulen más acertadamente sus imperfecciones.

En el primer caso, el de los caballeros de reducida estatura, con el objetivo de conseguir un efecto óptico que alargue su figura deberán decantarse por trajes unicolores y carentes de todo tipo de dibujo. Igualmente, los trajes de raya diplomática les favorecerán en gran

medida al «estirar» las líneas del traje el contenido físico de su propietario. Los colores oscuros tanto en los trajes como en el resto de las prendas siempre les sentarán mejor que aquellos de tonalidades claras.

Dichos señores deberán evitar conjuntos con líneas horizontales o con diseños tipo príncipe de Gales. Tanto las líneas horizontales como los cuadros consiguen ensanchar la figura pero no alargarla. Igualmente, para los señores de reducida estatura resulta vital huir de aquellos diseños donde predominen las líneas horizontales sobre las verticales.

La chaqueta nunca podrá quedar larga. En su parte posterior no deberá extenderse más allá del trasero y las mangas serán lo suficientemente cortas para enseñar los puños de la camisa. Si en un caballero de estatura normal el no enseñar unos centímetros del puño de la camisa denota falta de elegancia, esta omisión en un señor de baja estatura representará un error si cabe mayor al acentuar su reducida compleción.

La chaqueta no abotonará más abajo de la cintura y si el caballero está delgado deberá intentar resaltar su silueta entallando su chaqueta. Aparentando ser más delgado se será también más alto.

La chaqueta deberá abrirse por su parte frontal, a partir de la cintura, y nunca más abajo para conseguir una mayor verticalidad. Esta quedará mejor sin aberturas traseras ya que sin ellas la chaqueta se pega más al cuerpo dando la sensación de estar su portador más delgado y consecuentemente también parecer más alto.

Las hombreras son otro gran aliado de los caballeros de reducida estatura ya que ayudan a alargar la figura y se antojan necesarias para sacar lo máximo de un cuerpo contenido.

Si bien a los señores de reducida estatura los trajes que más les favorecen serán los de un solo botón o en su defecto los de dos, también podrán elegir chaquetas de tres falsos botones. Estas chaquetas, las conocidas como *2 1/2* o *roll through*, hacen que las solapas se alarguen más y se junten más abajo que en las clásicas chaquetas de tres botones donde tanto el botón superior como el de en medio se abotonan.

Las chaquetas cruzadas no favorecen a los caballeros de reducida estatura ya que tanto su elevado número de botones como las líneas horizontales que se forman cuando se cruzan pueden transmitir la sensación de que su portador es un señor grueso.

No obstante, aquellos caballeros que aun no poseyendo una gran estatura no quieran privarse del placer de vestir una chaqueta cruzada, deberán hacer hincapié a su sastre en que los botones de la chaqueta los cosa más altos y más juntos de lo que acostumbra a

hacer a sus *average clients*.

Otra nota importante que deberán conocer los señores de escasa estatura es que el traje entero les favorecerá más que una chaqueta y un pantalón independiente. Escogiendo dos prendas diferentes el físico queda dividido en dos partes diferenciadas, lo que termina comprometiendo la verticalidad. Por el mismo motivo tampoco es recomendable el uso del cinturón y deberán decantarse por los tirantes o, en su defecto, por pletinas.

Hay otros pequeños detalles a los que también tendrán que prestar atención. Por ejemplo, el cosido del ojal de la solapa deberá estar a mayor altura de lo normal, el bolsillo del pecho de la chaqueta estará en una posición algo más alta de lo acostumbrado y los bolsillos laterales se situarán ligeramente más abajo para conseguir alargar la figura del caballero. Resulta recomendable esconder las solapas de los bolsillos laterales por dentro del propio bolsillo para aumentar la verticalidad del conjunto.

Los colores sólidos en los trajes serán el mejor aliado de los caballeros de baja estatura ya que estos estilizan la figura y consecuentemente hacen parecer más alto a su portador.

Las chaquetas de sport no suelen sentar bien a los caballeros de reducida estatura al tener la mayoría de ellas diseños en los que abundan las líneas horizontales y los cuadros de gran tamaño. Igualmente, sus colores vivos tampoco favorecen la verticalidad de la figura.

Vestirán el pantalón en la cintura, no en la cadera, de tal forma que el lugar donde empieza a abrirse la chaqueta coincida con la cintura del pantalón para que no asome camisa alguna.

Es importante recordar nuevamente en este punto que la cintura natural del caballero está algo por encima del ombligo y es ahí donde se vestirá el pantalón para conseguir un efecto óptico de piernas largas y torso reducido. Ambas características resultan fundamentales para mostrar una silueta lo más esbelta posible.

Los pantalones no podrán descansar sobre los zapatos; por el contrario, solo los tocarán muy ligeramente. Los vestirán sin vuelta para así alargar las piernas y conseguir una «mayor altura».

Las camisas de los caballeros de reducida estatura serán de un solo color o en su defecto contarán con líneas verticales lo más finas posibles. Cualquier otro diseño terminará acortando la figura. No obstante, si es el deseo del caballero ampliar la variedad de

camisas de su armario, deberá escoger aquellas con diseños muy pequeños, por ejemplo, un cuadro apenas apreciable será siempre una buena opción.

Las corbatas, siguiendo con el objetivo de alargar la figura, no deberán exceder nunca de 8,5 centímetros en su parte más ancha. Nuevamente, al igual que ocurría con las camisas, los colores lisos y oscuros serán los más indicados para los caballeros con un físico contenido. Si a estos señores les gustaran los diseños de rayas, podrán optar por corbatas que las contengan pero siempre y cuando no sean rayas horizontales.

Del mismo modo que para alargar la figura de los caballeros de baja estatura hay que intentar que estos aparenten ser más delgados, para acortar el físico de los señores de gran altura se hará justamente lo contrario, esto es, buscar que aparenten ser mucho más gordos de lo que verdaderamente son.

Para ello se usarán las mismas pautas que se han descrito con los señores de reducida estatura pero aplicadas justo a la inversa.

Si se ha entendido el porqué de estos consejos en los caballeros de baja estatura, la aplicación de estos a la inversa en los señores de gran estatura resultará fácil y por ello no parece necesario entrar en un análisis tan pormenorizado. No obstante, hay unos consejos básicos que no se deberían pasar por alto.

La primera norma a observar es que no es recomendable que estos señores vistan prendas excesivamente entalladas al hacerles más delgados y consecuentemente más altos.

Al contrario de los caballeros de reducida estatura, los caballeros muy altos deberán dejar de lado las hombreras, huirán de las solapas estrechas como también lo harán de las chaquetas sin aberturas traseras. Nunca su chaqueta podrá ser corta ya que este fallo es capaz de arruinar el resto de beneficios conseguidos.

El ojal de la solapa deberá situarse a una altura por debajo de los picos de la camisa. Los bolsillos laterales estarán situados a la altura del botón frontal o ligeramente por arriba pero nunca por abajo.

Las chaquetas cruzadas son perfectas para los caballeros de gran estatura ya que la superposición de ambos lados al cruzar la chaqueta y las líneas horizontales que tal cruce produce consiguen el efecto óptico de parecer más ancho y consecuentemente también más bajo. Los seis botones de la chaqueta cruzada así como la terminación en punta de las solapas refuerzan igualmente dicho efecto visual.

Si bien tanto las chaquetas de un solo botón como las de dos no favorecen a los caballeros altos, la clásica de tres botones resultará idónea al acortar su torso. Las chaquetas de tres falsos botones no les harán ningún daño al alargarse sus solapas hasta la parte inferior del largo torso, ocultando gran parte de este.

Cuanto más recarguen su vestimenta, mejor será el resultado final. Si al caballero de reducida estatura se le recomendaba llevar solo tres bolsillos en la chaqueta (los dos de los laterales más el obligado para albergar un pañuelo de bolsillo), el señor de gran estatura deberá optar por chaquetas con esos tres bolsillos más el *ticket* o cerillera. Deberá, igualmente, dejar por fuera las solapas de los bolsillos laterales y no ocultarlas para de esta forma romper la verticalidad del conjunto.

Huirá de los trajes con raya diplomática ya que no hay nada como las líneas verticales para acentuar la estatura.

Los tejidos gruesos y pesados como la franela, los tipo tweed y todos aquellos que tengan diseños muy marcados son muy agradecidos con los señores de gran estatura.

Los caballeros con una gran estatura a la hora de escoger sus corbatas buscarán aquellas que posean líneas anchas. Nunca deberán quedarles cortas ya que de hacerlo acentuarían su estatura. Siempre es mejor que queden algo largas que cortas. Las corbatas de colores llamativos les favorecerán más que las de tonos oscuros. Las corbatas a rayas no son una mala opción ya que normalmente las líneas en las corbatas suelen ir en sentido diagonal, rompiendo, una vez más, la verticalidad del conjunto.

La vestimenta con traje de pajarita le estará totalmente prohibida al dejar todo el torso al descubierto, recalando la estatura.

Nuevamente los diseños marcados y los cuadros serán el dibujo más favorecedor para sus camisas ya que dichos diseños son los responsables de ensanchar la percepción óptica del conjunto final y de hacer aparentar ser más bajo de lo que verdaderamente se es. Al igual que con los trajes, en las camisas deberán olvidarse de los diseños de líneas verticales, estrechas y juntas entre sí ya que estas acentúan la estatura y no acortan la figura.

Sin embargo, las tan actuales camisas con líneas horizontales favorecerán mucho al caballero de gran estatura al «extender» su físico a lo ancho pero «estrechándolo» a lo largo.

Normalmente el cuello de los caballeros de gran estatura suele ser más alargado que el del resto de los señores por lo que deberán tener especial cuidado cuando llegue el momento de la elección del cuello de su camisa. La pauta principal que estos señores deben seguir siempre es que el cuello debería abotonar más arriba de lo que lo hacen las camisas normales para «acortar» las medidas de su alargado cuello.

Los accesorios siempre serán bienvenidos por los físicos de los caballeros de gran estatura. El cinturón y el pañuelo de bolsillo son «obstáculos» con los que se tropezará la verticalidad, ensanchando, y consecuentemente acortando, el cuerpo del caballero.

Los pantalones siempre tendrán vuelta. Estos contarán igualmente que contar con al menos una pinza. Dependiendo de la estatura del caballero, el dobladillo deberá ser más o menos ancho.

Para terminar con el análisis del tipo de corte más favorecedor con los caballeros de un físico algo alejado del estándar, no se puede dejar de hacer una mención a aquellos caballeros que tienen algo de sobrepeso. Estos también cuentan con infinidad de trucos que permiten quitarse varios kilos de encima de un plumazo.

Los consejos a seguir por los señores con sobrepeso son muy parecidos a los descritos cuando se hablaba de cómo deberían vestir los caballeros de baja estatura. El objetivo es el mismo que con aquellos, esto es, intentar, en definitiva, aparentar ser más alto. Pareciendo más alto se estiliza la figura y consecuentemente varios kilos desaparecen del cuerpo como por obra de magia.

Los trajes a elegir por los caballeros con cierto sobrepeso serán los de colores oscuros, monocolors o con rayas verticales. Dejarán de lado las aberturas traseras y se decantarán por chaquetas de dos botones.

Los trajes de tres piezas les favorecerán enormemente ya que el chaleco es un gran aliado para disimular esos kilos de más.

Las chaquetas clásicas de tres botones, esto es, aquellas que están cortadas pensando en que se usarán los dos primeros, deberán dejarse de lado. Igualmente, se evitarán los trajes cruzados al ensanchar si cabe más la mitad superior de quien los viste.

Una de las pocas diferencias entre las pautas a seguir por las personas de reducida estatura y aquellas con sobrepeso es la que se refiere al tipo del cuello de las camisas. Para disimular un rostro redondo nada mejor que optar por un cuello con puntas alargadas.

Al igual que a los caballeros de baja estatura les favorece el uso de tirantes ya que alarga la percepción óptica de sus piernas, a los caballeros con sobrepeso les ayudarán a aparentar ser más delgados.

La mayoría de los *average men* tienen la cintura más estrecha que los hombros y se pueden permitir entallar su chaqueta. Desgraciadamente esto, aunque sea estiloso, está prohibido a los caballeros con cierto sobrepeso. El motivo no es otro que el hecho de que los caballeros con sobrepeso suelen tener la cadera igual o más ancha que la distancia que hay entre los hombros. Este hecho hace que si se entalla la chaqueta ese exceso de peso se traslade a la ropa marcando de forma muy poco estética esos kilos de más alojados en la cadera.

Al igual que en los caballeros de reducida estatura, los pantalones deberán vestirse en la cintura y no en la cadera. Nuevamente conviene recordar que vistiendo en la cintura los pantalones se consigue un doble resultado: por un lado se alarga el efecto óptico de las piernas y por otro la cintura del pantalón oculta parte del estómago.

Los caballeros con cierto sobrepeso deberían optar por pinzas inglesas, esto es, pinzas inversas que miran para dentro y no para fuera, como es lo más frecuente en países como España o Italia. Este tipo de pinzas inversas disimulan mejor el grosor de la pierna.

La hechura del pantalón debe ser relativamente ancha. Si el caballero con sobrepeso optara por un corte italiano estrecho, cuando alguien le mirara de perfil observaría un gran contraste entre el pantalón estrecho y la abultada barriga, llevándose la impresión errónea de estar frente a un caballero mucho más ancho de lo que en realidad es.

Las corbatas no podrán ser excesivamente estrechas al quedar consecuentemente mucho torso desprotegido. Por el contrario, aquellas corbatas de nueve centímetros y medio en su parte más ancha resultarán más favorecedoras.

Si bien la ropa de confección industrial de señora tiene algo de oferta para algunos de los grupos aquí descritos, la de caballeros es prácticamente inexistente, no quedando otra opción que la de tener que acudir a un buen camisero y sobre todo a un sastre experimentado que conozca todos estos trucos para que pueda hacer a su cliente crecer, ser más bajo, más gordo o más delgado.

El abrigo, un imprescindible
en el armario del caballero

*«Casi todos los hombres aparentan serlo más con una gabardina
con cinturón.»*

Sydney J. Harris

HAY PRENDAS QUE NUNCA DEBERÍAN FALTAR EN EL ARMARIO DE TODO caballero y una de ellas es, sin lugar a dudas, un buen abrigo. El abrigo es la prenda que, después de unos buenos zapatos, representa la base de todo buen ropero.

El abrigo, como otras muchas prendas de la indumentaria masculina, tiene sus orígenes en el mundo militar. Así, resulta difícil recordar a Napoleón montando a caballo sin su abrigo gris.

Igualmente, los abrigos fueron la prenda escogida por los soldados para protegerse del frío hasta más allá de la terminación de la Segunda Guerra Mundial. El ejército ruso lo siguió vistiendo incluso tiempo después para protegerse de sus inviernos extremos.

Sin embargo, hoy existen prendas mucho más ligeras y cómodas que proporcionan mejor protección contra el frío, la lluvia y la nieve, lo que hace que el uso del abrigo en la batalla no tenga ya sentido alguno.

Fue durante el reinado de la reina Victoria cuando se concreta la forma y el estilo del abrigo que ha llegado a nuestros días. Concretamente es al teniente coronel Kelly de la Horse Guards y al dandi de la época, Rees Howell, a quienes la historia reconoce como los primeros caballeros en acompañar la vestimenta formal con un abrigo.

A pesar de que con el paso de los años el clima se ha vuelto más benigno, todavía hoy hay días de frío que bien justifican que se vista un abrigo y se dejen de lado otras prendas que, a pesar de su popularidad, fueron creadas con fines muy diferentes.

Si se tuviera la oportunidad de espiar el armario del caballero medio europeo se observaría que si bien muchos de ellos cuentan con varios tipos de chaquetas que hacen las veces de abrigo, muy pocos pueden presumir de albergar un abrigo clásico que se extienda al menos hasta la rodilla.

Los caballeros que consideren que vestir hoy un abrigo tan largo no tiene sentido, siempre podrán decantarse por uno sencillo tipo *topcoat*. Estos nunca se extienden más allá de la rodilla y suelen ser de materiales más ligeros que los abrigos más largos.

A la hora de escoger un abrigo la primera decisión que habrá que tomar es si se prefiere uno de hilera sencilla o bien uno de hilera cruzada. Aunque resultará difícil hacerse con un abrigo de hilera sencilla que pueda acercarse a la belleza de un abrigo cruzado, existen

también opciones elegantes entre las que escoger.

Si a comienzos del siglo XX los abrigos tipo *frock coat* y *paddock* ocupaban los armarios de los señores más elegantes de la época, hoy sus nietos los han cambiado por otros que, si bien no son tan majestuosos como aquellos abrigos de principios de siglo, sí resultan más prácticos y mantienen aquel toque de distinción originario.

Una de las mejores opciones para aquellos caballeros que se sientan atraídos por los de hilera sencilla es el abrigo Chesterfield. La casa de los duques de Chesterfield fue la que popularizó este abrigo en el siglo XIX. Aunque puede ser cruzado, es el modelo de hilera sencilla de botones más popular hoy en día. Sus colores más habituales son el azul, el beis y el negro. Sin embargo, el abrigo de espiga gris con cuello de terciopelo negro sigue siendo el Chesterfield por excelencia.

Para los días más fríos de invierno el modelo conocido como *british warm overcoat*, confeccionado con lana Melton, representa una opción muy elegante. El *guard coat*, sin ser tan abrigado como este último, aporta un toque intemporal y su terminación cruzada permite acudir con él desde a una representación de ópera como a una reunión de trabajo.



Una de las mejores opciones para aquellos caballeros que se sientan atraídos por los abrigos de hilera sencilla es el abrigo Chesterfield

Uno de los pocos abrigos que todavía hoy es frecuente encontrar en las principales calles europeas es el *crombie coat*; una opción muy polivalente para vestirse en múltiples ocasiones y lugares. El *crombie coat* en color azul marino resulta perfecto tanto para otoño como para invierno.

El *covert coat* es la alternativa idónea para aquellos caballeros que no se atrevan con los abrigos que se alargan por debajo de la rodilla. Concebido como abrigo de montar a caballo y de caza, como se aprecia en el bolsillo de generosas proporciones interior

utilizado para guardar munición, el *covert coat* es frecuente verlo también ya en la ciudad.

En su versión más actual el *covert* es ceñido, no sobrepasa la rodilla y está confeccionado con una tela ligera que permite su uso gran parte del año. Otra característica típica de este abrigo son sus *railroadings*: cuatro costuras paralelas a la altura de los puños. El color por antonomasia de este modelo es el marrón claro. Al igual que el Chesterfield, en el *covert* el cuello está forrado de terciopelo.



El *covert coat* es la alternativa idónea para aquellos caballeros que no se atrevan con los abrigos que se alargan por debajo de la rodilla.

Este tipo de cuello de terciopelo debe su existencia al hecho de que, al ser la parte del abrigo que más roce sufría por su contacto con el pelo, siempre resultaba más barato y sencillo cambiar ese pequeño trozo de terciopelo que tener que comprar un nuevo abrigo. La cerillera en el lado derecho, su cuello *velvet*, su corte ceñido, su terminación por encima de la rodilla, etcétera, hacen del *covert* la opción perfecta para los señores que quieran vestir de forma clásica pero con un toque más acorde con los tiempos actuales. Resulta de hecho perfecto para vestirse desde con un traje hasta con unos sencillos vaqueros y un jersey.

El *polo coat* es el abrigo americano por excelencia, y puede presumir de llevar protegiendo de las inclemencias climatológicas a sus afortunados propietarios desde 1910. Su nota característica son los grandes bolsillos que permiten guardar en ellos todo tipo de objetos.

En sus comienzos se confeccionaba con pelo de camello; sin embargo, ahora se cose con lana virgen. El color más extendido del *polo coat* es el beis aunque el color azul es claramente el preferido de los caballeros británicos.

Antes de terminar con la descripción de los modelos más elegantes, hay que hacer una mención especial al abrigo tirolés. Sencillo, clásico, de cuello vuelto y corte amplio, descansa por debajo de la rodilla y lleva solo una abertura larga trasera. Aunque está disponible en diferentes colores, el verde es el color del tirolés.

De no albergar varios abrigos en el armario, el color a escoger debería ser el azul marino ya que es el que mejor se adapta a todo tipo de ocasiones y eventos.

Aunque el tipo de abrigo más extendido sigue siendo el de hilera de botones sencilla, el abrigo cruzado resulta mucho más especial y elegante.



Aunque el tipo de abrigo más extendido sigue siendo el de hilera de botones sencilla, el abrigo cruzado resulta mucho más especial y elegante

© Anderson & Sheppard

Heredado de la época militar, utilizado principalmente por la marina, el abrigo cruzado proporciona un estilo y protección frente al clima muy superior al abrigo sencillo.

Una de las ventajas de un buen abrigo es que puede durar muchos años y nunca pasa de moda. Un traje, por buena que sea su tela y su terminación, si se usa con relativa frecuencia tiene fecha de caducidad. Sin embargo, un abrigo de calidad puede durar toda una vida o incluso más.

Esta será siempre una ventaja de la ropa clásica; nunca pasa de moda y conforme transcurren los años, más sabor alcanza. Como infinidad de ejemplos atestiguan, antes o después las «viejas» prendas del pasado terminan regresando para convertirse nuevamente en las protagonistas de las nuevas tendencias. Y el abrigo es y será, sin lugar a dudas, siempre una de ellas...

Reino Unido-Italia: dos países, dos estilos

«Su físico era el de un italiano, su traje el de un inglés y su aire independiente completamente americano, combinación que hizo dar vuelta a varios pares de ojos femeninos con miradas de aprobación, mientras que varios dandis se encogían de hombros fingiendo indiferencia cuando en realidad lo estaban envidiando.»

Louisa May Alcott

SI HA HABIDO, Y HAY, DOS PAÍSES QUE MARCAN LA PAUTA EN LA FORMA DE VESTIR de prácticamente todos los caballeros interesados en la moda masculina esos son el Reino Unido e Italia.

Aunque cada día resulta más difícil encontrar diferencias entre la forma de vestir de los caballeros de estos dos países debido por un lado a la globalización de la moda y por otro a la mezcla existente hoy de ambos estilos, todavía es posible apreciar características importantes que los distinguen.

Antes de entrar a analizar dichas diferencias se debe mencionar que la forma de vestir de los caballeros británicos tiene toda una historia detrás, mientras que el característico estilo italiano es algo mucho más reciente. Con total confianza se puede afirmar que Nápoles sin Savile Row no hubiera alcanzado las cotas de calidad y perfección con las que hoy cuentan sus principales sastrerías.

Es de justicia admitir que si en la actualidad hay una forma de vestir que traspasa fronteras y crea todo tipo de tendencias esa es la italiana. Sin embargo, tampoco nadie debería dejar de admitir que si el estilo italiano ha alcanzado tales niveles de perfección es porque tenía dónde fijarse y a partir de ahí crear ese estilo tan particular.

Los italianos han adaptado el estilo clásico inglés a los nuevos tiempos y lo han estilizado; y en muchos casos con gran acierto. Los italianos visten para parecer atractivos. Hay un grado de exhibicionismo propio en el caballero italiano que siempre le acompaña. El caballero italiano viste de forma más casual, más alegre, más relajada, más actual e incluso más desenfrenada.

El dandi italiano busca que le miren; quiere ser el blanco de las miradas tanto de ellas como de ellos. Su objetivo es que el traje le favorezca lo máximo posible y lo diferencie claramente del resto de sus colegas. Los caballeros italianos son enemigos acérrimos de la timidez y buscan destacar sobre el resto. La elección del traje, de la camisa, de los zapatos la realizará el caballero italiano buscando posicionarse en un determinado estatus social.



© Cordon © Corbis

Por el contrario, el caballero británico no busca el aspecto *sexy* del traje. El *gentleman* inglés prefiere limitarse a vestir dentro de los parámetros que han sido considerados como los correctos a lo largo de décadas. La vestimenta inglesa no peca de individualismo; su objetivo es respetar las normas establecidas por las generaciones anteriores. Por ello, resulta relativamente frecuente ver a caballeros ingleses vistiendo el traje de su padre o incluso de su abuelo.

Los ingleses persiguen con su vestimenta conseguir un aspecto sobrio, elegante pero al mismo tiempo discreto. Esto se aprecia si cabe más cuando se trata de la vestimenta formal. El *gentleman* británico sabe cómo y cuándo debe vestir un esmoquin o un chaqué y no cometer errores. No resultará fácil encontrar a un caballero inglés vistiendo, por ejemplo, un esmoquin con corbata o unos zapatos de color con un traje oscuro y en ausencia de luz solar.

A pesar de estas diferencias de fondo en la forma de mostrarse ambos caballeros al resto del mundo, hay dos particularidades fundamentales en su vestimenta que los hace diferentes: el uso del color y el talle de las prendas.

Para el caballero británico el traje debe ser de color oscuro, preferiblemente en sus diversas tonalidades de azules y grises. Si se tratase de un traje de raya diplomática, esta siempre será fina y nunca llamativa.

El caballero italiano arriesga más en la elección de los colores y en el dibujo del tejido, siendo muy habitual, sobre todo en los últimos tiempos, rayas diplomáticas muy anchas y cuyo color sobresale visiblemente del color predominante del traje.

Esta diferencia se aplica también a la hora de la elección del tono de la camisa y de la corbata. Un caballero inglés se siente seguro vistiendo una camisa azul claro y una corbata azul oscuro y no busca correr riesgos innecesarios. Por el contrario, el caballero italiano es mucho más atrevido en la elección de los colores.

El *gentleman* inglés puede ser tan discreto que llegue a dar la sensación de ser aburrido y uniformado. El dandi italiano es mucho más individualista, pasa más tiempo frente a su armario pensando diversas combinaciones y no le preocupa llamar la atención. No resultará extraño que, de cruzarse por la calle con el típico caballero inglés, pasadas solo unas horas cueste trabajo recordar su atuendo al ser todo él muy discreto. Sin embargo, el recuerdo de la imagen del inconfundible dandi italiano que se cruzó en el camino con nosotros permanecerá en el subconsciente incluso pasados varios días.

El caballero inglés tiene muy claro lo que está bien y lo que no y le cuesta salirse de su idea de elegancia. Su máxima preocupación siempre será el corte del traje. Por muy elegante que sea el que tiene en su armario, si este no tiene el corte perfecto para su figura no lo vestirá. La marca siempre es secundaria, aunque se da por hecho que ha salido por la puerta de alguna sastrería de prestigio londinense.

La segunda gran diferencia es la referente a la hechura de las prendas. El dandi italiano viste de forma excesivamente entallada. Da la sensación de que ha sido él quien ha entrado en su traje; mientras que en el caso del *gentleman* inglés es la ropa quien debe entrar en él y no viceversa.



© Alan Light © Al Bazar

No son pocos los caballeros italianos que parecen haberse equivocado en su elección de talla y la reducida medida de su traje se aprecia tanto en el largo de los faldones de la chaqueta como en el de las mangas. Igualmente, el entallado excesivo del traje italiano hace que sea frecuente apreciar en el frontal de la chaqueta la famosa «X» que nunca asomará en la del caballero inglés.

La chaqueta del *gentleman* inglés es muy armada y se caracteriza por tener los faldones largos y sueltos sobre las caderas, dibujando una silueta similar a la de un reloj de arena. El dandi italiano se decanta más por el estilo napolitano con escasas hombreras, poco armado y cuya chaqueta cae de forma natural sobre el cuerpo.

La chaqueta del caballero inglés será cruzada y, si en su defecto se decantara por una sencilla, vestirá chaleco. La chaqueta cruzada es también cada día más frecuente en el dandi más actual italiano. Será difícil ver a un caballero italiano vestir chaleco, prenda cuya ausencia, por otro lado, debido a las altas temperaturas del país está más que justificada.

Estas diferencias en la hechura de la chaqueta también se pueden observar en la de los pantalones. Mientras al caballero inglés el pantalón siempre le descansa sobre el zapato de forma generosa, el caballero italiano prefiere que este toque solo ligeramente el calzado. El ancho del pantalón también difiere. El *gentleman* inglés preferirá un ancho a

la altura del zapato cercano a los 24 centímetros, mientras el italiano optará por 21 centímetros o incluso menos. Igualmente, el talle del pantalón inglés es más alto que el italiano.

Aunque hoy los caballeros italianos empiezan también a decantarse por el uso de tirantes para sujetar sus pantalones, hasta no hace mucho tiempo era el cinturón el compañero preferido de la gran mayoría de ellos. Por el contrario, tanto antes como ahora, para los ingleses solo existe la opción de los tirantes.

Una diferencia entre ambos países que todavía hoy sigue muy vigente es la que hace referencia a la vuelta en el pantalón. El gentleman inglés sigue prefiriendo, como preferían su padre y su abuelo, el pantalón sin vuelta. En cambio, el dandi italiano se decanta normalmente por la vuelta.

En los complementos también se aprecian diferencias. Aunque también ya hoy el caballero italiano opta por gemelos, esto no siempre ha sido así en el país mediterráneo. Hasta hace relativamente bien poco, el caballero italiano prefería el puño sencillo de botones. Por el contrario, para el caballero inglés solo cabe la opción de las camisas con puño doble.

Acompañar la chaqueta con un pañuelo es obligatorio en ambos casos. No obstante, difiere la forma de hacerlo descansar en el bolsillo. El caballero inglés nuevamente es más conservador, mientras que, al dandi italiano no le importa incluso hacerlo el protagonista de su indumentaria, exhibiéndolo de manera llamativa.

Los tejidos usados por los sastres italianos suelen ser más finos y menos pesados que los británicos; algo por otro lado entendible de observar las temperaturas de ambos países.

En los zapatos también se observan claras diferencias. La horma del zapato inglés es más ancha y su puntera más redondeada. Suelen ser zapatos duros, pudiendo dar incluso la imagen de resultar a veces algo bastos.



© Eric Vandeville/Gamma-Rapho (derecha)

Los zapatos italianos son más estilizados, con líneas más finas, y transmiten la sensación de ser zapatos más ligeros.

Ambos estilos se decantan por zapatos de cordones o en su defecto por zapatos con hebilla; sin embargo, la elección del color en determinadas ocasiones les puede llegar a enfrentar. Para el caballero británico el color del zapato para vestirse con la mayoría de los trajes sigue siendo el negro. El italiano, por el contrario, se decanta por zapatos de color y preferirá para el mismo traje oscuro del caballero británico uno marrón oscuro, algún burdeos oscuro o incluso un zapato de piel vuelta.

El caballero inglés vestirá sombrero porque es lo correcto y así siempre lo ha visto en casa. Al igual que no se olvida de sus llaves antes de abandonarla, tampoco lo hace de su sombrero. El caballero italiano si viste sombrero lo hará porque mejora el resultado final de su aspecto y por verse con él atractivo. El dandi italiano sacará a pasear ese sombrero solo una vez comprobado frente al espejo que el resultado le favorece. Hoy puede vestir sombrero y la semana que viene olvidarse totalmente que hacía solo unos días lucía uno.

Según pasen los años se verá qué rumbo adoptan ambas corrientes aunque todo parece indicar que terminarán fusionándose y será entonces muy difícil seguir hablando de un estilo inglés y otro italiano como todavía hoy se puede hacer.

Seguramente, la correcta mezcla de la elegancia británica con el estilo italiano sea la fórmula que mejores resultados aporte a la vestimenta masculina.

CAPÍTULO II

Vestir de sport

La importancia de saber vestir también sin corbata

«El bruto se cubre, el rico se adorna, el fatuo se disfraza, el elegante se viste.»

Honoré de Balzac

HASTA HACE SETENTA AÑOS, CUANDO EL CABALLERO VESTÍA DE SPORT NO DEJABA de hacerlo con conjuntos que también requerían del uso de corbata. Los señores de entonces al acabar sus obligaciones diarias se decantaban por trajes de chaqueta pero con diseños más informales.

Estos trajes de chaqueta, como los príncipe de Gales u otros con marcados estampados, fueron dejando paso poco a poco a atuendos todavía más informales, como aquellos donde si bien todavía se vestía una corbata, esta se acompañaba más informalmente de una chaqueta y unos pantalones de sport.

Hoy, sin embargo, cuando un caballero termina su jornada laboral sustituye normalmente su corbata por un pantalón de sport, una camisa y un jersey, dejando descansar a la corbata hasta el día siguiente.

Seguramente, de haber tenido la oportunidad de ver a Cary Grant, a Richard Merkin o al mismísimo Winston Churchill en pantalón y camisa, sin sus impolutos trajes o chaquetas, la imagen que se tendría de ellos no sería tan extraordinaria como la que permanece en la memoria de todos los amantes del buen vestir masculino.

Conseguir un *look* elegante vistiendo de traje es relativamente fácil, de seguir las pautas que se han expuesto en el capítulo anterior. Escogiendo un traje con un corte cuidado y que tenga en cuenta unas particularidades físicas concretas, unos zapatos oscuros y de cordones y una camisa y corbata donde combinen tanto los colores como los diseños, se vestirá de forma más que correcta.

Sin embargo, cuando no pocos caballeros se desprenden de su corbata experimentan un cambio radical en su aspecto y aquel señor que hacía escasos minutos ponía sus hormas de cedro en sus Cordovan se convierte, de repente, en un auténtico desconocido.

Definir a un caballero como elegante se antoja muy difícil si este no lo es tanto cuando viste con corbata como cuando lo hace sin ella.

Siempre resulta más fácil vestir elegantemente de traje que hacerlo de sport. Con un mínimo de gusto y atención a unas mínimas pautas se puede vestir tan elegante como el que más. Por el contrario, para hacer lo propio vistiendo de manera casual es necesario, además de tener gusto, también tener estilo.

Para vestir de manera estilosa hay que contar con un don especial que no se adquiere ni en libros ni observando pauta alguna. Por el contrario, solo aquellos caballeros que dispongan de unas virtudes innatas son capaces de, una vez colgada su corbata, ponerse su ropa de sport y seguir radiando elegancia.

De tener ocasión, resulta interesante prestar atención a cómo personajes públicos como políticos, empresarios, actores, etcétera, cambian su aspecto radicalmente cuando visten con traje y cuando lo hacen con pantalón y jersey. Esto se aprecia más claramente cuando estos caballeros cuentan con asesores de imagen que les indican qué traje, qué camisa y qué corbata tienen que vestir durante sus actos oficiales pero dejan a la libre elección de estos la ropa a vestir en su tiempo libre.



© Scalpers

En definitiva, para considerar a un caballero como elegante hay que tener en cuenta tanto su forma de vestir con traje como cuando lo haga sin él. Solo cuando en ambas facetas se vista correctamente se podrá calificar a un señor como elegante.

Hay ocasiones como los *Casual Fridays*, una tarde de compras, un paseo en barco o sencillamente una mañana en la playa o en la cola del pan que sirven para reconocer a ese «perfecto caballero» que de forma tan elegante lleva un reloj de bolsillo con su chaqué y de forma tan natural y estilosa viste una camisa de lino en su tiempo libre.

Aunque, como se acaba de apuntar, el verdadero estilo o se tiene o no se tiene, prestando atención a cómo visten los caballeros más estilosos, experimentando con nuevas combinaciones y dejándose, finalmente, llevar por el instinto de cada uno, se podrá avanzar en esta materia.

Por este motivo, la siguiente sección quiere intentar contribuir a que esos señores que ya saben cómo vestir de forma elegante con traje y corbata lo hagan también con una chaqueta de tweed, un jersey de pico o con unos sencillos pantalones vaqueros.

Los zapatos

«La ropa hace al hombre. La gente desnuda tiene poca o ninguna influencia en la sociedad.»

Mark Twain

AUN CUANDO SE VISTA DE SPORT LOS ZAPATOS SIGUEN SIENDO LA PIEZA fundamental de todo el conjunto. Si vistiendo con corbata un buen traje puede en algún caso disminuir el impacto visual de unos zapatos de mediana calidad, cuando se hace de sport los zapatos cobran, si cabe, mayor protagonismo, por lo que una correcta elección resulta vital.

La vestimenta de sport permite introducir en el calzado un gran número de modelos y colores que el traje no admite. Así pues, se podrá vestir desde unos mocasines o unos botines hasta unos zapatos de piel vuelta.

Si ya es reducido el número de caballeros que conocen las bondades de calzar unos buenos zapatos con traje, todavía son menos los que cuidan su elección cuando visten de casual. Quizá esto explique por qué, si bien en nuestro país resulta relativamente fácil hacerse con zapatos elegantes y de calidad para vestir con traje, la cosa se complique en gran medida cuando se busca refinamiento y calidad en los zapatos que han de acompañar a un conjunto puramente de sport. En definitiva, hay muchos modelos entre los que escoger pero no están a la altura de la belleza y calidad de los que acompañan al traje.

No existe una prenda en el armario del caballero que represente mejor inversión que un buen par de zapatos, sean formales o de sport. Solo quizá un buen abrigo pueda aportar las mismas alegrías y durar tanto tiempo de manera totalmente actual como pueden hacer unos buenos zapatos.

Para poder afrontar con total confianza todas las posibilidades que la vestimenta de sport ofrece es necesario conocer cuáles son los modelos más estilosos y cuándo resulta más conveniente escoger una opción u otra.

Contando con un variado número de zapatos de sport se podrá hacer frente de manera refinada tanto a los conjuntos más «formales» que requieran de una chaqueta como a los más informales en los que una sencilla camisa acompaña a unos vaqueros.

Los modelos con más estilo

Como se acaba de apuntar, la oferta existente hoy de zapatos de sport es muy variada aunque desgraciadamente todavía no tienen el grado de belleza ni de calidad que la de los zapatos que acompañan a un traje.

En países como Italia, el muestrario de zapatos de sport de calidad y elegantes es muy amplio y los caballeros suelen contar con tantos pares de traje como de sport. Por el contrario, fuera de sus fronteras todavía resulta difícil encontrar calzado de sport con el mismo grado de refinamiento que el de sus homólogos de traje.

Si la vestimenta de traje exigía contar con un número amplio de zapatos Oxford y Derby en sus modalidades *plain*, *semi-brogue* y *full-brogue*, y otros tantos modelos de hebilla, en la vestimenta de sport no hay ninguna norma establecida y las posibilidades aumentan considerablemente. Dependerá del gusto y estilo de cada caballero el tipo de zapato que vista. Sin embargo, hay unos determinados modelos cuya belleza e importancia en la vestimenta masculina hacen de ellos unas opciones más que interesantes para acompañar a los conjuntos más elegantes de sport.

Los mocasines

Los mocasines, también conocidos popularmente como castellanos, *loafers* o *slips on*, si bien no son adecuados para vestir con traje, son los perfectos compañeros de los pantalones de sport. De acertar con su elección pueden quedar elegantes tanto con un pantalón más formal de franela gris como con unos vaqueros.

Aunque, *a priori*, todos los mocasines puedan parecer muy similares hay diferencias entre ellos más que significativas. Estas diferencias se observan tanto en la manera en que están fabricados como en los modelos en cuestión.

Respecto a los diferentes tipos de fabricación de zapatos, el caballero más exigente debería siempre buscar aquellos mocasines que cuenten con suelas de cuero y con cosido *goodyear*.



El cosido *goodyear* es un tipo de montado donde a través de dos cosidos independientes se unen la pala (parte superior del zapato), la vira (soporte sobre el que se monta el zapato) y la suela. El primer cosido une la pala a la palmilla (fina capa de piel que está bajo la plantilla), mientras que el segundo cosido fija la vira a la entresuela y a la suela.

En el espacio que queda libre entre la suela exterior y la palmilla se inserta el cambrillón (pieza normalmente de metal que va desde la mitad del talón hasta el comienzo del metatarso y que tiene como misión aportar comodidad y estabilidad al pie al andar), y el resto se completa con corcho aglomerado.

Los mocasines que cuentan con este tipo de cosido suelen ser zapatos armados, muy resistentes, y tienen la ventaja de poder perdurar muchos años en el armario del caballero. Igualmente, proporcionarán mayor protección contra el frío, la humedad y el calor. Sin embargo, al ser, sobre todo al principio, zapatos más duros necesitarán cierto tiempo para adaptarse a los pies de su dueño.

Los tipos de mocasines son muy variados y, a pesar de ser un zapato de vestimenta puramente informal, hay modelos más formales que otros. Así, los mocasines tipo Tassel, caracterizados por sus borlas, representan la cúspide de la formalidad y se pueden vestir con una chaqueta y un pantalón o en su modalidad de piel vuelta incluso con vaqueros. Los mocasines Tassel son de esos escasos modelos que pueden adquirir un *look* formal o informal según sea el resto de las prendas que con ellos se vista.

La propia horma de los diferentes modelos de mocasines y su grado de refinamiento será el que determine la mayor o menor formalidad de estos. Los mocasines son un tipo de zapato con una enorme acogida en países como España e Italia, donde es frecuente su

uso en las circunstancias más diversas sin que ello afee al conjunto final. Concretamente en Italia, las hormas de los mocasines son muy estilizadas y las bocas estrechas de sus pantalones realzan la belleza de este tipo de zapato.

Los zapatos de piel vuelta

Los zapatos conocidos coloquialmente como «de ante» suelen ser modelos que replican a sus hermanos de piel «común». Por ello, es frecuente encontrar zapatos de piel vuelta similares a las versiones de vestir en sus diferentes terminaciones *semi-brogue*, *full-brogue* o *monkstrap*.

La terminación de piel vuelta aporta, por ejemplo, al Oxford más clásico su aspecto más informal, dando al conjunto de sport un toque de gran estilo. Este tipo de zapato es fabricado por casi todas las reputadas casas de calzado y su terminación y montado es tan cuidado como en los de vestir.



Aquellos caballeros que escojan, por ejemplo, unos Oxford *full-brogue* de piel vuelta de calidad pueden permitirse fallar en algún pequeño detalle del resto del conjunto ya que la presencia de dichos zapatos acaparará todas las miradas y se convertirán en los protagonistas de todo el atuendo.

Otros zapatos de gran belleza que pueden vestirse tanto con un pantalón de sport tipo chino, con un vaquero o con un pantalón más de vestir son los modelos de una o dos hebillas de piel vuelta. Estos zapatos, cada día más presentes en los zapateros de los señores más preocupados por su aspecto, denotan el gusto clásico de su portador pero al mismo tiempo aportan un *look* a su vestimenta muy actual.

También es posible encontrar modelos Derby de piel vuelta aunque, no obstante, su terminación no es tan fina como la de sus primos los Oxford.

Si bien a la hora de escoger los zapatos a vestir con traje solo se aconsejaba prestar atención a aquellos con suela de cuero, el calzado de piel vuelta puede contemplar llevar suelas de goma. Aunque los zapatos con suela de goma suelen ser más bastos que los que cuentan con suela de cuero, en épocas de invierno, cuando la lluvia y la nieve en muchas ciudades europeas son frecuentes, este tipo de piso aporta mayor aislamiento del frío al igual que una comodidad y seguridad extra.

Los botines

Aunque su uso es hoy casi testimonial, no mucho tiempo atrás casi todos los armarios de los caballeros guardaban al menos un par de botines. En países lluviosos o fríos los botines aportaban la protección extra que las inclemencias climatológicas demandaban. El uso tan extendido de los mismos animaba a las principales casas zapateras a incorporarlos en sus colecciones todos los años, consiguiendo modelos de gran factura.



Unos bonitos botines que terminen por encima del tobillo además de proteger contra el frío aportan una elegancia extra frente a los zapatos comunes y con seguridad no pasarán desapercibidos al ojo refinado y experto.

Hay botines, por ejemplo las conocidas como botas Balmoral, cuya belleza es de tal magnitud que se pueden vestir desde con un traje de tres piezas o un chaqué hasta con un conjunto informal. Este tipo de zapato no es fácil de conseguir y poseer unas botas Balmoral se convierte en todo un lujo para los amantes de los zapatos atemporales.

Los spectators

Los zapatos conocidos como *spectators* se caracterizan por ser un modelo tipo Adelaide que cuenta con dos colores claramente diferenciados. Si bien los colores más clásicos del *spectator* siguen siendo el blanconegro y el blanco-marrón, hoy la oferta ha aumentado considerablemente y pueden encontrarse en otras tonalidades. Igualmente, es posible que cada parte del zapato además de contar con un color diferente lo haga también con un tipo de piel para cada color.



© Herring Shoes

Aunque la popularidad de los *spectators* se remonta a los años veinte y treinta, todo amante de la zapatería debería poder presumir de contar con al menos un par. Desde su aparición en 1868 como zapato destinado a jugar al cricket, el *spectator* ha sido el calzado preferido por los músicos de jazz y siempre ha recibido los favores de las damas.

Si bien durante su larga vida los *spectators* han pasado por épocas de mayor o menor aceptación, siempre han estado, de una manera u otra, presentes en el armario de los caballeros más elegantes.

Si la intención de su futuro propietario es seguir los cánones más puristas y optar solo por los colores originarios de este zapato, deberá escoger para sus *spectators* los colores blanco-negro o blanco-marrón. Si bien este tipo de calzado se debería vestir en verano, de quererlo hacer también en invierno habrá que buscar modelos de colores más oscuros, aunque, como decimos, ya no será un «auténtico» *spectator*.

Los modelos Oxford y Derby en su versión más casual

A pesar de que en el capítulo «Vestir de traje» se otorgara al Oxford la máxima condecoración como el zapato formal por excelencia, hay muchos modelos de Oxford cuya vestimenta es más que acertada cuando se combina con conjuntos informales.

Con seguridad unos Oxford lisos negros quedarán más elegantes con un traje oscuro o con un chaqué que con unos vaqueros. Sin embargo, hay modelos Oxford y Derby que cuentan con hormas estilizadas y con perforaciones que dibujan formas más modernas, haciéndolos idóneos para ir sin corbata.

Igualmente, aquellos caballeros en cuya vestimenta formal se limitaban a dar entrada a colores oscuros para su calzado, como el negro o el marrón chocolate, ahora tienen la oportunidad de introducir también colores más vivos a sus zapatos preferidos. Así pues, con los conjuntos informales se puede dar entrada a zapatos con tonalidades rojizas más fuertes, marrones más claros e incluso zapatos a que combinen diferentes tonalidades de color.



© Gaziano & Girling

Aunque cada día es más frecuente encontrar también en los zapatos de vestir diferentes tipos de hormas, normalmente las de los zapatos de sport se caracterizarán por tener punteras menos redondeadas y por ser más finas.

Independientemente del modelo de Oxford o Derby que se prefiera, es importante huir de estos modelos en su modalidad lisa o carente de dibujo. Como ya se ha apuntado, el número y las formas de las perforaciones son las responsables finales de la mayor o menor formalidad de cada zapato. Por ello, no parece muy lógico vestir un pantalón de sport y una camisa y acompañarlo del clásico Oxford liso. En su lugar ese mismo Oxford pero en su terminación *full* o *semi-brogue* será más adecuado.

Los zapatos de «fantasía»

El número de modelos de zapatos de sport entre los que elegir es prácticamente infinito y solo el buen gusto del caballero decidirá cuál es más apropiado para cada ocasión.

Los grandes amantes de la zapatería artesanal no se contentarán con poseer aquellos modelos más o menos elegantes, pero industriales al fin y al cabo, que algunas reputadas casas zapateras ofrecen en sus catálogos. Estos caballeros, por el contrario, buscarán la exclusividad que la zapatería a medida puede ofrecerles.

Si bien la expresión «hechos a medida» asume la existencia de un proceso donde las medidas de ambos pies del cliente son pasadas a los zapatos finales a través de un largo y complejo proceso, hay ocasiones en las que el significado de esta expresión abarca una definición más amplia. Si hacerse unos zapatos de vestir a medida obliga al zapatero a copiar de una u otra forma unos modelos ya existentes, sin posibilidad de innovar mucho, el calzado de sport es el mejor aliado del buen zapatero, cuyo ingenio y conocimiento le permitirá diseñar nuevas y únicas creaciones.

Es en estos zapatos de «fantasía» donde la zapatería artesanal alcanza las cotas máximas de refinamiento. En un zapato a medida y personalizado de sport entran en juego muchas variables que, de combinarse correctamente, pueden dar como resultado auténticas piezas de arte. En un zapato de sport el zapatero-artista puede jugar con la personalidad del cliente y con su ingenio para hacer un zapato único y con vida propia.

Otra de las ventajas de la vestimenta de sport es que en ella se marcan claramente las diferentes estaciones del año. Si cuando hay que vestir de traje los zapatos entre los que escoger son prácticamente los mismos se trate de verano o invierno, cuando se hace de sport pueden elegirse diferentes modelos según la temporada del año.



Es en estos zapatos de «fantasía» donde la zapatería artesanal alcanza las cotas máximas de refinamiento

© Norman Vilalta

Si el calor hace que se dejen de lado los trajes de lana y se vistan los de lino buscando cierto frescor, o queden colgados los de tonos gris oscuro y azul marino y se descuelguen los más claros, también parece lógico que se aparten en las épocas más calurosas los cerrados zapatos de invierno y se opte por alternativas más frescas.

Hay zapatos como los clásicos náuticos que siguen siendo una opción perfecta para vestir con bermudas y acudir muy dignamente a tomar el aperitivo al puerto deportivo. Otros como los ya clásicos mocasines de botones de goma en la suela, aparte de aportar una gran comodidad, son sin lugar a dudas todo un signo de distinción y otorgan un toque de estilo y elegancia a los más variados conjuntos.

Este tipo de zapato es particularmente bienvenido en verano. Sus alegres colores, su comodidad, su ligereza, su flexibilidad, así como la no necesidad de contar con calcetín alguno, convierten a este mocasín de verano en una opción perfectamente válida para llevarlo desde con bermudas hasta con unos pantalones de lino en la terraza de moda.

Otras opciones como unas bonitas sandalias de piel o unas zapatillas de esparto bien construidas pueden acompañar los *looks* más desenfadados en las épocas más calurosas, imprimiendo, dentro de la informalidad de ambos modelos, un toque de estilo.

Las *slippers*, el mejor aliado para los fríos suelos de las casas de campo

Las *slippers*, término que se acuñó en Inglaterra en el año 1478 y que proviene del verbo *sleep*, son unas zapatillas de terciopelo con suela de piel que tradicionalmente y debido a sus particulares características se han utilizado regularmente en las casas de campo de la aristocracia británica.

Si bien el término *slipper* es la denominación general con que se conocen las zapatillas de estar por casa en el Reino Unido, las *slippers* que han captado históricamente la atención de los caballeros más elegantes han sido las englobadas dentro del modelo Albert, nombre acuñado en la época victoriana en honor del príncipe Alberto.

El modelo Albert sigue siendo el rey de las *slippers* y hoy es ya a este modelo casi en exclusiva al que se le denomina coloquialmente con el nombre de *slipper*.

Las *slippers* Albert se caracterizan además de por contar con un suela de cuero y estar confeccionadas en terciopelo también por ser cerradas por parte del talón. Estas particularidades convierten a las *slippers* Albert en el calzado más adecuado para ser usado en los fríos suelos de las casas de campo.



El modelo Albert sigue siendo el rey de las *slippers*

Si, como se indica, su origen hay que buscarlo en las casas de campo inglesas, su uso fuera de ellas se popularizó cuando el actor inglés David Niven empezó a vestirlas con esmoquin. Si bien la majestuosidad que al esmoquin aportan las conocidas como *opera pumps* es muy difícil de superar por cualquier tipo de *slippers*, hay que admitir que la vestimenta del modelo Albert con esmoquin, en sus versiones más tradicionales, ha sido siempre frecuente entre los caballeros más atrevidos.

No obstante, su uso nunca debe ser alternativo al del zapato. La casa es para las *slippers* lo que la calle para los zapatos. Si nunca un caballero en su sano juicio abandonaría su hogar en pijama, tampoco debería hacer lo propio con unas zapatillas de estar por casa.

Si a esta afirmación será a la que sin lugar a dudas obedezcan los caballeros más fieles al protocolo, otros, por el contrario, verán en estas zapatillas su perfecto aliado para saltarse las normas establecidas e introducir cierta rebeldía a su conjunto. Para estos últimos las *slippers* serán el zapato que acompañará a sus *looks* más informales.

La realidad pone de manifiesto que aquellas zapatillas pensadas originariamente para acompañar a su propietario durante los días más fríos de invierno en su casa de montaña han abandonado su hogar y se han mudado a las calles y bares de moda de las grandes ciudades.

Debido a la popularidad que han alcanzado las *slippers* sus diseños han sufrido una gran evolución respecto a los de mediados del siglo XIX, pudiendo hoy encontrarlas en colores como el negro, el azul marino, el verde oscuro o el granate. Igualmente, existen tanto modelos sin dibujo alguno como otros con las iniciales de su dueño grabadas o con diferentes estampados.

Las posibilidades de customización de las *slippers* son infinitas y aunque la mayoría de los señores que las escojan para descansar en su casa optarán por grabar solo sus iniciales o el escudo de familia, aquellos caballeros que quieran convertirlas en el centro

de todas las miradas y sacarlas a pasear por las calles de las principales ciudades europeas se decantarán por grabados más atrevidos y lúdicos. Esto hace que sea realmente difícil encontrar dos modelos iguales, lo que sin duda aporta un toque de exclusividad al conjunto final.

Las más reputadas casas de zapatos inglesas siempre han contado con *slippers* en sus catálogos y hoy debido a su enorme popularidad no existe ninguna casa de moda de cierto renombre que no las tenga incluidas en su oferta, llegando estas zapatillas a convertirse en las responsables de una parte importante de su cuenta de resultados.

Si bien un caballero debería estar muy seguro sobre la conveniencia de abandonar la puerta de su casa vistiendo lo que al fin y al cabo son unas zapatillas de estar por casa, de hacerlo las debería combinar con un mínimo de estilo.

Así pues, este tipo de zapatillas siempre quedará mejor si se acompañan con prendas claramente informales. Por ello, no resulta extraño que la vestimenta de estas zapatillas se suela en muchos casos acompañar de pantalones vaqueros. Los vaqueros de boca no muy ancha y no muy largos permiten mostrar este coqueto calzado en todo su esplendor, convirtiéndose en el protagonista de todo el conjunto.

No resulta conveniente vestirlas con calcetines negros u oscuros ya que lo único que se consigue con esos colores es dar un formalismo al conjunto final que este calzado no persigue. Por el contrario, de optar por calcetines se deberá escoger aquellos con un color más vivo, como burdeos, rojo o malva.

No se debe olvidar que todavía hoy el uso de las *slippers* fuera de casa no es algo entendido por todos los caballeros y con seguridad llamarán la atención. Por ello, los calcetines deben estar a la altura de tanta expectación. En verano, por el contrario, se pueden usar sin calcetín alguno a modo de mocasín.

Debido a la forma en que está construido este tipo de zapato, las *slippers* no son aptas para ser calzadas durante muchas horas seguidas ya que su fina suela no cuenta con amortiguación alguna. La propia construcción de las *slippers* hace que, si se llevan mucho tiempo, además de terminar resultando incómodas se deterioren rápidamente.



A pesar de su fácil fabricación y reducido coste tanto de mano de obra como de materiales, las *slippers* Albert no siempre resultan un calzado barato. Aunque su popularidad ha traído consigo que ciertas marcas las pongan a la venta a precios contenidos, el caballero que quiera adquirir este interesante capricho en alguna de las históricas casas de zapatos de Northampton no debería sorprenderse de sus elevados precios.

Aunque el uso de las *slippers* fuera de casa se está extendiendo a gran velocidad, hay situaciones en las que su uso está estrictamente prohibido. Nunca unas *slippers*, a pesar de su popularidad, se deberían vestir, por ejemplo, con un chaqué.

Ha habido pocos fenómenos recientes en la moda masculina que en tan poco tiempo se hayan expandido con la fuerza y rapidez con que lo han hecho las *slippers*. Y, de atenerse a lo que se ve cada vez más en la calle, todo hace pensar que su popularidad solo seguirá creciendo.

Los pantalones de sport

«He dicho en repetidas ocasiones que ojalá hubiera inventado los vaqueros azules; la prenda más espectacular, más práctica, más relajada y más desenfadada. Tienen expresión, modestia, atractivo sexual, simplicidad..., todo lo que yo espero de mi ropa.»

Yves Saint Laurent

LAS OPCIONES POR LAS QUE PUEDE DECANTARSE EL CABALLERO PARA ESCOGER los pantalones una vez colgado en el armario el traje son múltiples. Aunque no sea del todo correcto se utilizará la denominación «pantalones de sport» para referirnos a todos aquellos pantalones que no son ni los que acompañan al típico traje de chaqueta ni a ningún conjunto de etiqueta como un chaqué o un esmoquin.

La enorme oferta de diferentes modelos de pantalones de sport facilita al caballero hacer la elección más acorde con su personalidad o con el lugar y momento donde desee vestirlo.

Será el tipo de corte, la terminación y el compuesto escogido los factores que determinen la mayor o menor formalidad del pantalón. Así y a pesar de poder considerarse ambos como de sport, no será lo mismo vestir un pantalón de algodón tipo pana, de pernera y boca estrecha y con botones de metal en la bragueta que otro de algodón tipo franela, de pernera ancha, de pinzas y con botones de asta en la bragueta.

Si cuando se hablaba del tipo de corte del pantalón de vestir había unas medidas que no se podían obviar, al hacerlo del pantalón de sport la cosa cambia radicalmente. En este caso no hay ninguna norma a la que se deba atender y bastará con dejarse llevar por el gusto y el estilo de cada uno.

Así, por ejemplo, se puede vestir muy elegante con un pantalón de pinzas de cachemira y algodón caqui para ir de compras navideñas y a la noche cambiarlos por unos estilosos pantalones de pana azul de corte más juvenil. Nuevamente, será el momento en el que se vayan a vestir el que marque la mayor conveniencia de un tipo de pantalón u otro.

Respecto a la correcta hechura del pantalón de sport, dependerá básicamente del modelo escogido. Así pues, cuanto más formal sea el pantalón, más ancha normalmente será su pernera. Sin embargo, hoy más que nunca, los pantalones de sport, siguiendo la moda italiana, se estrechan cada vez más y terminan con bocas que, debido a su escaso diámetro, permiten mostrar la totalidad del zapato.



© THE RAKE

Igualmente, la raya del pantalón desaparece conforme lo hace la seriedad del pantalón escogido. No obstante, incluso a ciertos pantalones de sport de corte estrecho la raya puede aportar un toque de estilo muy interesante.

Algo parecido ocurre con el forrado del pantalón de sport. Resultará muy extraño encontrar pantalones de sport forrados como sí ocurre con los pantalones de traje. Solo en los pantalones de sport más formales se podrá observar que la mitad superior de la pernera está forrada. La tela de estos pantalones suele ser más fina, por lo que el forrado sirve para además de evitar que el pantalón moleste a su dueño, también para, debido al roce con el muslo, no se deteriore de manera rápida.

El largo del pantalón de sport puede variar considerablemente se vista un modelo u otro. Nuevamente será en los pantalones de corte más clásico en los que el largo descansa más holgadamente sobre el zapato. Por el contrario, en los pantalones más modernos el bajo apenas suele tocar el zapato.

En los pantalones de uso más casual será normal encontrarse cremallera en la portañuela, cerilleras visibles, bolsillos abiertos sin botones en su parte trasera e incluso la marca o el logo de la casa en algún lugar más o menos visible. Sin embargo, conforme aumente la seriedad del pantalón estos detalles dejarán paso a otros como botones de asta o sintéticos en la bragueta, ausencia de todo tipo de etiqueta y logo exterior, costuras disimuladas, etcétera.

Una de las grandes ventajas de los pantalones de sport es el inmenso número de colores entre los que se puede elegir. La elección de uno u otro puede cambiar totalmente el aspecto final del conjunto. Aunque la timidez es el mayor enemigo del estilo, hay colores que sin ser especialmente llamativos aportarán un *look* alegre, juvenil y desenfadado a todo el atuendo.

Si, como se estudiará más adelante, en cada estación del año hay unos colores más adecuados que otros para vestirse, algunos, como el burdeos, el azul claro, el verde militar, el marrón claro o el caqui, pueden llevarse en todas las épocas del año y por todos los caballeros, sin importar su edad.

Si hay un pantalón de sport que se ha ganado por méritos propios ser considerado como el pantalón de sport por excelencia ese es sin lugar a dudas el vaquero.

Vaqueros sí, pero no todos

Hoy existirán pocos caballeros, al menos en el mundo occidental, que no alberguen en su fondo de armario un par de vaqueros. Si no hace muchos años entre los caballeros más elegantes su vestimenta estaba casi prohibida, hoy el uso de vaqueros está extendido entre todos los estratos sociales.

La enorme popularidad de estos pantalones ha hecho que las principales marcas de moda hayan realizado un gran esfuerzo en el diseño de los mismos y hoy puedan encontrarse desde vaqueros más cercanos a un pantalón de vestir hasta otros totalmente de sport.

Algo similar ha ocurrido con sus colores. Atrás quedaron los años en los que solo el clásico azul era el que acompañaba a cualquier vaquero. Hoy, sin embargo, se pueden encontrar vaqueros no solo en una enorme gama de azules sino también en colores como el rojo, el verde o el blanco.

Pocas prendas existen en la historia de la vestimenta masculina que, como los vaqueros, hayan sido utilizadas por un número tan importante de señores y de edades tan dispares. Sin embargo, su historia demuestra que esto no ha sido siempre así.

Aunque este tipo de pantalón existía ya incluso antes de la época de la América precolonial, fue a principios del siglo XX y debido a la gran resistencia de su tejido proveniente de las lonas de las tiendas de campaña cuando los vaqueros se popularizan entre los trabajadores manuales, los mineros y los agricultores. Sus amplios y fuertes bolsillos resultaban de gran ayuda para guardar los utensilios de trabajo y los minerales encontrados.

Otro gran responsable de su popularidad fue la armada genovesa, cuyos marineros necesitaban de un pantalón multiusos para llevarlo tanto en seco como en mojado y cuyas perneras pudieran remangarse fácilmente para no entorpecer sus movimientos al limpiar la cubierta del barco. Estos pantalones podían lavarse fácilmente sumergiéndolos con grandes redes bajo el mar. Los diferentes lavados y el agua marina terminaban aclarándolos y volviéndolos blancos.



© THE RAKE

A pesar de la popularidad alcanzada por los vaqueros tras su uso por parte de la armada genovesa, fue en Estados Unidos y concretamente Levi Strauss quien en 1873 convirtió aquel pantalón inicialmente marrón, barato, de uso diario y malamente cosido en toda una pieza de culto entre la juventud.

Los jóvenes americanos empezaron a vestir los vaqueros como forma de protesta contra el *establishment* de la época. Este hecho, considerado toda una provocación por la sociedad más tradicional, cambió radicalmente en la década de los sesenta, ganando los vaqueros gran aceptación entre todo tipo de público. En la década de los setenta, aquellos pantalones ya azules utilizados en un principio solo por la juventud más inconformista se habían convertido en una prenda aceptada por toda la sociedad.

Si bien hasta hace no tanto tiempo la oferta de vaqueros se limitaba a unas cuantas marcas, hoy es prácticamente inabarcable, siendo difícil no encontrar un vaquero para cada estilo de vestir, cada caballero y cada ocasión.

La amplia oferta existente hace que puedan encontrarse desde pantalones vaqueros cuyo corte esté más próximo a un pantalón de vestir hasta otros cuyo desgaste o múltiples rotos lo acercan más a una prenda de diseño.

No obstante, hay que tener en cuenta que ni todos los vaqueros son iguales ni todos se pueden vestir en las mismas ocasiones. Será el sentido común el que sirva de guía para decantarse por uno u otro modelo. Y ese sentido común debe prestar una especial atención al momento en que vayan a ser utilizados.

Así, por ejemplo, unos vaqueros blancos se antojan perfectos para acudir a tomar una copa al club deportivo por la mañana pero, por el contrario, su vestimenta no será adecuada para épocas de invierno o para lugares cerrados. Algo similar ocurre con los colores más vivos. La época del año es siempre un factor determinante a la hora de escoger uno u otro color.

Igualmente, no hay nada malo en enfundarse unos vaqueros de diseño desgastados y combinarlos con una americana azul marino para acudir al bar de moda. Sin embargo, esta misma combinación sería de todo punto impropio para asistir a una representación teatral.

Resulta cuando menos curioso observar cómo, dependiendo de la ropa que le acompañe, un mismo vaquero puede adquirir un estilo formal o, por el contrario, uno totalmente informal.



© THE RAKE

Quizá la prenda que más influya en el aspecto final del vaquero sean los zapatos que con él se calcen. Si, por ejemplo, se opta por unos mocasines relativamente armados, seguramente el conjunto resultante termine dando una imagen de cierta formalidad. Si por el contrario su propietario se decanta por unas zapatillas de esparto, sus vaqueros cobrarán una imagen mucho más informal.

La boca estrecha de los vaqueros más actuales obliga a prestar mayor atención a la elección del zapato ya que de errar en ella todo el conjunto puede verse comprometido.

Una vez se tenga claro el zapato, hay que prestar atención al resto de las prendas. De optar, por ejemplo, por una camiseta o, en su caso, por una camisa se estará adoptando diferentes estilos con un mismo vaquero. Por todo ello, resulta importante que los vaqueros guarden un poco de armonía con el resto del conjunto. Unos zapatos de piel vuelta de doble hebilla siempre combinarán mejor con unos vaqueros si van acompañados de una camisa y un jersey de pico que si lo hicieran con una camiseta y una sudadera.

No obstante, la mezcla de estilos muchas veces consigue resultados sorprendentes. Hoy existen auténticos especialistas en combinar vaqueros con prendas más formales como una chaqueta de tweed o incluso con una americana cruzada. Esta combinación ha sido llevada a la práctica con gran éxito por personajes como Andy Warhol. Sin embargo y a pesar de ser una opción muy interesante, la probabilidad de salir airosos de dicho trance es infinitamente menor a la de naufragar en el intento.

Bien sea porque se es amante de las prendas intemporales o bien porque lo que busca el caballero es imprimir un toque de rebeldía a su *look* final, los vaqueros son una prenda que servirá para transmitir un claro mensaje al exterior sobre nuestros gustos y estilo.

El cinturón, el mejor compañero del pantalón de sport

Si en el capítulo «Vestir de traje» se hacía hincapié en la no conveniencia de llevar cinturón con el traje por dividir la figura en dos partes y por resultar imposible mantener los pantalones en su sitio, cuando se vista de sport el uso del cinturón se antoja obligatorio.

En los trajes de vestir tanto la chaqueta como el pantalón cuentan con el mismo color y con idéntico diseño. Esto hace que, en el caso de introducir un cinturón, se quite fluidez y limpieza de líneas al atuendo, repercutiendo negativamente en la verticalidad del conjunto.

Sin embargo, cuando se viste de sport ninguna de las prendas del atuendo suele guardar relación ni en su color ni en su diseño. Lo más frecuente resulta, normalmente, combinar un pantalón de un color con un jersey de otro y una camisa de un tercero. Lo mismo ocurre en lo referente a los diseños. Si bien el pantalón suele ser liso, es muy probable que la camisa contenga líneas o cuadros y el jersey puede contar también con otro tipo de dibujo o diseño.

Por todo ello, la vestimenta de un cinturón no produce contraste alguno con el resto de las prendas y por lo tanto no perjudica, sino que favorece, el resultado final. Igualmente, los pantalones de sport, al contrario de lo que ocurre con los de traje, se visten en la cadera y no en la cintura como en aquellos. Esto, unido a un corte muy diferente, hace que los pantalones de sport no tengan por qué caerse en el caso de llevar cinturón y no tirantes.

La variedad de modelos de cinturones es enorme y será la elección del resto de las prendas la que determine por qué cinturón optar. Si se va a vestir, por ejemplo, una blazer con un pantalón de franela, parece lógico que se acompañe de un cinturón más serio. Conforme se vaya bajando el grado de formalidad de los diferentes conjuntos, se hará lo propio con el de los cinturones.



Si se viste un jersey con un pantalón juvenil de pana, seguro que un elegante cinturón de piel trenzado combinará mejor que el clásico cinturón de piel lisa negro o marrón. Igualmente, aquellos caballeros que quieran imprimir un *look* de lo más informal a su atuendo podrán incorporar cinturones de loneta con franjas de diferentes tonos. Al destacar los colores de este tipo de cinturón sobre el pantalón, resulta francamente estiloso para acompañar a unos vaqueros.

Jugando con el cinturón y los zapatos se puede marcar el grado de formalidad del conjunto. Por ello, ambas prendas deben guardar cierta relación en su grado de seriedad. Si, por ejemplo, se escogen unas zapatillas de diseño, seguro que un cinturón ancho y una hebilla de mayores proporciones serán más indicados que un cinturón trenzado de piel. Este *look* resulta particularmente interesante con una camiseta también con cierto diseño.

Si, por el contrario, se escogen unos vaqueros con unos zapatos más formales, como puede ser un modelo *full-brogue* de piel vuelta, una camisa y un cinturón trenzado darán un aspecto más uniforme.

En definitiva, si la vestimenta de un cinturón con un conjunto de sport es algo obligatorio, también lo es prestar atención a las prendas que con él se van a combinar para conseguir un conjunto lo más armónico posible.

Las dos chaquetas de sport por excelencia

«De todos los trajes, el cruzado es el más elegante.»

Alan Flusser

SI AL HABLAR DE LOS VAQUEROS DECÍAMOS QUE SEGURAMENTE ESTOS SEAN LA prenda más «democrática» del armario del caballero al ser utilizados por todo tipo de caballeros, jóvenes y mayores y clásicos y modernos, la chaqueta de sport les acompañaría ocupando la segunda posición.

Las chaquetas de sport son las perfectas para hacer un guiño a aquellos caballeros que por diferentes motivos no tienen la necesidad de vestir de traje, pero que no por ello quieren dejar de hacerlo con cierta formalidad y elegancia. Con la vestimenta de estas chaquetas estos caballeros podrán acudir a un elegante restaurante o a la discoteca de moda sin tener que preocuparse de no ir acordes con el lugar.

No obstante, es importante apuntar que la chaqueta de sport es una prenda intermedia entre el traje y la ropa puramente de sport y por lo tanto no puede considerarse como prenda formal. Si bien en países como el Reino Unido, Estados Unidos o la mayoría del sur de Europa todavía la vestimenta de una chaqueta de sport no sustituye al traje, en otros, como aquellos del centro y norte de Europa, este tipo de chaquetas están totalmente aceptadas como prendas de vestir también en ambientes y lugares formales.

Cada día es más frecuente, y desgraciadamente todo apunta a que esta tendencia no hará más que crecer, que la chaqueta de sport sustituya al traje. Si bien tiempo atrás los caballeros vestían de traje toda la semana, con la llegada de los *Casual Fridays* su vestimenta se reduce ya a solo cuatro días. Y, de atenerse a lo que cada vez es más común en países como Estados Unidos, no sería de extrañar que el uso de la corbata termine siendo algo testimonial y en un futuro cercano solo se vista en determinados círculos o eventos sociales.

Debido a todo ello, contar con un número amplio de chaquetas de sport se antoja, además de un placer, también cada vez más una obligación. La variedad de chaquetas de sport es inmensa y según sea su corte, color y diseño el caballero puede conseguir una imagen más o menos formal.

Si hay dos modelos de chaquetas que a lo largo de los años se han ganado por méritos propios estar en el armario de los caballeros esas son, sin lugar a dudas, la blazer y la chaqueta de tweed.

La blazer

Como la mayoría de las prendas de vestir masculinas, la blazer tiene su origen en Inglaterra. De hacer caso a la historia, la aparición de la primera blazer se debe al capitán de la fragata británica H. M. S. Blazer, quien en 1837 vistió a sus marineros con una chaqueta azul marino oscuro de hilera cruzada y de botones dorados para recibir la visita de la reina Victoria. Al parecer fue tal el entusiasmo que la Reina mostró al ver esta chaqueta que la blazer se popularizó rápidamente entre todo el cuerpo de marinos.

Si al capitán de la Blazer se le debe la aparición de la blazer cruzada, la de hilera sencilla tiene su origen en las chaquetas que los clubes de remo ingleses vestían en las regatas del siglo XIX. Concretamente, la popularidad de la blazer de hilera sencilla se atribuye al club de bote Lady Margaret del St. John's College de Cambridge. Fueron los clubes de remo de la época los que también empezaron a personalizar esta chaqueta con estampados de rayas gruesas de colores.

La auténtica blazer será de color azul marino oscuro, no tendrá diseño alguno y contará con botones dorados. Estará fabricada en franela, cachemira o en pura lana virgen; en cualquier caso el tejido escogido no debería pesar más de 340 gramos. En verano se podrá optar por materiales más ligeros y frescos como el lino o la sarga. Los caballeros amantes de la tradición y de gusto educado tendrán que decantarse por aquellas elaboradas con tejido de sarga de hilo de estambre.

Si bien la blazer podrá ser de botonadura sencilla o cruzada, la más genuina siempre será la cruzada; modelo que resulta infinitamente más estiloso y elegante que su hermana de botonadura sencilla.

Desde su aparición, el diseño de la blazer de hilera sencilla ha evolucionado en cierta medida y hoy lo más común es que esta blazer cuente con una o dos aberturas laterales, tenga no más de dos o tres botones y sus solapas terminen en forma redondeada. Por el contrario, la blazer cruzada contará con dos aberturas traseras, sus solapas acabarán en punta y tendrá cuatro, seis u ocho botones. Este tipo de chaqueta cruzada, al contrario de lo que ocurre con su hermana de hilera sencilla, siempre, incluso cuando se esté sentado, deberá permanecer abotonada.

Una de las grandes ventajas de la blazer es su gran versatilidad. Conjuntar una blazer resulta uno de los ejercicios más sencillos del quehacer masculino. Y en caso de ser azul marino las posibles combinaciones resultan infinitas, habiendo pocas prendas en el armario del caballero tan fáciles de combinar como esta.

La blazer se puede llevar tanto con unos vaqueros, una camisa a cuadros y unos mocasines como con unos pantalones grises, una camisa de rayas, una corbata de punto y unos Tassel de piel vuelta. Igualmente, admite desde una camisa azul cielo y una corbata a rayas hasta, de forma más desenfadada, solo un polo.

Igual de fácil resulta combinarla con los diferentes modelos de pantalones. Seguramente, el conjunto más extendido para acompañar a una blazer azul sean unos pantalones de franela de color gris claro. Si bien la combinación con un gris claro resulta muy acertada al diferenciarse claramente del azul marino de la chaqueta, los caballeros que la escojan para vestirla en su lugar de trabajo deberán optar por pantalones con tonalidades de gris más oscuro.



© The Armoury

Igualmente, a los señores más viajeros la blazer les permite, en aquellos desplazamientos cortos en los que no pueden portar mucho equipaje, vestir esta tanto por la mañana de forma sport como por la noche acompañada de corbata, y en ambos casos ir perfectamente arreglados y elegantes.

Existen multitud de modelos de zapatos para acompañar a una blazer azul y a un pantalón gris. Así pues, se puede escoger desde unos Blucher color vino hasta unos Tassel de ante marrón. Por el contrario, habrá que huir del formal Oxford negro liso ya que el conjunto no busca tal seriedad. De querer imprimir mayor seriedad al conjunto se deberá optar siempre por el traje de chaqueta oscuro convencional.

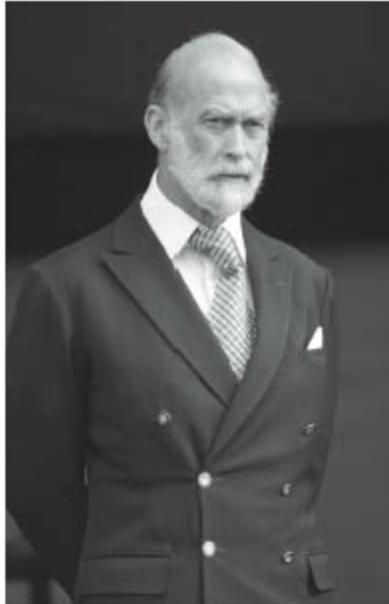
Si la manera más elegante de combinar la blazer es hacerlo con un pantalón de franela gris, la forma más actual es decantarse por unos vaqueros azul gastado. Si el objetivo es conseguir un *look* informal, la mayoría de las prendas deben perseguir este mismo fin. Así, por ejemplo, si lo que se busca es imprimir un aspecto moderno al atuendo, no se aconsejan ni vaqueros con pinzas ni camisas de gemelos, y los zapatos deberían ser igualmente informales. Unas botas Chelsea o unos mocasines de color vino o coñac son opciones muy adecuadas para el conjunto más «rebelde».

Un *look* muy elegante es el que resulta de combinar la blazer azul con pantalones de tela cruzada *cavalry* de color marrón oscuro. Aunque esta es una combinación que en nuestro país no se estila mucho, en otros, como el Reino Unido, está considerada como todo un clásico.

A pesar de todas estas posibles alternativas, el acertado estilo de ciertos caballeros justifica la omisión del cumplimiento de la mayoría de las pautas mencionadas. No son pocos los señores que han combinado, por ejemplo, una blazer azul marino con unos pantalones de pana rojos con resultados estéticos francamente favorecedores.

Independientemente de decantarse por la chaqueta de botonadura sencilla o por la de botonadura cruzada, nunca debe olvidarse, acompañar la solapa de esta de un pañuelo de bolsillo. Mientras las chaquetas se fabriquen con un bolsillo a la altura del pecho, se deberá hacer descansar en él el obligado *pocket square*.

Aunque, como decimos, la denominación de blazer también se utiliza hoy para referirse a las chaquetas de hilera sencilla, el caballero que quiera presumir de contar con una genuina blazer en su armario tendrá que hacerse con la de botonadura cruzada, la cual deberá tener cosidos seis botones dorados o, en su defecto, de latón.



Independientemente de decantarse por la chaqueta de botonadura sencilla o por la de botonadura cruzada, nunca debe olvidarse acompañar la solapa de esta de un pañuelo de bolsillo

© Album

Cada día resulta más difícil encontrar caballeros que sigan vistiendo las auténticas blazers con sus botones dorados y todavía son menos los que la visten con pantalones blancos como hacía la alta sociedad de los años treinta en Palm Beach.

Si bien las blazers son, por definición, chaquetas de sport, no debe olvidarse que no todas las chaquetas de sport son blazers. Igualmente, aunque en nuestro país exista la costumbre de denominar de forma generalizada «americana» a las blazers, esto no es correcto. Una blazer nunca es una americana; y muy pocas veces una americana es una blazer.

Si no sentimos gran apego por la tradición siempre es más conveniente optar por las blazers de hilera sencilla, ya que su uso es mucho más versátil al permitir dar un toque formal a una indumentaria informal. De no contar con botones dorados, al menos habrá que coser a esta chaqueta unos botones esmaltados azules para que no sea una chaqueta más de sport y siga siendo una blazer.

La alta sociedad británica ha sido la principal clientela de las auténticas blazers. Si se da por bueno el hecho de que además de un reloj y unos gemelos la vestimenta masculina no debería admitir complemento de joyería alguno, la blazer es la perfecta aliada para introducir botones de algún metal precioso.

Así, muchos caballeros a la hora de escoger su blazer prestan una especial atención a los botones que esta lleve cosidos. Por ello, es normal que las más reputadas sastrerías londinenses sigan contando con un gran abanico de botones entre los que elegir.

El afortunado caballero de alguna de estas prestigiosas sastrerías podrá escoger desde unos básicos botones de oro lisos hasta otros donde poder grabar el escudo de familia. Sin embargo, lo más exclusivo sigue siendo coser botones dorados antiguos de las reservas del ejército británico. Estos solo se venden en anticuarios y en ciertas subastas y habrá que estar dispuesto a pagar una auténtica fortuna para hacerse con uno de estos exclusivos juegos.

La chaqueta de tweed

Para hacer frente a un futuro muy cercano en el que la corbata dejará paso a atuendos de sport, es importante además de contar con una obligada blazer hacerlo también con otros modelos que permitan a los caballeros que sigan reconociendo la importancia de la imagen poder afrontar el día a día de forma elegante.

Una de las chaquetas por la que muchos caballeros se decantarán para acompañar en sus armarios a sus blazers será la chaqueta de tweed. Este tipo de chaqueta tiene como ventaja, además de aportar una gran elegancia, también la posibilidad de, dependiendo de las prendas que la franqueen, conseguir una mayor o menor formalidad en todo el conjunto. Por ello, el *look* final no será el mismo si se viste una chaqueta de tweed con un jersey de pico y una camiseta que si se va sin jersey y con una camisa.



© Anderson & Sheppard

El término *tweed* hace referencia a un tipo de tejido con un tacto similar al del felpudo. Este tejido puede adquirir diferentes texturas y dibujos. A la hora de elegir el tipo de tejido, su futuro propietario, además de atender a sus gustos personales, deberá tener en cuenta el clima y la mayor o menor formalidad que con ella quiera conseguir.

La aristocracia británica se ha caracterizado desde el siglo XIX por usar en sus actividades cinegéticas una combinación separada de chaqueta y pantalón. Esto era una muestra de poder económico al representar un gasto doble el hecho de poseer dos prendas diferentes para un mismo uso. El tejido tweed ha sido siempre uno de los preferidos por los caballeros ingleses amantes de la caza debido a que además de dar como resultado chaquetas de bella factura también ofrece una gran protección frente al frío y la lluvia.

Los dibujos y texturas de los tejidos con los que mandar a coser una nueva chaqueta de tweed se antojan infinitos. No obstante, la belleza de algunos de ellos ha hecho que dichos modelos sean hoy considerados como auténticos clásicos.

Uno de estos clásicos son las chaquetas realizadas con el tejido conocido como *tweed Harris*. Este se caracteriza por un aspecto rústico que hace a la chaqueta resultante inapropiada para combinarse con corbata pero que resulta perfecto para vestirse tanto durante un *Casual Friday* como en el descanso de una casa de campo.

Los tejidos *shepherd's check* y *houndstooth* seguramente sean los tejidos más clásicos, conocidos y populares del amplio abanico de tejidos tweed. Estos tejidos pueden adoptar múltiples combinaciones de colores y tamaños en sus dibujos. Si bien las chaquetas confeccionadas con ellos resultan más formales que las de tipo Harris, resulta relativamente difícil encontrar las prendas adecuadas con las que combinarlas con éxito.

Si la intención del caballero es usar su chaqueta de tweed con corbata, deberá buscar otras con tejidos más cercanos al Donegal o al de espiga. Las chaquetas de tejido Donegal resultan muy fáciles de combinar con camisas de cuadros tipo Tattersall o con jerséis de cachemira o lana. Por su parte, los tejidos de espiga dan un aspecto formal a la chaqueta de tweed. Este dibujo de espiga también resulta indicado para vestir de manera más seria con corbata.

Aunque, como mandan los cánones clásicos, tanto las camisas Tattersall como las camisas Oxford deben vestirse con botones en el cuello, si se quisieran llevar este tipo de camisas acompañando a una corbata y a una chaqueta tweed se deberá dejar de lado esta máxima y escoger los cuellos sin dichos botones.

No debe olvidarse que las camisas tipo Tattersall se pensaron para ser vestidas en las casas de campo durante los fines de semana y por lo tanto la corbata no fue tomada en cuenta para definir su diseño. Por ello, aquellos caballeros que solo contemplan vestir estas chaquetas conforme manda su tradición, es decir, de manera casual, deberán escoger el resto de las prendas de su atuendo también con un marcado carácter de sport.

Seguramente acertarán aquellos caballeros que se decanten por la elegancia de una chaqueta *houndstooth* combinada con un jersey de pico y una camisa Tattersall con fondo blanco pero sin corbata alguna.



© The Harris Tweed

Las chaquetas de tweed han sido históricamente muy populares tanto en el Reino Unido como en Estados Unidos. Quizá esto explique el que cada país haya ido adaptando el corte de estas chaquetas a los gustos personales de sus ciudadanos y hoy pueda hablarse de una chaqueta de tweed americana y de otra británica.

La chaqueta de tweed inglesa se caracteriza por ser de un tejido bastante áspero, tener tres botones en la parte frontal, cuatro en las mangas, los bolsillos dispuestos en forma diagonal y solo contar, sorprendentemente, con una abertura en la parte trasera. No obstante y aunque sea saltarse las normas clásicas, dos aberturas traseras siempre darán como resultado una chaqueta más elegante.

El principal motivo de que las chaquetas cuenten con dos aberturas laterales se debe a que en sus comienzos esta prenda acompañaba a los caballeros británicos en sus actividades lúdicas a caballo. Esta doble abertura conseguía que el faldón trasero no molestara al poder abrirse y descansar por detrás de la silla de montar. Igualmente, el llevar los bolsillos cosidos en oblicuo facilitaba que las manos de los jinetes encontraran de forma más rápida y cómoda su pitillera o su petaca.

Por el contrario, el corte de la chaqueta de tweed americana se caracteriza por contar solo con dos botones en su parte frontal, una abertura o dos traseras y bolsillos no inclinados. Si el tejido de tweed británico se distingue por su aspereza, el tweed americano se diferencia por su finura y suavidad.

Aquellos caballeros aficionados a la caza encontrarán en el traje completo de tweed un perfecto aliado. Los trajes de tweed ofrecen una excelente protección frente al frío, el viento y la lluvia, resultando perfecto para ser utilizado desde en hipódromos o en casas de campo hasta para dar un elegante paseo por el campo o acudir a una barbacoa al aire libre.

Debido a la escasa oferta de chaquetas de tweed de confección industrial medianamente elegantes, resulta muy aconsejable acudir a una sastrería de prestigio y hacérsela a medida.

Solo con una chaqueta hecha a mano y a medida se conseguirán, además de las enormes ventajas y resultados ya apuntados, otros meramente estéticos pero no por ello menos importantes. Así, por ejemplo, en una chaqueta de tweed cosida por un buen sastre las costuras casarán en toda la parte frontal de la chaqueta como también lo harán los dibujos del pecho y de las mangas y los de los bolsillos y la tela fronteriza a ellos.

Es importante asegurarse de que los dibujos no se «rompan» a lo largo de la chaqueta, es decir, que de tener que entallar la prenda se haga proporcionalmente a lo largo de toda la extensión de la chaqueta. De esta forma, además de mantener el mismo número de líneas y cuadros tanto en la parte izquierda como en la derecha no se apreciará un corte visible del dibujo en su parte trasera.

Otros detalles como unos botones de cuerno de búfalo o de cualquier otro material natural hablarán igualmente de la calidad de la chaqueta de tweed.

Se escoja un tipo de tejido u otro, el corte inglés o el americano, lo que parece indiscutible es que la chaqueta de tweed es una de esas prendas imprescindibles en el armario del caballero y que de no contar con ella habrá que ponerla como prioridad en la

lista de prendas a adquirir el próximo otoño.

Combinando zapatos, calcetines, pantalones, camisas y jerséis;
la importancia de vestir acorde con cada estación del año

«El estilo es el ropaje del pensamiento; y un pensamiento bien vestido, como un hombre bien vestido, se presenta mejor.»

Conde de Chesterfield

RESULTA FÁCIL ADIVINAR EN QUE ÉPOCA DEL AÑO NOS ENCONTRAMOS MIRANDO simplemente el atuendo de las damas; sin embargo, no ocurre lo mismo si nos fijamos en el del caballero. Si bien los caballeros no pueden desprenderse de su traje de chaqueta o de sus pantalones de sport incluso durante el verano, la elección de su atuendo y de su color debería, al igual que en el caso de las damas, dejar patente en qué estación del año nos encontramos. No obstante, todavía no son muchos los caballeros que tienen claramente diferenciado el armario de invierno del de verano, mezclando prendas de uno y otro en ambas estaciones.

El atuendo de invierno del caballero se caracteriza además de por sus colores oscuros y tejidos pesados por transmitir también una cierta seriedad. Por el contrario, el armario de primavera y verano se distingue por sus colores vivos y tejidos ligeros, dando una imagen de alegría y relajamiento.

Durante el invierno los colores oscuros invaden las chaquetas, los jerséis y los pantalones transmitiendo mayor formalismo al conjunto final. Esta formalidad se traslada igualmente a los zapatos, los cuales suelen ser bastante armados, de cordones o de hebillas y de colores oscuros.

Es con el comienzo de la primavera cuando los pantalones de pana se sustituyen por los de fina lana, los jerséis de lana por los de punto, las camisas de algodón por las de hilo, los *full-brogue* de ante por unos mocasines flexibles, etcétera.

La primavera invita a los caballeros, además de a optar por telas y compuestos más ligeros, también a escoger calcetines de colores vivos, chaquetas de sport de lino, pantalones de colores alegres, risueños pañuelos de bolsillo, etcétera.



Es importante que la vestimenta se adecue a la estación del año en que se encuentre el caballero. Si durante la época de frío y lluvias se visten prendas y colores acordes con la misma, también durante la primavera, estación caracterizada por un amplio abanico de colores y por una alegría especial, se deberían escoger prendas afines que rebosaran el mismo júbilo y colorido.

Si durante la temporada invernal los caballeros al vestir de sport escogen zapatos armados con suelas de piel, colores oscuros y cordones, durante las épocas de calor resulta más apropiado decantarse por zapatos de suela fina, de construcción más flexible, sin cordones y de color, o al menos con algún adorno coloreado.

Aunque la oferta de zapatos elegantes y de calidad de invierno sigue siendo muy superior a los de verano, cada día, como ya se ha apuntado, también la de estos es más extensa. Si hasta hace no muchos años las opciones se limitaban a escoger entre un modelo de náutico u otro, hoy las posibilidades han aumentado considerablemente y los caballeros pueden elegir entre una gran variedad de mocasines y otros zapatos de verano.

En invierno resulta obligatorio vestir calcetines y aunque cada día es más frecuente observar como incluso en esta fría estación hay caballeros que visten calcetines de color, lo más frecuente, que no por ello lo más correcto, es que sigan siendo los colores oscuros

los protagonistas de esta estación.

Durante el verano los calcetines dejan de resultar imprescindibles y hay zapatos que cobran una especial belleza cuando se calzan sin ellos al mostrarse en todo su esplendor. No obstante, aquellos caballeros que quieran optar por calcetines deberán escoger los que contengan tonalidades más alegres y, de ser posible, que posean el color de alguna otra prenda del conjunto.

Se intentará evitar durante la primavera y el verano la vestimenta de zapatos con calcetines negros. Si los calcetines negros casi nunca son la mejor opción, con zapatos de verano están totalmente prohibidos. Pocas cosas hay menos estilasas que vestir unos náuticos con calcetines negros.

Si en invierno los clásicos chinos de colores oscuros o caqui o incluso los vaqueros azules son una perfecta alternativa para vestir de sport, estos deberán guardarse durante la primavera en el armario hasta la llegada del nuevo otoño. El espacio por ellos dejado en el armario lo ocuparán vaqueros y chinos pero de colores más alegres como el rojo, el verde oliva o el púrpura. Los vaqueros blancos en primavera son otra buena opción que resulta muy fácil de combinar.

Una de las prendas que menos cambio sufre en cada estación en cuanto a diseño y color se refiere es la camisa; solo varía de manera importante su composición. Durante las estaciones de calor hay tejidos mucho más frescos para vestir que los utilizados en pleno invierno y que además aportan mayor comodidad. Por ello, el calor se convierte en el perfecto aliado de aquellos caballeros que quieren regalarse el suave tacto que proporcionan las camisas de hilo. Si no se quiere vestir una camisa, ni siquiera de forma algo remangada, se podrá en aquellas ocasiones más informales llevar polos de manga corta.

El color y la composición de las chaquetas de sport también debería cambiar de una temporada a otra. Si en invierno los colores oscuros eran los protagonistas, en primavera colores como el azul cielo, el verde pistacho o incluso el rojo pálido serán siempre una buena elección para aquellos caballeros que quieran también vestir elegantemente durante el verano. Los tejidos de tweed o de franela dejarán, igualmente, paso a otros más frescos como el hilo.

Algo en lo que coinciden todas las estaciones del año es en la obligatoriedad de acompañar a la chaqueta de un pañuelo de bolsillo. Si bien el colorido y los diseños de este variarán según la época del año, su uso resulta siempre obligatorio.

El colorido de cada estación deberá también transmitirse a los pequeños detalles como el cinturón o a complementos como el mismo reloj. Los cinturones de trenzados alegres o aquellos de lona con algún color vivo siempre combinarán mejor con el resto de prendas en verano. Por el contrario, los cinturones con trenzados oscuros o los de cuero favorecerán más al atuendo de invierno. Igualmente, los tan actuales relojes de alegres colores o aquellos con brazaletes de caucho recordarán al caballero que se encuentra en la estación estival.

Todo esto explica de alguna manera por qué la forma de vestir y los colores que escogen los caballeros del sur de Europa y los del norte son tan diferentes. Resulta francamente interesante prestar atención y observar como esos colores y finalmente la forma de vestir de la mayoría de los caballeros de cada país refleja la personalidad de cada lugar.

Los *Casual Fridays*

«Cualquier hombre puede estar de buen ánimo y temperamento cuando está bien vestido.»

Charles Dickens

AUNQUE EL CÓDIGO DE VESTIMENTA EN LOS LUGARES DE TRABAJO SE HA relajado mucho en los últimos años, todavía el uso de la corbata sigue estando muy presente. Sin embargo, no son tantos los lugares de trabajo donde la vestimenta del clásico traje de dos piezas siga siendo obligatoria durante toda la semana.

La oferta de prendas de caballero hoy existente permite que se pueda vestir de forma elegante sin necesidad de ir uniformado con un traje de lunes a viernes. Así pues, el hecho de que el viernes se permita prescindir del traje convencional no deja de ser un guiño para que los caballeros más elegantes saquen de sus armarios sus chaquetas de sport.

Como se estudiará cuando se hable del chaqué o como ya se ha hecho al hacerlo de la blazer, casi todas las prendas del armario del caballero surgen en un momento histórico concreto para dar respuesta a una necesidad determinada.

Conforme pasa el tiempo esas prendas se van adecuando a las circunstancias concretas de cada época evolucionando en sus diseños pero manteniendo la esencia con la que fueron creadas.

Algo parecido ha ocurrido con los *Casual Fridays*. En el estado americano de Hawái, la autorización hace ya más de cincuenta años de vestir en camisa en los lugares de trabajo como remedio al intenso calor ha dado como resultado que hoy en muchos países se reserve el viernes para esos atuendos informales que no requieren de corbata.

En concreto, fue en 1946 cuando la Cámara de Comercio de Honolulu financió un estudio sobre la conveniencia de vestir, incluso en el ambiente laboral, las típicas camisas hawaianas durante sus cálidos veranos. Tras hacerse públicas las conclusiones del estudio, tanto en la ciudad como en la región de Honolulu se permitió oficialmente a sus trabajadores vestir este tipo de camisas desde junio a octubre.

Ya en 1962, la asociación hawaiana conocida como Hawaiian Fashion Guild promocionó la vestimenta de la camisa hawaiana como una parte imprescindible del uniforme de negocios. Dicha asociación distribuyó dos camisas a cada miembro del Parlamento y del Senado y, poco tiempo después, el Senado emitió una resolución recomendando que, debido a la comodidad de la camisa hawaiana y para apoyar la que por entonces era una de las principales industrias del país, se vistiera este tipo de camisas durante todos los meses de verano.

En 1965, esta misma asociación reclamó que durante el último día laboral de la semana todos los trabajadores nacionales vistieran la camisa hawaiana. Pocos años después, concretamente desde 1970, la camisa hawaiana se acepta en todo el estado de Hawái como parte de la indumentaria de trabajo de cualquier día de la semana.

Esta recién nacida costumbre hawaiana de prescindir de la corbata saltó al estado de California y desde allí y con ayuda de la conocida como «generación.com» se extendió a todo el planeta. Su gran aceptación hizo que pronto el término *Casual Friday* sirviera para denominar la forma de vestir del último día de la semana laboral.

A pesar de que un día a la semana se permita dejar en casa la corbata esto no significa que esta pueda cambiarse por unos vaqueros desgastados, unas zapatillas y una camiseta. Al contrario, los caballeros deberán prestar más atención, si cabe, a su vestimenta y deberán escoger con cuidado qué chaqueta, qué pantalón y qué zapatos vestir ese día de la semana.

Las chaquetas de sport tienen la enorme ventaja de aportar el grado determinado de formalidad que cada caballero quiera imprimir a su conjunto. Así, combinándolas con unos vaqueros de corte clásico se conseguirá un *look* informal pero a la vez elegante, y con un jersey de pico y una corbata se podrá asistir perfectamente vestido a una reunión de negocios.



Entre la enorme oferta existente de chaquetas para vestir el viernes se pueden encontrar unas poco armadas y de corte juvenil orientadas a las ocasiones menos formales, y otras cuya belleza y trabajo realizado en ellas es incluso superior a los de cualquier chaqueta de traje.

Un *Casual Friday* puede resultar particularmente elegante de optar por una chaqueta tipo tweed, un jersey de pico, una camisa tipo Tattersall, unos pantalones de pana fina y unos *full-brogue* marrones.

Los *Casual Fridays* son el mejor momento para que el caballero escoja esa camisa a cuadros que tanto le gusta pero que no viste al no ser los cuadros apropiados en los lugares de trabajo.

La elección de los pantalones deberá hacerse sin olvidar que, a pesar de ser viernes y poder vestir de una manera más relajada, este día sigue formando parte del horario laboral y se estará en contacto con compañeros y personal externo como en cualquier otra jornada.

Por ello, habrá que dejar en casa aquellos pantalones más apropiados para los ambientes más lúdicos y decantarse por los de corte y diseño más formal.

Hay pantalones iguales o más cómodos que unos vaqueros, como los pantalones de pana, que resultan francamente elegantes si se combinan correctamente con una chaqueta de sport o incluso, si se prefiere, con un sencillo jersey. De hecho, y aunque vestir una chaqueta no debería suponer mayor esfuerzo a ningún caballero, no es necesario ni siquiera llevarla para acudir a la oficina de una manera elegante. Un sencillo pantalón de pinzas, una camisa, un jersey y unos zapatos bien escogidos pueden dar como resultado un conjunto muy adecuado para un *Casual Friday*.

Los *Casual Fridays* permiten al caballero sacar de su armario diferentes tipos de zapatos. Sabiendo combinarlos con el resto del atuendo se podrán escoger desde unos mocasines hasta unos zapatos de hebilla de piel vuelta. De optar, por ejemplo, por una blazer azul marino con unos pantalones grises o una chaqueta de tweed con unos pantalones de pana, el caballero podrá elegir entre innumerables modelos y colores de zapatos.



Unos zapatos bien escogidos pueden dar como resultado un conjunto muy adecuado para un *Casual Friday*

Ya sea con un *look* más formal, o con otro de gran sencillez, resulta importante no olvidar que, aunque se trate de un viernes y en el lugar de trabajo se aplique el *Casual Friday*, debe cuidarse la vestimenta y no acudir a trabajar con la misma ropa con la que se vestiría en un bar con los amigos.

La vestimenta
de estar por casa

«Vestidos para el desayuno, las cenas y las galas; vestidos para sentarte, posar y caminar; vestidos para bailar, flirtear y hablar; vestidos para sencillamente hacer nada; vestidos para el invierno, la primavera, el verano y el otoño.»

William Allen Butler

EL RITMO ALOCADO DEL TIEMPO CON EL QUE LA MAYORÍA DE LOS SEÑORES tienen hoy que convivir impone dejar de lado costumbres que no hace muchos años formaban parte del ritual de todo caballero.

Atrás parecen haber quedado los días en los que con un pijama y una bata se tomaba el desayuno mientras se leía el periódico antes de salir de casa para cumplir con las ocupaciones diarias. Hoy, en la mayoría de los hogares del mundo, esto es solo una foto del pasado y apenas se dedica tiempo a la liturgia del desayuno, ni siquiera ya durante los fines de semana.

Algo similar ocurre cuando llega la hora de la cena. El sofá ha sustituido a la silla del comedor, la televisión a la conversación y la bandeja al mantel. Hasta la popular imagen de Sherlock Holmes desayunando con su particular atuendo de estar por casa parece ser ya solo una imagen del recuerdo.



Esa elegancia perdida debería recuperarse cuanto antes para con ella recuperar también cierta calidad de vida. Hay pocos placeres para un caballero como el que proporciona, después de una larga jornada de trabajo y la correspondiente ducha, vestirse con un pijama recién planchado y una bata de seda, y volver a retomar ese capítulo del libro que nos dejó en ascuas la noche anterior.

Todavía quedan caballeros que saben de la importancia de estar correctamente ataviados en todo momento y circunstancia y para los cuales su casa no representa ninguna excepción. Aun cuando sepan que no esperan visita y que estarán solos o en familia, el

ritual del baño, la limpieza de la cara y el vestirse para el descanso es una rutina diaria que no olvidan y que realizan con gran placer.

En caso de romper alguna vez la tranquilidad de un hogar sin ser esperados y ser recibidos por un caballero vestido como si tuviera la seguridad de que iba a ser molestado, sin lugar a dudas se estará delante de un señor elegante y seguramente también de todo un caballero.

Un caballero vestirá de una forma determinada porque haciéndolo así se encuentra a gusto consigo mismo y nunca lo hará con la intención de impresionar a nadie. La elegancia es una filosofía de vida y esta debe mostrarse en toda situación y lugar. De poco vale acudir a reuniones de trabajo vistiendo de una forma impoluta si al llegar a casa y desprenderse del traje aquel elegante caballero se queda ahora en camiseta, calzoncillos y una zapatillas de estar por casa con suela de goma.

El gesto de ponerse el pijama es la señal clara de que el día llega a su fin y de que es el momento del merecido descanso. Descanso que será todavía más placentero si se hace de forma cómoda y elegante.

La mayor o menor comodidad de un pijama la determina, en gran medida, además de su diseño, el material con el que esté confeccionado; de ahí que sea tan importante su elección. El tejido del pijama es el responsable de aportar por un lado confort y por otro la temperatura deseada por cada caballero.

Los pijamas de seda resultan extremadamente cómodos por su textura y ligereza y son susceptibles de usarse tanto en verano como en invierno. Los caballeros más frioleros siempre podrán optar por pijamas confeccionados con materiales como el algodón, la franela o la siempre exclusiva cachemira.

Quizá debido a que cada vez más los pijamas se reservan solo a las horas de sueño, la variedad de los mismos no es tan extensa como la de otras prendas. A pesar de ello, todavía existen diferentes diseños de cuellos o puños entre los que escoger según sean las preferencias de cada caballero.

Se deberá huir de los pijamas cuya parte superior sea similar a un jersey y optar por las camisolas con botones. Estos pijamas, además de ser más cómodos y ligeros, resultan infinitamente más elegantes. Otra posibilidad, la camisa de dormir, predominante hasta los años treinta, sigue contando hoy con un buen número de adeptos.

Los estampados de los pijamas son infinitos, pero ningún caballero se equivocará si escoge uno a rayas. Una opción muy elegante, y todavía posible si se acude a alguna casa de pijamas a medida, es escoger el pijama, la bata y los bóxers de idéntico estampado.



La bata es otra de esas prendas que debería formar parte del armario de todo caballero que se precie como tal. Si bien la seda sigue siendo el tejido preferido por su tacto, no hay que olvidar que cualquier mancha en ella obligaría a pasar por la siempre temida tintorería.

Hay prendas cuyo uso continuado les otorga un sabor especial y los diferentes avatares a los que su portador se ha tenido que enfrentar con ella hacen que se les tenga un especial cariño. El uso limitado que de esta prenda se hace consigue que no se rompa fácilmente y pueda permanecer muchos años en un rincón predilecto del armario del caballero.

Para terminar con el análisis del atuendo con el que todo caballero debería contar para estar en casa hay que mencionar nuevamente sus zapatillas.

Todas las casas de zapatos de renombre incluyen en su colección diversos tipos de zapatillas para estar en casa. Sin embargo, las más elegantes siguen siendo siempre aquellas que, abiertas o cerradas por el talón, están elaboradas en piel. Las reinas de las zapatillas de estar por casa son las ya estudiadas *slippers*; en particular el modelo Albert. Sus suelas de cuero son las perfectas compañeras para las casas de campo, cuyos suelos son más fríos y duros que los de las casas de ciudad. No obstante, a pesar de que pueden resultar algo excesivas para llevarlos en un piso, son siempre una acertada opción.

Aquellos caballeros para quienes la elegancia es una filosofía no faltarán a su ideal si en la tranquilidad de su casa su atuendo está formado por una bata de cachemira, un pijama de seda y unas *slippers* Albert. Con seguridad este conjunto les acompañará de forma elegante y cómoda en su merecido descanso.

CAPÍTULO III

Vestir de etiqueta

El frac,
el exponente máximo de la formalidad

«Con un abrigo de etiqueta y un frac, cualquiera, hasta un corredor de bolsa, puede lograr que se le califique de civilizado.»

Oscar Wilde

EN EL CAPÍTULO INTRODUCTORIO, AL HABLAR DE LA EVOLUCIÓN DE LA vestimenta formal se apuntaba que vestir de chaqué en la época victoriana y eduardina era la práctica habitual entre los caballeros de entonces, sobre todo cuando una señora estaba presente. Solo en su ausencia y siempre sin luz solar los caballeros podían optar por un esmoquin.

Igualmente, se indicaba que antes de la Primera Guerra Mundial y en el periodo de entreguerras el frac era considerado como el atuendo formal por excelencia para vestirse después de las seis de la tarde. Una vez terminada la Primera Guerra Mundial, los estándares de formalidad se empiezan a relajar y ya hoy el frac se reserva solo para actos de gran solemnidad, como actos académicos, diplomáticos o ceremonias presididas por reyes.

Aunque en la actualidad la vestimenta del chaqué por parte del novio y los testigos está aceptada independientemente de la hora en que tenga lugar la celebración, si se desea vestir en ese día de la manera más purista posible, la elección del frac tanto en el caso del padrino como en el del propio novio se antoja obligatoria después de las seis de la tarde.

Según los archivos de la mítica publicación *Apparel Arts*, concretamente en su número de invierno de 1932, la aparición del frac se sitúa a comienzos del siglo XIX. *Apparel Arts* ha sido una de las revistas sobre vestimenta masculina más importantes de cuantas han existido; tras su aparición en 1931 y después de ser publicada durante muchos años por Esquire Inc., en 1958 adquiere el nombre de *Gentlemen's Quarterly*, actual *GQ*.

Apparel Arts estaba dirigida principalmente a grandes almacenes y fábricas de tejidos y era utilizada por los dependientes de las diferentes tiendas y sastrerías para aconsejar a los caballeros sobre cómo y qué vestir. Todavía hoy el estudio de sus ilustraciones resulta obligado para conocer, además de la vestimenta adecuada para cada lugar y ocasión, para entender también el porqué de cada prenda y la mejor forma de combinarla.



© Album

Muchas de las prendas que han llegado a nuestros días, así como su corte y su vestimenta, tienen su origen en el campo militar. Por ejemplo, durante la guerra de la Independencia española era normal que los militares usaran faldones en sus abrigos de batalla y que dichos abrigos también los acompañaran en su indumentaria de tarde-noche. Fue la propia batalla la que hizo que se cosieran en la parte trasera dos botones para, además de sujetar a ellos la espada, poder asimismo, llegado el momento, desabotonar los faldones inferiores del abrigo para que no molestaran y conseguir así mayor libertad de movimientos.

Igualmente, parece estar probado que a mediados del siglo XVIII el clásico abrigo largo resultaba muy molesto para montar a caballo y se le quitó su parte delantera para que no estorbara durante las muchas horas que los caballeros de la época pasaban a lomos de sus equinos. La parte trasera del abrigo se conservó al abrirse por la mitad y descansar los faldones por los costados del caballo, no afectando a la movilidad del jinete.

El hecho de que, por un lado, los caballeros de la época prestaran gran atención a su manera de vestir independientemente del momento y de la situación en que se encontraran y, por otro, de que en aquellos tiempos la única forma de desplazarse de un sitio a otro fuera a caballo obligaba a que la ropa se diseñara pensando en que esta debería también llevarse sobre una silla de montar. Y es aquel abrigo original que más tarde se cortará por su parte delantera manteniendo su trasera el que dará origen a la actual levita del frac.

Si la levita del frac tiene sus orígenes en el mundo ecuestre, el frac como atuendo formado por diferentes prendas se debe al que para muchos ha sido el gran dandi de todos los tiempos: George Bryan Brummel, quien hizo de aquel conjunto su atuendo por excelencia.

George Brummel, al contrario de lo que se estilaba en su época, dejó de lado los estampados y la ropa de color para hacer del negro y el blanco su tarjeta de visita. Su gran influencia en la élite londinense consiguió que la gran mayoría de sus paisanos adoptasen esta sobriedad en sus conjuntos, sobriedad que todavía se mantiene de alguna forma en el *gentleman* inglés. Quizá esto explique por qué todavía el frac, máximo exponente de la vestimenta formal, solo admite los colores blanco y negro para adornar las prendas que lo forman.

Ninguna prenda del frac puede contar con diseño alguno. Solo los colores sólidos blanco y negro son admitidos. La chaqueta será de color negro o de un azul marino muy oscuro, similar al negro, denominado *midnight blue*; color este último muy popular en los fracs de los años treinta.



La chaqueta se extenderá hasta la parte trasera de las rodillas, y sus solapas serán de seda de raso y finalizarán en pico. Si bien la chaqueta siempre será de terminación cruzada, nunca se abotonará para poder mostrar el chaleco. Contará, igualmente, con seis botones, tres a cada lado. Aunque los botones pueden estar forrados siempre resultan más elegantes en algún material natural. Llevará cosidos tres botones en las mangas, los cuales estarán algo más separados entre sí que en los trajes normales.

La chaqueta por su parte frontal se estrecha violentamente en la cadera, terminando en forma de pico; contará con dos botones traseros y llevará cosido un bolsillo para mostrar el obligado pañuelo de bolsillo.

El chaleco será blanco y podrá ser tanto de hilera sencilla como cruzada. Si bien tanto en el chaqué como en los típicos trajes de chaqueta el chaleco cruzado resulta más elegante, en el caso del frac ambos son de una gran factura.

Al contrario que el chaleco de hilera sencilla del chaqué que cuenta con varios botones y se abotona a lo largo de todo el torso, el del frac se abotonará en la parte inferior del mismo; concretamente a la altura de la cintura del pantalón. Contará con tres botones forrados de seda y será lo suficientemente largo como para no permitir mostrar camisa alguna entre este y el pantalón. Si bien durante la época dorada del frac las solapas del chaleco de hilera sencilla adoptaban infinidad de formas, hoy son las redondeadas las más populares.

Aquellos caballeros que prefieran el chaleco cruzado deberán optar por aquellos con dos botones a cada lado, pudiendo terminar su extremo inferior en forma recta, redondeada o en pico.

La camisa cobra una importancia extra en el frac ya que al no cerrarse la chaqueta y al abotonarse el chaleco en su parte inferior, se muestra una gran parte de ella. La camisa más elegante para el chaqué es la blanca lisa, de piqué y algo acartonada en la parte del torso.

Al contrario que el resto de las camisas, la del frac no deberá mostrar al exterior más de dos botones. Por ello, algo francamente recomendable además de elegante es huir del clásico frontal de botones y ojales y optar por una camisa que sin contar con ojal alguno se valga de alguna botonadura forrada (*studs*) para cerrar la camisa. Según sean los *studs* escogidos para el frontal de la camisa, así deberían ser los de los gemelos. En caso de escoger algún metal precioso para la botonadura esta resaltará con seguridad sobre el blanco de la camisa y será el único complemento, junto a la flor de la chaqueta, con el que poder introducir cierto color al conjunto final.

Otra característica diferenciadora de la camisa de frac es su cuello. Conocido como cuello *wing collar* o cuello diplomático, se caracteriza por elevarse las puntas de forma visible a lo largo del cuello del caballero y por quebrarse estas en su parte frontal. Es un cuello de gran anchura que sobresale visiblemente por la parte trasera de la chaqueta.

Aunque hoy resulta frecuente observar fracs acompañados de camisas con cuellos estándar del tipo *turn-down*, el cuello diplomático resulta siempre además de más elegante también más acorde con la formalidad de este atuendo y su tradición.



Los puños de la camisa se adornarán con gemelos, siendo el puño conocido como *link cuff* el más sencillo, fino y adecuado para este atuendo. Los puños, al igual que en el caso del resto de conjuntos donde esté presente una chaqueta, deberán sobresalir de esta. Es el contraste del negro y el blanco el responsable, en gran parte, de la belleza final del conjunto.

Si la elección de una pajarita blanca con un esmoquin resulta de lo más inapropiado, con la vestimenta del frac se convierte en algo obligatorio. Será de seda, de una tonalidad blanca lo más parecida a la del chaleco y se anudará de forma manual y sin ningún tipo de ayuda artificial. Por ello, es necesario huir de las pajaritas prefabricadas con forma y dimensiones predefinidas.

Las terminaciones de las pajaritas pueden ser de muchas formas y dependerá de la habilidad y del gusto de cada caballero optar por una u otra. Así, existe la posibilidad de anudarse la pajarita con sus extremos en forma puntiaguda, redondeada o incluso hacerlo de tal modo que solo un extremo termine con forma, terminación muy de moda en los años veinte en Inglaterra. Sin embargo, con el frac la pajarita tipo *semibutterfly* con sus dos extremos iguales y con terminación en línea recta resulta siempre la más apropiada.

Los pantalones no llevarán vuelta y, a diferencia de los de esmoquin, que cuentan con una costura lateral de seda, los pantalones del frac llevarán no una sino dos finas franjas. Se sostendrán con el uso de tirantes y al igual que ocurre con el chaqué se vestirán en la cintura y no en la cadera. Contarán con doble pinza y dos bolsillos laterales. La portañuela no llevará cremallera alguna y en su lugar se coserán los obligados botones.

Los calcetines deberán ser negros y lisos. Si bien en la mayoría de los conjuntos se puede introducir alguna nota de color en los calcetines, en el frac la necesidad de mantener el negro y el blanco como colores para todo el atuendo obliga a dejar de lado cualquier otro color en los calcetines que no sea el negro.

Los zapatos serán también negros, pudiendo escoger unas *opera pumps* o unos Oxford lisos con terminación brillante tipo charol. Aunque lo más elegante y protocolario sigue siendo vestir las *opera pumps*, estas tienen el inconveniente de que al no quedar ajustadas puedan terminar desprendiéndose de los pies. Para no correr riesgos, habría que decantarse por unos Oxford, siempre de charol y con cordones de seda planos. Esta terminación resulta más apropiada y elegante que los Oxford en tono mate para acompañar a un frac. A pesar de ello, es de justicia admitir que las *opera pumps* resultan más elegantes y apropiadas con la vestimenta de un frac.



Si el tiempo así lo obliga se escogerá un abrigo de color azul marino o negro y con hilera cruzada. Aquellos caballeros que atiendan de forma rigurosa a la tradición más purista inglesa deberán protegerse del frío con un abrigo cuyas solapas sean de pelo de visón. Si no se necesita buscar tal grado de formalidad, un sencillo abrigo negro largo tipo Chesterfield de hilera cruzada es una opción perfectamente válida.

Si los complementos son de gran importancia en toda la vestimenta masculina, los designados para acompañar al frac deben cuidarse con especial atención. En los tiempos en los que vestir un frac era parte de la rutina diaria del caballero, también el sombrero formaba parte indisoluble del conjunto. Sin embargo, hoy el sombrero recargaría un conjunto que ya de por sí resulta llamativo al vestirse en contadas ocasiones.

Si hace ochenta años ningún caballero se sorprendería de cruzarse con otro vistiendo de frac y con sombrero, hoy esto sería cuando menos una temeridad. Si en los años treinta no se vestía como en los de principios de siglo, parece lógico que hoy, en el siglo XXI, se deban hacer algunas salvedades a lo que en otros años era costumbre. No obstante, no por ello deja de ser importante reconocer que durante los años treinta y cuarenta la vestimenta masculina alcanzó la cúspide del concepto de elegancia y si hoy todavía queda un mínimo de clase en el atuendo masculino se debe a lo que aportaron aquellos años dorados a la forma de vestir del caballero.

Para aquellos señores que a pesar de esta recomendación no quieran dejar de acompañar al frac de un sombrero deberán hacerlo de uno de color negro de copa alta de seda. Si el frío obliga a llevar guantes, estos deberán ser de color blanco o moca.

No se puede olvidar que los conjuntos de la vestimenta estricta formal, esto es el chaqué y el frac, nos acompañan desde hace muchos años y, por lo tanto, son los complementos del siglo XIX los que mejor combinan con ambas prendas. Así pues, nunca con un chaqué o un frac debería llevarse un reloj de pulsera. Por el contrario, será un reloj de bolsillo, a ser posible de oro blanco o platino, el que debiese acompañar a estos dos conjuntos formales.

Un discreto clavel blanco o una gardenia del mismo color se antoja obligatorio con el frac. Al contrario de lo que ocurre con las flores del esmoquin, nunca un frac podrá ir acompañado de una flor de color; a pesar de que con seguridad Eduardo VIII, duque de Windsor, discreparía ante tal afirmación.

Si un clavel blanco es necesario en la solapa del frac de cualquier señor con un mínimo de gusto, aquel caballero que no ocupe el bolsillo de su chaqueta con un pañuelo blanco de lino, que no de seda, con seguridad mostrará al respetable que es la primera vez que viste un frac. A pesar de esta indicación, puede ocurrir que en caso de haber heredado un frac de comienzos de los años treinta este carezca de bolsillo. Si así fuera, será suficiente y comprensible por todo caballero entendido acompañar la solapa solo con una discreta flor blanca.

Todo caballero debería experimentar alguna vez en su vida lo que se siente vistiendo la prenda más formal, elegante y masculina de cuantas han existido en el armario del caballero durante los últimos dos siglos. Si resulta francamente difícil encontrar a una novia que el día de su boda no esté espléndida, igual de difícil es dar con un caballero que a pesar de sus limitaciones físicas, baste como ejemplo Fred Astaire, no se vea enormemente realzado vistiendo un frac.

El chaqué,
el atuendo del novio por excelencia

«Conoce primero quién eres y vístete después en consecuencia.»

Epicteto

UNA BODA ES UN EVENTO DE MÁXIMA IMPORTANCIA Y AUNQUE LA GRAN protagonista sea siempre la novia, el novio, por respeto a ella y por consideración a los invitados, debe hacer un esfuerzo especial en la elección de su atuendo.

Antes de analizar el atuendo correcto para tan importante día, se debe establecer una distinción entre lo que se considera como día y noche, ya que dependiendo de la hora en que se celebre el enlace se vestirá de una forma u otra.

Una boda se celebrará de día, y consecuentemente se vestirá según el protocolo de mañana, cuando la ceremonia tenga lugar antes de que caiga el sol o antes de las seis de la tarde. En caso de conflicto entre ambos momentos habrá que atenerse a lo que primero ocurra.

Como nota anecdótica debe recordarse que esta distinción entre día y noche viene de la época preindustrial, cuando el uso de caballos para desplazarse de un lugar a otro era lo más habitual. El contacto con los caballos hacía que la ropa a lo largo de la jornada laboral terminara cogiendo un cierto olor desagradable. Por ello, los caballeros al llegar a su casa se aseaban y se cambiaban de ropa para cenar. Esa ropa limpia con la que se vestían para sentarse a la mesa se denominaba coloquialmente *evening clothes*, y se caracterizaba por su alto grado de formalidad.

A la hora de afrontar un evento tan importante como una boda, el caballero puede decantarse por tres opciones, dependiendo del grado de formalidad que quiera imprimir a su atuendo y al evento en sí.

Si lo que busca el caballero es la máxima formalidad, deberá fijarse solo en aquellos atuendos que forman parte del *formal dress*, también conocido como *full dress*. Esto es, deberá decantarse por vestir un chaqué o un frac. La elección de uno u otro dependerá de la hora en que se celebre la boda. De celebrarse antes de las seis de la tarde y con luz solar, el chaqué será el atuendo adecuado. Por el contrario, de tener lugar la celebración después de esta hora o en ausencia de luz solar, será entonces el frac la prenda conveniente.



El chaqué, el atuendo
del novio por excelencia

Si bien la vestimenta de una de estas dos prendas sigue siendo, conforme a protocolo, lo más correcto y se debería intentar vestir una de ellas siempre que las circunstancias lo permitieran, el uso continuado del chaqué ha hecho que dicha prenda se vista incluso en aquellas celebraciones que tienen lugar de noche.

Si los novios han decidido que no buscan tal seriedad en su enlace siempre podrán decantarse por la opción semiformal, en la que el novio vestirá un correcto *stroller*; prenda considerada como de «media-etiqueta» en España.



Si los novios han decidido que
no buscan tal seriedad en su
enlace, siempre podrán
decantarse por la opción
semiformal, en la que el novio
vestirá un correcto *stroller*

Si ni el frac, ni el chaqué, ni el *stroller* son del gusto del novio o sencillamente su idea de boda no considera al atuendo como parte importante de dicho evento, siempre podrá decantarse por un conjunto informal teniendo en cuenta que en este contexto el término «informal» sigue exigiendo el uso de corbata y traje.

El chaqué es la prenda más antigua de todas las usadas en bodas. Aunque este conjunto se creó para que lo llevaran los caballeros en los actos formales que se celebraran de día, hoy, la vestimenta del chaqué, exceptuando algunas recepciones oficiales, diplomáticas o comidas de Estado, se reduce casi en exclusiva a las bodas.

El chaqué es un conjunto formal que lleva en el armario de los caballeros casi doscientos años y al que por su propia naturaleza carece de sentido introducirle modificaciones tanto en su aspecto como en las prendas que lo componen. Por ello, un chaqué debería siempre estar compuesto por una levita, un chaleco, un pantalón a rayas grises y negras, una camisa, una corbata, unos tirantes y unos zapatos oscuros.

Las primeras levitas no contaban con botón alguno en su parte frontal para poder abotonarse. Por el contrario, tenían dos ojales, uno a cada lado, que se cerraban con una especie de gemelos. Hoy, las levitas cuentan con un ojal a un lado y un botón al otro. Igualmente, existen levitas, siempre más elegantes, que tienen cosido un doble botón gemelo para permitir unir ambos lados.

La levita será de hilera sencilla, se prolongará en su parte trasera hasta la altura de la rodilla y sus solapas terminarán en forma puntiaguda.

Solo los colores negro y gris son admitidos para esta chaqueta, siendo el clásico chaqué de levita negra y pantalón a rayas grises y negras siempre más formal. Tradicionalmente, cuando el uso del chaqué no se reducía solo a ocasiones puntuales, como ocurre hoy, la vestimenta del chaqué gris estaba considerada como algo demasiado informal y solo era apto para asistir a las carreras de caballos.

Como anécdota, cabe señalar que el chaqué gris hasta hace no mucho tiempo podía ser incluso objeto de burla. Concretamente en la celebración de las famosas carreras de Ascot, el duque de Windsor, en su constante afán de innovar, sorprendió a los invitados del exclusivo Royal Enclosure vistiendo un chaqué gris. Fueron tales las miradas que los miembros de este prestigioso recinto le reservaron que su padre le prohibió la entrada al mismo con aquel chaqué. El entonces príncipe de Gales obedeció a razones y al día siguiente compareció ante los demás asistentes con la levita negra como mandaba la tradición.

Si se optara por el color gris para el chaqué habrá que tener en cuenta que solo puede ser utilizado en celebraciones de mañana y a ser posible en aquellas más soleadas. En este caso, tanto la levita como el chaleco y el pantalón deberán ser además de grises también del mismo tono de gris. El color gris más apropiado para el chaqué sigue siendo el tipo *oxford* o el gris medio.

El gris *oxford* es un gris muy oscuro que podría pasar perfectamente por negro. El uso del gris *oxford* es muy recomendable en países soleados al proyectar la luz mejor incluso que el negro. El gris medio es un gris de tonalidad más clara que resulta muy favorecedor para vestirse en las bodas de día en las que también haya mucha luz solar.



Resulta importante recalcar nuevamente que si bien el clásico chaqué de levita negro y pantalón gris a rayas puede ser usarse tanto durante el día como durante la tarde, el chaqué gris solo se podrá escoger cuando la celebración se celebre por la mañana.

Fuera de estos dos colores, y por más que se empeñen los gurús de la moda, no existen otras alternativas posibles para este clásico atuendo. Por ello, si alguien aconsejara un chaqué de color azul marino o incluso uno a rayas diplomáticas su recomendación debería ser rechazada de plano.

Con el clásico chaqué de levita negra los pantalones serán los clásicos *cashemere stripes* de rayas negras y grises. A pesar de recibir dicho nombre, estos pantalones están confeccionados en algodón y no en cachemira.

Un detalle característico de estos pantalones es que nunca llevan vuelta. No se debe olvidar que el chaqué es de los atuendos más formales que existen en la actualidad y la vuelta no deja de ser un detalle informal, por lo que no debería contemplarse como terminación del pantalón para este conjunto.

El trabajo de mantener los pantalones en el lugar correcto será responsabilidad de los tirantes y nunca se utilizará con el chaqué cinturón alguno. Por ello, los pantalones del chaqué no deberían contar con pasadores en la cintura para introducir por ellos dicho cinturón. Cosiendo unos sencillos botones interiores, se anudarán los tirantes y ya no habrá que preocuparse de ajustarse el pantalón cada determinado tiempo.

Que los pantalones siempre se mantengan en su sitio sin que estos terminen cayéndose es de extrema importancia en un chaqué. De no hacerse así, el pantalón se deslizará por debajo del chaleco mostrando consecuentemente la cintura del pantalón, algo que deslucirá en gran medida el conjunto final. Unas pletinas laterales, además de aportar un elegante efecto visual, pueden ayudar a ajustar más el pantalón si ese es el deseo del caballero.

El chaqué, como la mayoría de las prendas formales del atuendo masculino que han llegado a nuestros días, tiene su origen en el Reino Unido. Por ello, no deberá extrañar observar que sus pantalones cuentan con pinzas inglesas, o lo que es lo mismo, pinzas que, como ya hemos explicado, al contrario que las españolas e italianas se abren hacia dentro y no hacia fuera.

La tercera prenda imprescindible en todo chaqué es el chaleco. Este puede ser de hilera sencilla o cruzada. Aunque ambos son admisibles, el chaleco cruzado es infinitamente más elegante.

En los chaqués de levita negra el color del chaleco deberá ser más claro que esta. Así pues, un gris claro, un crema amarillo o un azul pálido son siempre opciones acertadas. Por el contrario, se deberá huir de los estampados tipo fantasía o de los colores que hagan olvidar que estamos ante una vestimenta estrictamente formal.

El lino es el tejido que mejor resultado proporciona al chaleco. También existen otras opciones menos clásicas pero no por ello menos correctas, sobre todo en invierno, como son los chalecos de lana o de *boxcloth*. Si se ha optado por el chaqué gris, el chaleco deberá ser del mismo material y color que la levita y los pantalones.

La vestimenta de un chaleco, ya sea en un traje de tres piezas o en un chaqué, permite llevar la chaqueta abierta sin que por ello se esté haciendo algo incorrecto. De hecho, la levita queda más elegante abierta al mostrar toda la belleza del chaleco.

Si bien la novia es fácilmente reconocible por vestir solo ella de blanco, el novio debería igualmente distinguirse por su atuendo. Así pues, el novio debería asegurarse de vestir un chaleco de color diferente al de los testigos.

A la hora de escoger la camisa con la que acompañar al chaqué habrá que decidir primero qué aspecto se quiere imprimir a este. Si lo que se busca es un *look* próximo al de los años setenta, el futuro novio tendrá que optar por las camisas diplomáticas con cuello tipo ala. De decantarse el novio por este cuello debería acompañarlo por un «pañuelo» tipo Ascot y no por una corbata. Si bien esta opción es muy elegante, puede no ser entendida por el resto de los asistentes por lo que se deberá estar seguro de que los invitados están familiarizados con el protocolo del chaqué.



La levita queda más elegante abierta al mostrar toda la belleza del chaleco

© Getty

Aunque conseguir una camisa con un cuello almidonado desmontable es prácticamente imposible hoy de no acudir a una reputada camisería, se debería considerar esta opción para tan importante día al aportar al conjunto final una majestuosidad de la que carecen los cuellos estándar.

La camisa deberá ser blanca, azul claro o amarillo muy claro, manteniendo en todas ellas el cuello de color blanco. Solo el cuello blanco posee la formalidad que requiere este atuendo. A pesar de ser todas estas opciones elegantes y seguras, una camisa de rayas azules y blancas resulta, además de más actual, también más estilosa. Si se optara por esta última posibilidad sería conveniente que el cuello de la camisa fuera blanco y los puños del mismo color que el cuerpo de la camisa. Se elija una camisa de un solo color o una a finas rayas azules y blancas, lo fundamental es siempre huir de colores llamativos.

Con el objetivo de conseguir un aspecto refinado y acorde con la formalidad del atuendo al que acompaña, la camisa debería ser de puño doble. Unos gemelos sencillos tipo botón son una buena opción para adornar sus puños en una ocasión tan ceremonial como es una boda.

A la hora de escoger la corbata en tan señalado día, hay que recordar que la formalidad del chaqué obliga a elegir una corbata a la altura de este evento y no aquellas otras que podrán vestirse cualquier otro día en el lugar de trabajo.

Tradicionalmente el chaqué del novio ha ido acompañado de corbatas color plata u otras con mezcla de colores grises y negros. Si bien estas siguen siendo una buena opción, en caso de introducir algún color más vivo, que no llamativo, se estará aportando un *look* más juvenil y alegre sin por ello renunciar a elegancia alguna.

Si resulta recomendable buscar cierta seriedad y clasicismo en la vestimenta tanto del chaqué como de las prendas que lo acompañan, parece lógico que sea un nudo de corbata sencillo tipo *four in hand* el adecuado para este atuendo.

A la hora de pensar en los zapatos que acompañarán al chaqué no se puede obviar que si lo que se busca es vestir atendiendo a los cánones más tradicionales, solo las botas tipo Balmoral en negro deberían tener cabida. Si estas botas no convencieran al futuro novio, este no tendrá otra opción que decantarse por unos clásicos Oxford en negro y sin adorno alguno, o en todo caso solo una pequeña línea festoneada en la puntera. Ni los zapatos tipo *full* o *semi-brogue*, ni los de hebilla, ni aquellos de cualquier otro color que no sea el negro son aptos para acompañar un chaqué.

Si bien resulta prácticamente imposible encontrar caballeros que con el chaqué escojan calcetines que no sean negros, sería conveniente buscar otros que contuvieran alguna tonalidad gris y negra para, de esta forma, además de combinar mejor con el pantalón introducir cierto estilo al conjunto.

Nunca un chaqué estará completo si en él falta un pañuelo blanco de lino en la solapa de la levita. Si bien dicho pañuelo se puede mostrar en forma de «U» invertida, también puede optarse por una sencilla terminación en línea recta que no sobresalga más de un dedo del bolsillo.

Desgraciadamente, cada vez resulta menos frecuente observar a caballeros con el suficiente estilo y valor para portar una flor en el ojal de la levita. De reconocer la importancia de tan elegante detalle y escoger una, se debería huir de las flores prefabricadas para este tipo de ocasiones, al ser demasiado ostentosas. Es importante no

fijarlas a la solapa con ningún tipo de clip sino, por el contrario, introducirlas por el ojal de la solapa de la levita y hacer descansar el rabillo de la flor en el lazo cosido en su parte interior para tal propósito. Si no queremos buscar una flor que combine con la corbata ni robarle una al *bouquet* de la novia, un disimulado clavel blanco es siempre una opción segura.

Uno de los complementos que siempre aportará un toque de distinción al chaqué es un bonito reloj de bolsillo de época. De no poder contar con dicho reloj se deberá escoger uno sencillo de brazaletes de piel. Se opte por uno u otro, lo importante es evitar elegir uno de pulsera de llamativas dimensiones. Nuevamente, conviene recordar que un chaqué es una prenda clásica y, por lo tanto, los complementos deben estar a su altura.

Los sombreros tipo *top hat* son los indicados para esta celebración. Solo un consejo respecto a este: si no se está acostumbrado a llevarlo o los testigos no van a optar por él, mejor cuidar todos los demás detalles y dejar dicho sombrero para eventos más lúdicos como las carreras de Ascot.



Archivo personal del autor

Aunque a no pocos novios les pueda parecer que vestir un chaqué en su boda pueda ser algo que su círculo de amistades no entienda, la vestimenta de esta prenda, por norma general, es siempre lo más correcto y además, con seguridad, aportará distinción tanto al evento en su conjunto como al novio en particular.

La escasez de ocasiones en las que vestir un chaqué es algo obligatorio ha traído consigo que muchos caballeros no vean la necesidad de poseer uno y prefieran, llegada la ocasión, alquilarlo. En este caso, se deberá concienciar a las personas que opten por esta posibilidad de que al menos la camisa, el chaleco y la corbata no provengan de este tipo de establecimientos.

Si hay alguna prenda que no debería pasar nunca de moda, esa es el chaqué. Y si además se tiene en cuenta que un chaqué se puede adaptar fácilmente a esos kilos de más que inexorablemente el tiempo trae consigo, se debería pensar seriamente en contar con uno en propiedad y a ser posible uno hecho a medida.

El esmoquin,
la opción perfecta
para veladas festivas

«La dejadez en la vestimenta es un suicidio moral.»

Honoré de Balzac

DURANTE LOS AÑOS DE EDUARDO VII, PRÍNCIPE DE GALES E HIJO DE LA REINA Victoria de Inglaterra, las casas de la alta burguesía inglesa contaban con habitaciones separadas para las damas y para los caballeros, pudiendo estos últimos retirarse a fumar sin molestar a sus acompañantes femeninas con el humo. Como consideración a aquellas damas que no solían fumar, los caballeros se enfundaban al entrar en la habitación de fumar unas chaquetas conocidas como «chaquetas para fumar» o *smoking jackets*, de las que, tras abandonar esta dependencia, se desprendían, evitando así impregnar tanto el ambiente como su ropa de humo y molestar.

Debido al cariño que el príncipe de Gales cogió a estas chaquetas para fumar, en 1860 mandó a la prestigiosa sastrería Henry Poole & Co. confeccionarle una *smoking jacket* para que también pudiera lucirla en sus fiestas informales con sus amigos varones.

Aquellas primeras *smoking jackets* se vestían sobre el resto de la ropa y su uso se reducía a las casas de campo y a aquellos clubes privados que contaban con una dependencia aparte donde se custodiaban mientras esperaban a que acudiera nuevamente su propietario para usarla.

En la primavera de 1886, el príncipe de Gales invitó a cazar a su casa de Sandringham al multimillonario estadounidense James Potter, quien antes de realizar el viaje le preguntó al príncipe qué atuendo era el más adecuado para vestir durante las cenas. El príncipe de Gales no dudó en aconsejarle al señor Potter visitar Henry Poole & Co. y hacerse con una chaqueta similar a la que vestiría su anfitrión. Cuando el señor Potter regresó a su casa de Nueva York, la chaqueta que con él viajó desde Londres se popularizó muy rápidamente en el Tuxedo Park Club, club de millonarios con aficiones a la caza y a la pesca y sede en el área de Tuxedo; desde entonces se la conoce en Norteamérica con el nombre de *tuxedo* o *tux*. Su similitud con la chaqueta del esmoquin hizo que la denominación de *tuxedo* también sirviera para referirse al clásico esmoquin.



© Getty

En la época victoriana y en la eduardina el esmoquin, *dinner jacket* para los británicos, solo era apropiado para las ocasiones informales. Eran los años en los que el frac era el protagonista de toda reunión de caballeros que se celebrara después de las seis de la tarde y en la cual estuviera presente una dama. No era extraño que durante esa época los caballeros vistieran de frac incluso para sentarse a cenar en su propia casa.

En el periodo de entreguerras el frac se reservó para ocasiones de gran formalidad y fue entonces cuando el esmoquin se popularizó como atuendo para la tarde. En los años cuarenta y cincuenta, el esmoquin empezó a vestirse también para asistir a fiestas formales, cenas o funciones de teatro. Si bien su uso disminuyó en los años sesenta y setenta, en los ochenta resurgió, recuperando parte de su esplendor en determinadas zonas geográficas y en ciertos ambientes exclusivos.

Desgraciadamente, al contrario de lo que pasaba antaño, hoy no son muchos los caballeros que conozcan cuáles son los conjuntos adecuados para vestir en cada momento y lugar. Este hecho es todavía más destacable cuando se trata de vestir de manera formal.

Aunque hoy el esmoquin es considerado como una prenda formal esto no es del todo correcto. Como se apuntó en el capítulo introductorio, el esmoquin desde la época victoriana siempre formó parte del denominado atuendo semiformal ya que, si bien se utilizaba en ocasiones especiales, estas eran principalmente fiestas y actos lúdicos como entregas de premios. Solo después de la Segunda Guerra Mundial, con la disminución progresiva de su uso, se empieza a considerar como un atuendo formal.

A pesar de que no mucho tiempo atrás especificar en una invitación la necesidad de vestir un esmoquin era una falta de consideración para los respetados invitados, hoy en día prácticamente en todas las ocasiones en las que se quiere que se vista de esmoquin se indica oportunamente en la invitación.

Partiendo de la norma básica de que el clásico esmoquin de chaqueta negra es un atuendo de noche y nunca debería vestirse antes de las seis de la tarde o con luz solar, hay ciertos eventos donde esta vestimenta es más que recomendable.

Aunque la ópera nació en Italia a primeros del siglo XVIII como un entretenimiento de masas, hoy es un evento de gran solemnidad y requiere vestir a la altura del mismo. Si bien antiguamente existía la obligación de llevar frac en la parte del patio de butacas donde se aplicaba el código *dress circle*, hoy esto ya no es necesario. Sin embargo, sí es importante acudir a la ópera con esmoquin cuando sea el estreno de una representación o el comienzo de una nueva temporada.

La vestimenta de un esmoquin se debe observar también en las premieres de ballet y en las de las diferentes sinfónicas. El esmoquin será particularmente bien recibido en las fiestas de graduación o en las entregas de algún premio relevante.

En Estados Unidos es frecuente verlo también en aquellas sesiones inaugurales de teatro donde solo se puede asistir previa invitación. Las cenas de sus *country clubs* también requieren de un esmoquin. Si se recibe la invitación a una cena en la Casa Blanca o a un acto de recaudación de fondos no debería sorprender que se nos exigiera vestir de esmoquin.

Aunque en las puestas de largo cada día se aprecia más la vestimenta de esta prenda, es el frac la correcta. Tanto el padre como el chico que se presenta en sociedad deberían vestir siempre de frac.

En Latinoamérica, en los ambientes más tradicionales, cada vez está más extendida la gala conocida como «la Quinceañera». Similar a la «Debutante Ball» o a la «Sweet Sixteen», la celebrante es acompañada por una corte de otras catorce parejas, donde

todos los chicos visten de esmoquin.

A pesar de que cada vez es más común observar la vestimenta de esmoquin en bodas, esto no es correcto. Si tenemos en cuenta que el enlace no suele celebrarse en horario nocturno y que el esmoquin solo debería salir a pasear por la noche, no existe razón alguna para vestir un esmoquin en una boda. Si a esto añadimos que una boda es un acto puramente formal y que el esmoquin no pertenece a la categoría de atuendos formales, parece quedar claro lo poco idóneo de vestir un esmoquin. No se puede olvidar que el esmoquin fue creado para asistir solo a fiestas y a actos lúdicos, por lo que nuevamente queda patente que debería dejarse para otras ocasiones y reservar para las bodas el chaqué o el frac.

Otra tradición con la que el caballero del siglo XXI ha terminado es la que obligaba en los barcos transatlánticos a vestir al menos durante una cena formal un esmoquin. Hay cruceros, como los Cunard, en los que se aconseja a los pasajeros vestir de manera elegante después de las seis de la tarde e incluso se les ofrece la posibilidad de alquilar un esmoquin para que no haya pasajeros que desentonen con el resto del pasaje en las cenas más elegantes.

Aunque hoy los anfitriones que desean que sus invitados vistan de esmoquin lo suelen indicar en la invitación, puede haber casos en que se recomiende pero no se exija. Por ello, es posible encontrarse en la invitación con tres posibilidades que indiquen la mayor o menor conveniencia de vestir un esmoquin.

Así, por ejemplo, si en la invitación se especifica «black tie» (aunque la invitación se curse en español este término sigue apareciendo muchas veces en inglés), es obvio que es obligatorio vestir de esmoquin.

Si por el contrario se especifica «black tie preferred», los anfitriones están comunicando a sus invitados que les gustaría que se acudiera a la fiesta en esmoquin pero no quieren que esto sea un obstáculo para aquellos que no posean uno y puedan, igualmente, asistir.

La tercera opción posible en la invitación a un acto que pueda requerir de un esmoquin es la que indica «black tie optional» o «black tie invited». Dichas sugerencias indican la aceptación por parte de los anfitriones del esmoquin aunque estos no tengan problema alguno en que no se opte por él.

Si en el apartado anterior se pudo comprobar que en la elección de las prendas del chaqué apenas existen opciones entre las que elegir quitando la posibilidad de escoger entre un chaleco de hilera sencilla o uno cruzado, en el esmoquin ocurre justo lo

contrario.

A pesar del elevado número de terminaciones por las que se puede optar en un esmoquin, sobre lo que no caben muchas opciones es sobre el color de la chaqueta. Esta deberá ser o bien negra o bien del color conocido como «azul medianoche»; un azul marino muy oscuro que podría pasar perfectamente por negro.

En el caso de escogerse el esmoquin en negro nunca habrá opción al fallo. No obstante, el azul medianoche o *midnight blue*, por su óptimo tratamiento de la luz artificial, resulta incluso más elegante.

A la hora de escoger la chaqueta se podrá optar entre una de hilera sencilla o una cruzada, siendo ambas opciones perfectamente válidas. Se escoja una opción u otra, la chaqueta del esmoquin no contará con aberturas traseras.



El caballero que se decante por una chaqueta de hilera sencilla deberá cubrir la parte de la cintura del pantalón con un fajín o un chaleco y podrá llevarla tanto abierta como cerrada. Igualmente, dicha chaqueta contará solo con un botón en su parte frontal, el cual estará forrado del mismo material y color que las solapas.

Aunque pueda parecer extraño, la chaqueta cruzada en el esmoquin es menos formal que la sencilla debido principalmente a que, al tener que permanecer siempre cerrada, no se la acompaña ni de fajín ni de chaleco.

Las solapas pueden terminar, tanto en las chaquetas de hilera sencilla como en las cruzadas, en punta o con forma redonda. La terminación en punta se considera más formal al asemejarse más a las solapas de las de su «hermano mayor», el frac. La

terminación redondeada es menos formal al derivar directamente de la chaqueta de fumar. Por ello, para la chaqueta de esmoquin de color blanco, la cual es habitual en actos más informales, la terminación redondeada es la más adecuada.

El tejido de las solapas deberá ser de seda. La terminación de la seda puede ser de raso o de gorgorán. Si la chaqueta cuenta con solapas que terminan en punta, el remate en gorgorán resulta más elegante.

Es de gran importancia elegir bien el grado de brillo y textura de las solapas ya que la terminación de la pajarita y del fajín deberán ser exactamente iguales a estas. Nuevamente, la terminación gorgorán parece la opción más adecuada para las solapas.

La chaqueta deberá llevar un ojal practicable en la solapa izquierda con su correspondiente lazo en la parte interna para sostener una flor.

Las mangas suelen llevar cuatro botones forrados en el mismo tipo de seda que las solapas. También existe la posibilidad de optar por botones que no estén forrados sino que sean lisos. De ser así, se debería dejar el resto de los botones del esmoquin también sin forrar.



El uso ya sea bien de un fajín o de un chaleco con la chaqueta de hilera sencilla es obligatorio. Escogiendo una u otra opción se eludirá mostrar la cintura del pantalón, evitando, igualmente, que se produzca un salto visual brusco entre el negro del pantalón y el blanco de la camisa.

Si bien hoy está admitido tanto el uso del chaleco como del fajín, esto no siempre ha sido así. Hasta los años treinta, el chaleco era la prenda escogida por los caballeros para acompañar a su chaqueta. En aquellos años el fajín solo era admitido para vestirse con

los esmóquines de chaqueta blanca. Habrá que esperar hasta la llegada de los años cincuenta para ver al fajín acompañar también a las chaquetas de color negro.

Si bien tanto el chaleco como el fajín son opciones perfectamente válidas, la vestimenta de un chaleco es más formal, resultando el esmoquin final más sobrio. Dicho esto, siempre será más correcto decantarse por el chaleco si las solapas de la chaqueta terminan en punta; si por el contrario estas terminaran en forma redondeada es más armonioso optar por el fajín. En el caso de haber escogido un esmoquin cruzado, obviamente, ninguna de estas dos prendas son ni necesarias ni aconsejables.

El chaleco podrá ser de hilera sencilla o cruzada y el tejido de sus solapas será del mismo material que el del resto del esmoquin o, en su caso, totalmente de seda. Es posible encontrar en el chaleco unos pequeños pasadores que reunirán a los botones cosidos para tal propósito en el pantalón.

De optar por el fajín, este será de seda negra y lo más parecido a la tonalidad de las solapas de la chaqueta. Aunque hoy se ven fajines de color, el negro siempre resulta más correcto y aquellos caballeros que quieran introducir en este complemento algún color deberán esperar a cuando tengan ocasión de vestir un esmoquin de chaqueta blanca. Un fajín de calidad deberá llevar un pequeño bolsillo para poder introducir en él un par de entradas de la ópera y, al igual que el chaleco, contará con unos pasadores para unirlos al pantalón.

Los pantalones serán del mismo tejido que la chaqueta y llevarán raya. Nunca se verá la cintura del pantalón al quedar oculta, como se acaba de ver, tras el fajín o el chaleco. En caso de haberse escogido una chaqueta cruzada ella misma esconderá la cintura del pantalón.

Los innumerables beneficios estéticos que aporta el uso de tirantes hacen que estos sean más que recomendables con esta vestimenta. Si como se enunció en el capítulo introductorio, los trajes de chaqueta están englobados dentro de la vestimenta informal, parece lógico que cuando se vista una prenda perteneciente al código de vestimenta semiformal el uso de los tirantes sea todavía más obligatorio.

Los tirantes más allá de su función estética son necesarios si se quiere mantener el pantalón en su sitio sin dejar en ningún momento que este asome por debajo del chaleco o del fajín. Aunque su color resulta irrelevante al no verse, estos serán blancos o negros, o, en su defecto, de alguna combinación de los dos. La principal diferencia con los tirantes estándar es que las lazaderas que los unen a los botones del pantalón son de seda.

Las costuras exteriores laterales del pantalón no serán visibles y se coserá una tira de seda sobre ellas para disimularlas. Los bolsillos se posicionan de manera vertical y se coserán paralelos a la costura de seda. Ni que decir tiene que este atuendo, por su grado de formalidad, no admite la vuelta en el pantalón.

Los caballeros más exigentes con su aspecto deberían decantarse por una camisa con un cuello que, además de ser desmontable, sea del tipo ala. Aunque lo más común hoy en día es que con el esmoquin se vistan camisas con cuello de picos para abajo, *turn-down*, esto resulta menos formal y elegante.

La camisa contará con puños dobles y es habitual que en su frontal aparezcan una especie de pliegos, *pleats*, o, por el contrario, que esté rematada en piqué. La vestimenta de este tipo de camisas fue muy popular en los años cuarenta y todavía hoy sirve para diferenciar las camisas de esmoquin y frac de las estándares.

Aunque los botones más comunes de las camisas de esmoquin son del material conocido como madreperla, si el presupuesto lo permite, no se debería dejar de personalizar la camisa con botones de oro y ónice o, incluso mejor, con discretos botones de alguna piedra preciosa. Se prefiera una opción u otra, tanto los botones como los gemelos deberían ser similares y nunca llamativos.

La pajarita es la parte más característica del esmoquin y solo por ello resulta imprescindible cuidar su elección.

Para seleccionar correctamente la pajarita se deberá prestar especial atención a su color, a su tamaño y a su textura. La pajarita será de seda y tanto su color como su textura deberán ser lo más parecido a aquellos escogidos en las solapas de la chaqueta.

A la hora de elegir el tamaño y la forma de la pajarita hay que intentar que esta guarde cierta proporcionalidad con la anchura de las solapas de la chaqueta y con el cuello de la camisa. Así pues, un cuello tipo ala y de puntas anchas requiere de una pajarita también ancha.

Como regla general respecto a su tamaño, se debe intentar que los extremos de la pajarita queden encuadrados entre el extremo de la cara y el comienzo de los ojos. Igualmente, las puntas de la pajarita no deberían sobresalir de los extremos del cuello de la camisa.

La pajarita es sin lugar a dudas el complemento donde más se centrarán las miradas, por lo que no se debe elegir cualquier tipo de pajarita. Por ello, e independientemente del gusto de cada caballero, es importante evitar caer en la tentación de escoger aquellas

pajaritas ya lazadas y listas para anudarse al cuello. Hacer un nudo a una pajarita, con un poco de práctica, resulta una labor tan sencilla como anudar una corbata.

Es también importante alejarse de las pajaritas tipo *one-size-fits-all bow* ya que con seguridad cada cuello de caballero tendrá unas medidas específicas y por lo tanto no a todos les favorece por igual la misma medida. Al ser ya pocos los señores que dedican tiempo a hacerse el nudo de la pajarita, hoy más que nunca contar con un bonito lazo hablará de la elegancia y clase de su portador.

Aunque cada día, desgraciadamente, resulte más frecuente encontrar esmóquines acompañados de una corbata, esto es algo de todo punto incorrecto e inadmisibile. Los atuendos más clásicos como el chaqué, el esmoquin o el frac están definidos desde hace muchísimo tiempo y cualquier modificación importante de las prendas que los componen solo puede empeorar el resultado.



Las conocidas como *opera pumps* siguen siendo los zapatos por excelencia para acompañar al esmoquin. Se caracterizan por su gran parecido a las *slippers* tipo Albert y por contar con un lazo de seda en el empeine. Las *opera pumps* han sufrido muy poca variación desde el siglo XVIII y son los zapatos más formales y más idóneos para este atuendo.

Otra opción son unos zapatos Oxford tipo Balmoral en terminación charol. Aunque más cómodos y seguros a la hora de bailar, resultan menos elegantes. No se deberán contemplar otras opciones, como por ejemplo unos Derby, al ser demasiado informales para este atuendo.

Los calcetines serán de seda negros y de una tonalidad lo más próxima a la del lazo negro de los zapatos.

Si bien en toda chaqueta la vestimenta de un pañuelo de bolsillo es siempre recomendable, cuando se trata de la de un esmoquin resulta casi una obligación. Al igual que el chaqué, el esmoquin se puede acompañar de un pañuelo de bolsillo con algún diseño o color. Sin embargo, el contraste del color negro de la chaqueta agradece que sobre el bolsillo de la solapa descansa un pañuelo de seda blanco. Se colocará en el bolsillo de forma poco llamativa, siendo suficiente mostrar solo un centímetro paralelo a su costura.

La chaqueta de esmoquin siempre agradece una discreta flor en el ojal de la solapa. Si con el esmoquin se vistiera alguna condecoración, no se debería lucir flor alguna. Si bien escogiendo un pañuelo no es obligatorio exhibir una flor en la solapa, la combinación de una discreta flor blanca con un pañuelo blanco sobre el fondo negro de la chaqueta resulta siempre muy elegante.

Antiguamente no era bien visto llevar reloj alguno con el esmoquin ya que las ocasiones en las que se utilizaba eran puramente lúdicas y no había necesidad de prestar atención a la hora. En caso de llevarlo nada mejor que, al igual que se hacía con el chaqué y el frac, escoger un reloj de bolsillo. De no ser posible, siempre resultará más estético decantarse por uno de pulsera con brazaletes de piel que hacerlo por uno ostentoso o de brazaletes de metal.

Hay otras prendas que de ser necesarias pueden aportar un toque muy especial al esmoquin. Así pues, un abrigo tipo Chesterfield, una bufanda de seda blanca, unos guantes de piel grises o un sombrero Homburg pueden convertirse en los compañeros perfectos de un esmoquin.

Resulta también importante hacer una mención especial al esmoquin de chaqueta blanca o, como es conocido en casi todo el mundo, *Classic Warm-Weather Black Tie*.

Su origen se remonta a los años treinta, cuando los caballeros ingleses pasaban sus vacaciones en destinos tropicales y el color negro les resultaba demasiado caluroso incluso a la caída del sol. Esto explica por qué el esmoquin de chaqueta blanca solo debería vestirse en lugares con climas tropicales y en eventos no muy formales que se celebrasen al aire libre.

Este tipo de esmoquin es muy popular tanto en países tropicales como en Estados Unidos, donde el protocolo permite vestirlo en los meses de verano, concretamente desde el *Memorial Day*, Día de los Caídos, hasta el *Labor Day*, Día de los Trabajadores.

No se puede terminar este apartado sin detenerse, aunque sea brevemente, en la chaqueta de fumar. La chaqueta de esmoquin se ha personalizado en repetidas ocasiones con preciosos resultados. Así en los hogares más exquisitos y ante una cena de relevancia, el anfitrión puede vestir chaquetas de terciopelo en colores verdes, violetas o azules, que, imitando a las que antaño se usaban en los clubes ingleses para fumar, poseen una gran clase y belleza. A pesar de su gran elegancia, la chaqueta de fumar debe solo vestirse en ambientes informales o cuando su portador, como decimos, sea el anfitrión.

Si se conoce que es costumbre del anfitrión recibir a sus invitados con este tipo de chaquetas, se deberá intentar vigilar al máximo el atuendo con el que acudir a dicha casa. Nuevamente es importante recordar que cuidar la vestimenta es una muestra de respeto tanto al acto que se va a celebrar como a los anfitriones.

EPÍLOGO

El cuidado del armario

Cómo alargar la vida de los zapatos

«Nuestra apariencia es una herramienta de comunicación poderosa, envía mensajes a todas las personas capaces de ver. Todos están fuertemente influenciados por la imagen visual de esa persona que están conociendo por primera vez.»

Catherine Bell

UNOS ZAPATOS CON UNA BUENA PIEL Y BIEN CONSTRUIDOS PUEDEN DURAR muchos años si se cuidan correctamente. No obstante, por muchas atenciones que se les preste, aquellos zapatos que no estén fabricados con materiales de calidad y con una técnica depurada no podrán durar mucho tiempo en el armario del caballero.

El cuidado del calzado no exige un gran trabajo y el pequeño esfuerzo que ello requiere además de alargar considerablemente la duración de su vida aporta resultados visibles y puede mantener su aspecto inicial en perfecto estado muchos años.

Los zapatos sufren cuando su portador se sirve de ellos para caminar y dicho «sufrimiento» debe ser recompensado con algunas atenciones si se quiere que duren mucho tiempo en óptimas condiciones.

1. En primer lugar, siempre se debe utilizar un calzador para ponerse los zapatos. La utilización del calzador evita que a la larga se produzcan deformaciones en los mismos; sobre todo en la parte del talón. Si bien en unos buenos zapatos el contrafuerte está muy trabajado, calzarse de forma diaria los zapatos sin el uso de un calzador terminará estropeándolos.

Aunque la utilización incluso del más sencillo calzador de plástico es siempre más recomendable que prescindir de él, se debe intentar incorporar al zapatero uno de largas dimensiones. Los calzadores de mayor tamaño ayudan a que el talón del pie entre dentro del zapato de forma vertical y no de manera diagonal como ocurre con los calzadores de corta longitud.

2. Se debe evitar vestir los mismos zapatos dos días seguidos. La piel del calzado necesita descansar y volver a su posición original para no envejecer antes de tiempo. El uso prolongado de un mismo par de zapatos, además de no ser nada elegante, impedirá a la piel respirar y esta no tendrá más remedio que terminar absorbiendo el sudor que desprendan los pies. Igualmente, las arrugas que con el uso prolongado se forman hasta en los mejores zapatos se marcarán más, resultando luego difícil que la piel vuelva a su aspecto original.
3. Cuando acompañen al caballero de viaje se les deberá dejar descansar al menos un día. Las maletas aprisionan los zapatos, pudiendo deformarlos ligeramente. Asimismo, las frías temperaturas de las bodegas de los aviones obligan a sacar los zapatos de la maleta para que la piel recobre su temperatura normal.

4. Una de las normas más importantes a la hora de cuidar el calzado es introducir en los zapatos unas hormas de madera siempre que no se usen. Las hormas son el mejor amigo de los zapatos y deberían acompañarlos allá donde estos estuvieran.

Después de todo un día sobre ellos, las hormas, además de absorber el sudor y el olor, impiden que la piel se agriete sobre todo en aquellos lugares donde más torsión se produce. Igualmente, al «obligar» las hormas a todo el zapato a volver a su posición original, evitan que se afee el aspecto tanto interior como exterior del calzado.

Si los zapatos han sido confeccionados a medida, bastará conservarlos con la horma utilizada para su fabricación. Esta, al contrario de las hormas estándar, llegará a todos los rincones del zapato y lo conservará en inmejorables condiciones. Si se trata de zapatos industriales, bastará con utilizar unas hormas de madera extensibles. Se huirá tanto de las hormas de plástico, al no absorber la humedad y ser más endebles, como también de las que aun siendo de madera utilizan un muelle para unir la pala con el tacón, dejando, consecuentemente, la parte media del zapato sin protección.

5. En caso de mojarse los zapatos, se deberán secar al llegar a casa con un trapo suave, asegurándose de que no quede agua en ellos. No obstante, y a pesar de que no se vea agua alguna, es muy probable que la humedad haya ya penetrado en la piel del zapato. Para evitar que dicha humedad haga estragos en la piel del zapato, se introducirán en ellos cuanto antes las hormas de madera.

Al mojarse, los zapatos son más propensos a deformarse por lo que habrá que poner las hormas de madera lo antes posible. Si se está fuera de casa bastará con introducir en los zapatos papel de periódico.

Se combata la humedad con hormas de madera o con hojas de periódico, lo que nunca deberá hacerse es secarlos debajo del radiador ya que una fuente de calor directa terminará endureciéndolos y acortando la vida natural de la piel.



© Alfred Sargent Shoes

6. No se debe abusar de los productos de limpieza. Aunque la piel de los zapatos debe estar siempre lustrada e hidratada para evitar que se seque y se resquebraje, el abuso de betún termina produciendo una serie de capas en el zapato que, además de modificar su color original, impide respirar a la piel.
7. Es importante elegir productos adecuados y de calidad para limpiar todos los zapatos. Así, resulta obligatorio contar con un cepillo y una gamuza para cada color de zapato y utilizar un buen betún para reparar las propiedades que la piel pierde con el tiempo.
8. Después de cada uso y antes de guardarse en el armario se deberán cepillar para que no dé tiempo a la suciedad a entrar en ellos. Un cepillo de cerdas de buey, de caballo o de cerdo ayudará a este cometido diario.
9. Si durante un largo periodo de tiempo no se va a utilizar un juego de zapatos es importante antes de guardarlos en el zapatero darles una capa de betún o crema para que la piel se conserve en óptimas condiciones hasta el siguiente uso. Esta operación debería realizarse siempre con los zapatos de cada temporada.
10. Para terminar, es recomendable conservarlos en las bolsas de algodón que se entregan con todo buen par de zapatos. Estas bolsas, además de dejar transpirar la piel, evitan que entre cualquier suciedad. Si el espacio del zapatero lo permite se debería, una vez guardado cada zapato en su respectiva bolsa y en su horma correspondiente, conservarlos en la caja que se entregó con ellos.

Estas diez normas podrán completarse con otras que obedecen solo a la pura lógica. Así pues, los zapatos nuevos habrá que utilizarlos poco a poco para que vayan cogiendo gradualmente la forma del pie. Igualmente, los zapatos con cordones se desabrocharán

antes de desprenderse de ellos para que no terminen deformándose.

Con un calzado de calidad y respetando estas sencillas pautas se podrá disfrutar de esa comodidad que el paso de los años aporta solo a los mejores zapatos.

El proceso de limpieza del calzado

Para afrontar la agradable rutina que supone limpiar unos buenos zapatos es necesario, además de contar con los productos idóneos, conocer también el correcto orden en su utilización.

El proceso de limpieza del calzado se acometerá con éxito si se cuenta con los siguientes productos:

- Un cepillo para quitar el barro y la suciedad más visible. Este puede ser de cerdas de buey o de cerdo. Las fuertes cerdas de estos cepillos permiten eliminar el barro seco y otros restos de suciedad que puedan haberse quedado pegados al zapato. Si no se cuenta con ninguno de ellos, una esponja humedecida con agua caliente también puede ser un buen remedio para eliminar el barro y otras manchas adheridas a la piel del zapato. En caso de utilizarse dicha esponja humedecida, es recomendable dejar secar el zapato antes de aplicarle el betún.
- Un cepillo para cada color de zapato de pelo de caballo. Este tipo de pelo es más suave que los anteriormente nombrados. Estos cepillos se utilizarán para administrar el color, por lo que es importante evitar el uso de un solo cepillo para la aplicación de las diferentes tonalidades. Hay que impedir que los restos secos de color que pueda haber en los cepillos terminen mezclándose, afectando al color del zapato que se está limpiando. En defecto de este cepillo se podrá aplicar, igualmente, el color con una gamuza. El uso de esta gamuza es particularmente recomendable en aquellos zapatos que tengan dos tonos, ya que el cepillo no permite tal precisión en la aplicación de los colores.
- Un cepillo para abrillantar el zapato de pelo de cola de caballo. Al igual que ocurría con los cepillos utilizados para aplicar el color, también con los cepillos de abrillantar se necesitará contar con tantos como colores tengan los zapatos que se guarden en el armario. Su misión es servir de ayuda para pulir el betún que se aplicó al zapato. Igualmente, de no contar con este cepillo, un paño suave puede sustituirlo.



- Un betún para todas y cada una de las tonalidades de zapatos con que se cuenten. Se evitarán a toda costa los betunes con aplicador, ya que además de ser la gran mayoría de una calidad ínfima nunca proporcionan el nivel de acabado de las cremas líquidas.

Una vez se tengan estos tres tipos de cepillos es el momento de empezar con el ritual de la limpieza de los zapatos, ritual de gran sencillez que ha de seguir los siguientes pasos:

Lo primero que se deberá hacer será retirar los cordones para que no molesten y la limpieza pueda llegar a todos los rincones del zapato.

Una vez apartados dichos cordones se quitará toda la suciedad visible del zapato con el cepillo de cerdas de buey. Si no se hacen desaparecer estas manchas antes de aplicar el betún solo se conseguirá tapar dicha suciedad pero no eliminarla. Por ello, es importante insistir y no seguir con la limpieza hasta que no esté el zapato totalmente libre de manchas visibles.

El betún se aplicará con movimientos circulares hasta que se aprecie que todo el zapato ha sido cubierto uniformemente por él. Resulta siempre más acertado aplicar varias capas finas de betún que una gruesa, ya que aplicando capas finas la piel del zapato absorbe poco a poco el betún y será más fácil saber si se necesita más o por el contrario ya es suficiente. Entre capa y capa siempre es conveniente dejar pasar algunos minutos para que el betún penetre bien en la piel.

Si se trata de zapatos *semi* o *full-brogue*, resulta de vital importancia asegurarse de que después de la aplicación del betún en las perforaciones no queden restos de este. En el caso de que se apreciara algún sedimento habrá que cepillar los zapatos hasta que no

haya resto alguno. Una vez el zapato cuente con el betún necesario, se puede aplicar sobre el mismo unas gotas de agua, o incluso de saliva, para además de limpiarlo y pulirlo conseguir luego con el posterior cepillado y frotado un brillo natural.

El proceso del frotado es fundamental y solo aquel que sea aplicado con rapidez y contundencia conseguirá el resultado más brillante.

La parte del zapato que antes pierde su aspecto inicial es la suela. Para devolver a la suela su aspecto original existen aceites que ayudan a recobrar el tinte originario. La aplicación de este aceite es recomendable sobre todo después de un día de lluvia ya que devuelve el confort y la elasticidad a la suela del zapato.

Es de vital importancia prestar atención al aspecto tanto de la suela como del tacón y no dar lugar a que termine apareciendo un agujero en la suela o, en su caso, se deforme el tacón o la puntera. En cuanto se aprecie que la parte de la suela que más en contacto está con el suelo se empieza a desgastar o que la punta del zapato o su tacón comienza a perder su aspecto originario, es recomendable llevarlos al zapatero para que los repare o incluso si fuera necesario cambie las partes afectadas.

Aunque no resulta fácil encontrar zapateros a los que no les importe descoser la suela dañada y coser una nueva llevando a cabo el mismo proceso que se siguió cuando se construyó el zapato, se debería intentar que la reparación fuera siempre una reconstrucción integral y no un mero lavado de cara de la suela antigua. Las suelas que se pegan, o que en el mejor de los casos se cosen, sobre las suelas originarias solo son un parche que ningún zapato de calidad merece.

Conseguir una reparación integral de la suela no es fácil si no se envían a la casa de donde salieron, pues conlleva una gran carga de trabajo. Sin embargo, la larga tradición de zapateros españoles permite que incluso hoy se puedan encontrar profesionales a los que no les importe devolver a la vida hasta a los zapatos más maltrechos.

Para terminar este apartado, hay que mencionar, una vez más, que son esos zapatos de calidad que cuentan con muchos años en sus suelas los que acaban resultando más cómodos. Por ello no debería importar, llegado el momento, incluso hacerles un remiendo. Esto hablará, además del cariño que su propietario tiene por ese par de zapatos, también de la calidad de los mismos.

El cuidado de los trajes

«Nuestra ropa es para la mayoría de nosotros una parte muy importante como para no ser indiferente a ella: es como si su tejido fuera una extensión natural del cuerpo o incluso del alma.»

Quentin Bell

LA PRÁCTICA DEMUESTRA, UNA VEZ MÁS, QUE EL CUIDADO METICULOSO Y correcto de los trajes alarga su vida considerablemente. No obstante, para poder albergar un traje durante muchos años este deberá contar con una tela de calidad. El constante roce del traje con lugares como la parte interna del muslo o de las propias coderas con la mesa de trabajo, así como su continuo paso por la plancha, trae consigo la aparición de brillos o incluso la rotura del propio traje en algunos puntos localizados. La aparición de estos problemas solo es cuestión de tiempo, pero en las manos del caballero está retrasar lo máximo posible el envejecimiento de su traje aportándole los cuidados necesarios.

1. Al igual que cuando se hablaba del cuidado de los zapatos, los trajes también deberán alternarse intentando no vestir dos días consecutivos el mismo modelo. Dejando que el traje descansa al menos un día se consigue que su tela, ahora arrugada, vuelva en solo unos días a su posición original.
2. Este merecido descanso hace que el traje no tenga que enfrentarse a quien después de la tintorería es su principal enemigo: la plancha. Hay que planchar el traje solo cuando verdaderamente lo necesite y para nada debería convertirse el planchado en un ritual semanal. El uso de la plancha, además de producir importantes daños en el tejido, puede llegar incluso a modificar sensiblemente la hechura del traje. Por ello, deberían ser contadas a lo largo de un año las veces que un traje tuviera que enfrentarse a la plancha.

La gran mayoría de las planchas que se usan en los hogares de hoy en día resultan muy agresivas con las telas de los trajes y sus efectos son, en no pocas ocasiones, devastadores.

3. Para evitar que la plancha haga estragos en ese traje al que tanto cariño se le tiene es importante prestar una especial atención al planchado y recordar que:
 - a. La plancha no toque directamente la tela del traje en ningún momento. Para ello, bastará con ayudarse de una toalla para protegerlo.
 - b. Si hay arrugas visibles, estas se deben combatir protegiendo el traje con una toalla húmeda y aplicando calor. Es importante, una vez hayan desaparecido dichas arrugas, planchar nuevamente la zona afectada pero esta vez en seco para eliminar cualquier resto de humedad.

4. Con el objetivo de usar la plancha lo mínimo imprescindible resulta muy conveniente contar con una máquina de vapor de la cual ayudarse al desprenderse del traje y en ese momento en que todavía están visibles las arrugas deshacerse de ellas.
5. La visita a la tintorería debería ser siempre la última opción. Solo cuando se hayan probado todas las alternativas posibles y de no haber dado con la solución se deberá pensar en visitar la tintorería.

La gran mayoría de las tintorerías hacen mucho más daño al traje que beneficio alguno puedan aportar. De no tener más remedio que acudir a una de ellas siempre será más seguro visitar aquellas que no limpien en seco. La limpieza en seco obliga a utilizar productos químicos y estos no hacen ningún bien a ningún traje.

6. Igualmente, las planchas industriales resultan ser tan potentes que si bien acaban con cualquier tipo de arruga también lo hacen con la vida y el aspecto original del traje. Por ello, de no haber tenido más remedio que llevar el traje a la tintorería se deberá insistir en que se planche con una máquina de mano. De no ser esto último posible, siempre es mejor llevarse el traje sin planchar y hacerlo en casa.



© Will Boehlke

7. Al regresar de la tintorería hay que quitar el plástico que con el traje se entrega para que su tejido no se vea afectado por los productos químicos con los que están fabricadas estas bolsas de baja calidad.

8. Solo las bolsas de calidad y que cuentan con ventilación son las adecuadas para proteger los trajes cuando se cambie de temporada o no se vayan a utilizar durante un largo periodo de tiempo.
9. Antes de sentarse es recomendable subirse ligeramente el pantalón para que las costuras no se fuercen al sentarnos rápidamente.
10. Habrá que evitar dejar el traje sobre una silla, un sillón o incluso en el galán de noche. Aunque pueda llamar a priori la atención, los galanes de noche están hechos con unas medidas estándares que no tienen por qué coincidir con las de la chaqueta.
11. Por ello, a la hora de colgar la chaqueta del traje deberán utilizarse solo perchas de madera que, teniendo unas hombreras anchas y redondeadas, sean de la medida de la chaqueta y mantengan la forma originaria de las hombreras. De ser más estrechas producirán arrugas en la caída de la chaqueta y si son de mayor tamaño pueden llegar a forzar las costuras.
12. Siempre se debería contar en el armario con un apartado lo suficientemente alto como para poder extender en su totalidad los pantalones y así evitar doblarlos sobre la percha. Extendiéndolos, vuelven por su propio peso a su posición original, desapareciendo de forma natural las arrugas. Las arrugas en un pantalón con una tela de calidad desaparecerán rápidamente si además de darle un mínimo de reposo se utiliza la percha adecuada.
13. En la medida que sea posible hay que evitar agolpar los trajes en el armario permitiéndoles que se aireen sin estrecheces.
14. Después de cada uso se colgará el traje en su percha y se cepillará con su correspondiente cepillo en toda su extensión, quitando así cualquier resto de suciedad o polvo que pudiera haberse acumulado durante el día. Los pantalones son la parte del traje de chaqueta que a lo largo del día coge mayor suciedad por lo que se utilizará para su limpieza diario un cepillo con cerdas más rígidas que el empleado para las chaquetas.
15. A la hora de viajar es importante doblar correctamente el traje en la maleta para que sufra lo menos posible. La chaqueta se doblará por su parte interior y se protegerán especialmente las hombreras. El traje deberá guardarse entre prendas blandas, evitando que quede presionado con objetos duros como los zapatos o el neceser. Si se sabe doblar correctamente un traje, la clásica maleta siempre será más recomendable que un portatrajes.

16. Cuando el caballero llegue a su destino sacará el traje de la maleta y aprovechará su primera ducha para colgarlo en una percha en el baño y conseguir que el vaho penetre en él y se vayan gran parte de las arrugas que el viaje haya podido producirle.
17. No son pocos los caballeros que a la hora de adquirir un traje se hacen con dos pantalones. Los trajes se suelen abandonar debido más al envejecimiento del pantalón que al de la chaqueta. El acondicionamiento de los lugares de trabajo hace que si bien el pantalón acompañe al caballero durante todo el día la chaqueta lo haga hoy ya escasas horas. Con dos pantalones en el armario la vida del traje será mucho más longeva.

Cómo conservar las camisas

«Para poder distinguir nuestra vida a través de la elegancia uno debería haber sido dotado con esa habilidad indefinible que guía a elegir siempre las cosas realmente bellas o buenas.»

Honoré de Balzac

LAS CAMISAS SUFREN UN GRAN DETERIORO POR SU CONSTANTE ROCE TANTO CON el cuello de su portador como con superficies como la mesa de trabajo.

Si bien el desgaste tanto del cuello como de las coderas dependerá en gran medida de la calidad del tejido y acabado de la camisa, otras características como el color o su aspecto estarán supeditados al cuidado que a esta se le proporcione.

El correcto cuidado de la camisa será en gran parte el responsable de que esta se quede en el armario del caballero durante más tiempo. Para alargar la vida de las camisas se prestará atención a las siguientes recomendaciones.

Hoy resulta prácticamente imposible disponer del tiempo necesario para lavar todas y cada una de las camisas de la semana, de traje y de sport, a mano y el uso de la lavadora se antoja obligatorio. No obstante, la gran evolución de las lavadoras ha traído consigo un gran número de programas entre los que elegir dependiendo del tipo de tejido de la camisa, no perjudicando a estas tanto como hacían las lavadoras de antaño.



Al igual que resultaría una pena tener que lavar un Aston Martin o un Rolls-Royce en un lavadero automático también lo sería exponer una camisa a medida a una lavadora; por ello, con las mejores camisas, se debería hacer un esfuerzo e intentar lavarlas siempre a mano.

1. Para un correcto cuidado de una camisa resulta fundamental comprobar y entender lo que en su etiqueta se recomienda para su cuidado. Es igualmente importante conocer las características con las que está fabricada la camisa para darle el cuidado

más adecuado.

2. Quizá la norma más importante a observar cuando de mimar una camisa se trata sea lavarla en agua fría. Siempre después de hacerse con una nueva camisa, sobre todo si se trata de una camisa industrial, se lavará con agua fría por si quedara algún resto de algún producto químico.
3. Si ha caído vino sobre ella o se puede apreciar cualquier otra mancha es importante lavarla, o al menos ponerla en remojo, lo antes posible para que dicha mancha no termine penetrando en el tejido.
4. Antes de lavar la camisa se desabrocharán todos sus botones. De esta forma el movimiento brusco del tambor de la lavadora no forzará ni las costuras ni las fibras de la camisa al moverse esta libremente en toda su extensión.
5. Para mantener los colores brillantes y evitar que los consecutivos lavados terminen afeándolos o quitándoles intensidad, las camisas se lavarán del revés. Igualmente, nunca estará de más separar los colores claros de aquellos con marcados dibujos y usar un jabón de lavar específico para cada grupo.
6. Habrá que retirar las ballenas del cuello de la camisa para evitar por un lado perderlas y por otro que se rompan o incluso, en caso de ser de plata, que se terminen afeando pudiendo manchar los picos del cuello de la camisa.
7. De tener ballenas de varios tamaños es importante no forzar los picos y, por lo tanto, no usar aquellas que sean de mayor longitud que el espacio reservado para su colocación, ya que de romperse dicho lugar resultará luego muy difícil poder repararlo.
8. Nunca se usará secadora alguna, por buena que sea, para secar las camisas. Siempre será preferible colgarla en su percha y dejar que se vaya secando por ella misma.
9. Cuando se observe que la camisa aun estando algo húmeda empieza a secarse se procederá a plancharla. Siempre resultará más fácil planchar una camisa que esté algo húmeda que otra que esté totalmente seca.
10. A veces ocurre que la camisa se seca totalmente por un lado pero, sin embargo, por otro todavía está húmeda. En ese caso lo más recomendable es introducir la camisa en una bolsa de plástico y cerrarla para que la humedad se extienda por toda la camisa. Al cabo de unas horas la camisa estará lista para pasar al planchado.

11. Antes de empezar el planchado es importante asegurarse de que la camisa no tiene ninguna mancha visible. De plancharla con la mancha, esta entrará más en el tejido y luego será más difícil, si cabe, desprenderse de ella.
12. Al igual que se hacía cuando se trataba del traje, la camisa se planchará poniendo un paño sobre ella que impida el contacto directo con la plancha y se usará una tabla de planchado de calidad. El proceso de planchado es de extrema importancia para asegurar que la camisa dure el máximo tiempo en el armario del caballero. Dicho proceso se realizará atendiendo a una serie de pasos encadenados:

La primera parte que se planchará será su cuello. Este se planchará primero por su parte interior y solo luego por la exterior. Se planchará de las puntas al centro para evitar, sobre todo en las camisas que tienen el cuello con entretela, que se terminen formando arrugas.

Una vez planchado el cuello se hará lo propio con los hombros, aprovechando la curvatura de la tabla de planchado.

Terminado el planchado de los hombros se trabajará el canesú, planchando este del centro a los extremos.

A continuación, se plancharán ambos lados de la camisa prestando especial atención a la parte superior frontal, donde están cosidos sus dos primeros botones. Esta zona queda muy expuesta, sobre todo en las camisas que no se acompañan de corbata, y si está mal planchada podrá apreciarse fácilmente.

Al igual que se hacía con el cuello, los puños de la camisa se plancharán primero por su parte interior y después por la exterior. En ambos casos es importante que se estire la tela para evitar que se produzcan arrugas.

Las mangas se plancharán de abajo arriba hasta llegar a los hombros. Existen pequeñas planchas para mangas que ayudan con esta tarea. Aunque dependerá de los gustos personales de cada caballero, las mangas quedan más elegantes sin raya.

La parte trasera de la camisa se planchará, por el contrario, de arriba abajo. Esta es la pieza de la camisa que más fácil resulta de planchar al no tener partes que requieran de gran precisión.

13. Las tintorerías tampoco son buenas amigas de las camisas. En caso de no poder desprenderse de una mancha habrá que insistir en la tintorería en que se lave la camisa a mano y nunca en seco. No hay nada más violento que exponer una buena camisa a los productos químicos que se usan en las tintorerías.

14. Las camisas nunca se introducirán en cajoneras; por el contrario, se guardarán en el armario en perchas de madera de cierta envergadura, abotonando el primer botón. Al igual que los tejidos de los trajes, también los de las camisas deben respirar y poder airearse, por lo que no deberán agolparse varias camisas en un espacio reducido.

Preservando la vida de las corbatas

«Una corbata bien anudada es el primer paso serio en la vida de un hombre.»

Oscar Wilde

UNA CORBATA DE CALIDAD SOLO REQUERIRÁ DE UNOS MÍNIMOS CUIDADOS PARA que acompañe a su dueño durante muchos años.

Los principales enemigos de la corbata son las manchas y los enganchones. Si bien hay manchas que desgraciadamente no se pueden evitar, otras, teniendo un mínimo de cuidado, sí se podrían remediar. Así, por ejemplo, habría que asegurarse de tener las manos totalmente limpias al realizar el nudo para evitar manchar esa parte tan visible de la corbata.

Al igual que ocurre con los trajes, con las camisas y con los zapatos, si se presta atención a unas pocas normas se podrá aumentar también la vida útil de las corbatas, perdurando más tiempo su aspecto original.

1. Uno de los complementos que más se ven en las tintorerías son, seguramente muy a su pesar, las corbatas. Si bien las manchas de la camisa y del traje se pueden tratar en casa, las producidas en las corbatas son mucho más difíciles de quitar y la ayuda que ofrecen las tintorerías resulta *a priori* interesante. Sin embargo, las tintorerías hacen verdaderos estragos en las corbatas y, aunque es cierto que tras visitarlas las manchas desaparecerán, también lo hará el color y las características principales de su tejido.
2. De caer una mancha en la corbata se evitará a toda costa recurrir a un quitamanchas. Dichos quitamanchas, además de dejar un cerco alrededor de la mancha, también acaban con las características originales de la corbata. Por el contrario, y todavía cuando la mancha esté reciente, habrá que ayudarse de una esponja muy suave y aplicar agua fría sobre la mancha para evitar que esta penetre en la seda de la corbata. Si esto no diera resultado se usará un cepillo de dientes y con agua y un poco de jabón neutro se frotará ligeramente en la parte afectada.
3. Las arrugas son después de las manchas y los enganchones la tercera amenaza a la que se enfrentan las corbatas por su mero uso. Una de las recomendaciones más importantes para evitar que se formen arrugas, sobre todo en la parte del nudo, es deshacerlo siguiendo el proceso inverso a cuando se anudó, para evitar que la entretela se deforme y consecuentemente la seda de la corbata termine afeándose. De desprenderse de la corbata de manera brusca, con el tiempo aparecerán en la parte del nudo unas arrugas muy marcadas e incluso, en el peor de los casos, la corbata puede no caer ya de manera limpia, inclinándose hacia un lado u otro.

4. Igualmente, a la hora de anudarse la corbata hay que asegurarse de no apretarse el nudo en exceso ya que marcándolo mucho se deformará la entretela y conforme transcurra el tiempo ni el nudo ni el aspecto de la seda en ese punto volverá a ser el mismo que cuando se usó por primera vez la corbata. Por el mismo motivo, nunca se dejará una corbata con el nudo anudado de un día para otro.
5. La forma adecuada para guardar las corbatas es hacerlo en un corbatero o en su defecto en un lugar donde puedan descansar enrollándose sobre sí.
6. Si para que los trajes volvieran a su posición original se recomendaba colgarlos en una buena percha, para que las corbatas también pierdan sus arrugas se hará exactamente lo mismo. Tras colgar la corbata en un corbatero, su propio peso hará que con el correspondiente descanso desaparezcan las arrugas.
7. La plancha y la corbata nunca se llevaron bien. Por ello, incluso con las arrugas más marcadas deberá evitarse utilizar la plancha.

La plancha puede terminar modificando tanto el color como la textura de la corbata. Debido a ello, siempre será más conveniente plancharlas exclusivamente con vapor. Si no hay más remedio que utilizar una plancha habrá que proteger la corbata usando una toalla.



8. Si se va a realizar un viaje existen portacorbatas donde poder guardar una o dos corbatas. También resulta fácil hacerse con una pequeña caja que permita transportar varias corbatas enrolladas. De no contar con ninguna de estas dos opciones, se pueden transportar enrollándose entre sí y acoplándolas en algún lugar de la maleta donde se tenga la certeza de que no quedarán aplastadas por las piezas más duras.

Agradecimientos

No sé si habré logrado un balance justo entre el rigor de los artículos de «El Aristócrata» y la claridad de los argumentos de «El Mayordomo». Desconozco, igualmente, si mi seguidor más purista habrá quedado desilusionado por reincidir en algunos temas ya conocidos por él o si a mi lector más novel otros le hayan podido resultar demasiado complejos. Si cierto balance se obtuvo, será en buena medida gracias a la comprensión de unos y al deseo de aprender de otros.

Han sido innumerables las personas que me han ayudado de una forma u otra a que hoy este libro pueda ser hoy una realidad. Si bien muchas de ellas no se encuentran en la siguiente lista, quiero que sepan que sus consejos los he tenido muy presentes en la redacción de esta obra y a esos nombres omitidos, unos intencionadamente y otros por mero olvido, les debo el nivel alcanzado en estas páginas.

En primer lugar quiero agradecer a mis padres el que desde que viniera a este mundo pusieran a mi disposición todos los medios necesarios para no tener mayor preocupación que la de vivir y formarme. Su seriedad, humildad, integridad y cariño han sido los mejores maestros que un aspirante a caballero como yo podría haber tenido.

A mi hermano Rafa, por demostrarme con su ejemplo que también se puede ser buena persona y elegante sin tener por ello que vestir de corbata. La «custodia» que durante años ha hecho de mis camisas me ha permitido reencontrarme con ellas mucho tiempo después.

A mis hermanas y cuñados. A Ellas por tener que convivir con mi ropa por todos los rincones de la casa durante nuestra infancia y adolescencia y a ellos por darme la oportunidad de tenerla.

Deseo reconocer una vez más la comprensión y el apoyo incondicional de mi mujer, Goiuri, quien durante este último año ha tenido que compatibilizar su vida laboral con la educación de nuestra hija ante un padre ausente. Igualmente, quiero disculparme con mi hija Teresa por no haberle prestado toda la atención de la que su hermosura es merecedora.

A don Pedro Cifuentes, el auténtico dandi del siglo XXI y uno de los pocos *bon-vivants* que todavía quedan en vida, quien además de ser el espejo donde todo caballero estiloso debería mirarse ha demostrado el gran cariño que tiene a toda mi familia y a mí en particular.

A Flavio Muñoz, por sus siempre acertados y precisos consejos, cuya impoluta presencia nos hace esforzarnos un poco más a todos los que le conocemos en aras de alcanzar la perfección en el vestir.

A Rafael Medina, por haber colaborado en este libro de manera totalmente desinteresada. Su asesoramiento y consejos, así como su apuesta decidida con su cadena Scalpers por la elegancia intemporal, han estado presentes en todo momento en la redacción de esta obra.

A Juan Luis, periodista, primo y amigo, quien escondido tras una fachada llena de noches y experiencias convulsas no conoce más prioridad que la de su familia.

A Ediciones Martínez Roca, a su directora Carmen Fernández de Blas y a su siempre afable colaborador, Javier Ponce, quienes además de brindarme todo el apoyo y ayuda que he podido necesitar para la redacción de este libro han sido los verdaderos artífices de que un tema tan pasado de moda para algunos, pero tan actual para otros, haya podido ver la luz.

A Gregorio Fernández, director del periódico online *extraconfidencial.com*, por dar a Jeeves la oportunidad de compartir con miles de lectores todas las semanas, durante ya casi dos años, los más variados temas referentes al buen vestir.

A don José María Reillo, gran sastre y mejor amigo, de cuya experiencia, conocimiento y buen hacer me he valido para la redacción de varios apartados de este libro. ¡¡¡Que Dios conserve sus manos y podamos disfrutar de su trabajo muchos años!!!

Un agradecimiento muy especial a los lectores de *www.elaristocrata.com*, mis verdaderos maestros, quienes con sus siempre acertados comentarios han creado el portal de referencia de moda masculina clásica de los países hispanohablantes. Espero de corazón que podamos volver a encontrarnos en un futuro muy cercano.

Y a todos esos amigos que piensan que la moda masculina de los años treinta y la elegancia de Cary Grant no han muerto y que con su ejemplo en el vestir nos recuerdan que aquel estilo elegante, masculino y clásico sigue hoy tan vigente como entonces.

Muchas gracias a todos.

José María López-Galiacho González

Bibliografía

Libros y publicaciones

Ambady, Nalini, y Robert Rosenthal, «Thin Slices of Expressive Behavior as Predictors of Interpersonal Consequences: A MetaAnalysis», *Psychological Bulletin*, 111, 1992.

Antongiavanni, Nicholas, *The Suit*, HarperCollins, Nueva York, 2006.

Ashelford, Jane, *The Art of Dress: Clothing and Society 1500-1914*, Abrams, Nueva York, 1996.

Autor desconocido, *The Standard Work on Cutting Men's Garments*, 4.^a ed. Publicado originariamente en 1886 por Jno J. Mitchell, Nueva York.

Baumgarten, Linda, *What Clothes Reveal: The Language of Clothing in Colonial and Federal America*, Yale University Press, New Haven, 2002.

Black, J. Anderson, y Madge Garland, *A History of Fashion*, William Morrow and Company, Nueva York, 1975.

Byrd, Penelope, *The Male Image, Men's Fashion in England 1300-1970*, B. T. Batsford, Londres, 1979.

Croonborg, Frederick, *The Blue Book of Men's Tailoring*, Croonborg Sartorial Co., Nueva York y Chicago, 1907.

Cunnington, C. Willett, y Phyllis Cunnington, *Handbook of English Costume in the 19th Century*, 3^a ed., Plays, Inc., Boston, 1970.

Devere, Louis, *The Handbook of Practical Cutting on the Centre Point System* (1866), revisado y editado por R. L. Shep, Mendocino, California, 1986.

Doyle, Robert, *The Art of the Tailor*, Sartorial Press Publications, Stratford, Ontario, 2005.

Druessedow, Jean L. (ed.), *Men's Fashion Illustration from the Turn of the Century*, reed., Dover Publications, Nueva York, 1990. Publicado originariamente en 1910 por Jno J. Mitchell, Nueva York.

Ettinger, Roseann, *Men's Clothes and Fabrics*, Schiffer Publishing, Atglen, Pensilvania, 1998.

Flusser, Alan, *Dressing the Man*, HarperCollins, Nueva York, 2002.

Hall, Judith A., y Frank J. Bernieri (eds.), *Interpersonal Sensitivity: Theory and Measurement*, Lawrence Erlbaum Associates, Mahwah, Nueva Jersey, 2001.

Laver, James, *Costume and Fashion - A Concise History*, Thames and Hudson, Londres, 1969.

Marly, Diana De, *Working Dress: A History of Occupational Clothing*, Batsford, Londres, 1986; Holmes & Meier, Teaneck, Nueva Jersey, 1987.

Minister, Edward, *The Complete Guide to Practical Cutting* (Londres, 1853), vols. I & II. Revisado y editado por R. L. Shep, Mendocino, California, 1993.

Peacock, John, *Men's Fashion - The Complete Sourcebook*, Thames and Hudson, Londres, 1996.

Roetzel, Bernhard, *Gentleman: A Timeless Fashion*, Könemann, Königswinter, 2004.

Salisbury, Wilbur S., *Salisbury's System of Actual Measurement and Drafting for all Styles of Coats upon Geometric Principles*, Nueva York, 1866. En *Civil War Gentlemen: 1860's Apparel Arts and Uniforms*, R. L. Shep, Mendocino, California, 1994.

Sunnafrank, Michael, y Artemio Ramírez Jr., «At First Sight: Persistent Relationship Effects of Get-Acquainted Conversations», *Journal of Social and Personal Relationships*, 21, n.º 3, 2004.

Tozer, Jane, y Sarah Levitt, *Fabric of Society: A Century of People and Their Clothes 1770-1870*, St. Martins Press, Nueva York, 1984.

Vincent, William Deskett Foot: *The Cutter's Practical Guide*. Vol. II: *All Kinds of Body Coats*, The John Williamson Company, Londres, circa 1893.

Waugh, Norah: *The Cut of Men's Clothes 1600-1900*, Routledge, Londres, 1964.

Whife, A. A. (ed.): *The Modern Tailor Outfitter and Clothier*, The Caxton Publishing Company, Londres, 1951.

Páginas web consultadas

<http://www.elaristocrata.com>
<http://asuitablewardrobe.dynend.com>
<http://www.askandyaboutclothes.com>
<http://www.thelondonlounge.net>
<http://www.styleforum.net>
<http://www.englishcut.com>
<http://permanentstyle.blogspot.com>
<http://welldressed.blogg.se>
<http://www.dandyism.net>
<http://tuttofattoamano.blogspot.com>
<http://www.mensflair.com>
<http://gentlemancavalierblog.blogspot.com>
<http://blogs.revistagq.com/esmoquinroom>
<http://forums.filmnoirbuff.com>
<http://gorgeoustyles.blogspot.com>
<http://ropa.elitista.info>
<http://www.thefederalounge.com>
<http://easyandelegantlife.com>
<http://www.stiljournalen.dk>
<http://www.bdeh.es>
<http://www.forodelcalzado.com>

Biografía del autor



© Rafael López-Galiacho González

Nacido en Albacete, José María López-Galiacho González estudió Derecho en Madrid, residiendo en el Colegio Mayor Universitario de San Pablo. Tras pasar varios años en el extranjero, donde además del Bachelor of Commerce (B.Comm) cursó un Master in Business Administration (MBA), regresó a Madrid para simultanear sus estudios de doctorado en Económicas con su labor profesional como responsable de las actividades de una conocida consultora en el continente americano.

Poco después de crear el blog de referencia de habla española de moda clásica masculina www.elaristocrata.com, empezó a colaborar con diferentes medios escritos y online, destacando entre sus trabajos la columna semanal «El Mayordomo» en el periódico económico www.extraconfidencial.com. Igualmente dedica gran parte de su tiempo libre a labores de asesoría de imagen dirigidas tanto a particulares como a empresas.

En el momento actual, compatibiliza todas estas actividades con su puesto de director de Operaciones para el continente africano de una importante multinacional.

Vive actualmente en Madrid con su mujer y su hija.

Manual del perfecto caballero

José María López-Galiacho

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

© del diseño de la portada, Pedro Viejo, Departamento de Diseño, División Editorial del Grupo Planeta

© de las imágenes de la portada, Eric VANDEVILLE/Gamma-Rapho via Getty Images

© José María López-Galiacho, 2011

© del prólogo, Rafael Medina Abascal, 2011

© de las ilustraciones, Rebeca García Viña, 2011

© Ediciones Planeta Madrid, S. A., 2011

Ediciones Martínez Roca es un sello editorial de Ediciones Planeta Madrid, S. A.
Paseo de Recoletos, 4, 28001 Madrid (España)

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): junio de 2011

ISBN: 978-84-270-3795-3 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.

www.newcomlab.com

Índice

Dedicatoria	3
Prólogo	4
Introducción	7
La importancia de la imagen	10
La elegancia masculina clásica, la única moda intemporal	16
Las tres normas básicas del buen vestir	20
Definiendo los conceptos «formal», «semiformal», «informal» y «casual»	30
Capítulo I. Vestir de traje	34
El zapato, la base de todo buen armario	38
La elección del color de los calcetines: la conveniencia de huir del negro	53
El traje	57
La camisa	82
La corbata	98
Los complementos, un toque de distinción necesario	108
Cómo aparentar ser más altos, más delgados o más bajos	125
El abrigo, un imprescindible en el armario del caballero	134
Reino Unido-Italia: dos países, dos estilos	140
Capítulo II. Vestir de sport	148
La importancia de saber vestir también sin corbata	152
Los zapatos	156
Los pantalones de sport	169
Las dos chaquetas de sport por excelencia	179
Combinando zapatos, calcetines, pantalones, camisas y jerséis	190
Los Casual Fridays	195
La vestimenta de estar por casa	200
Capítulo III. Vestir de etiqueta	205
El frac, el exponente máximo de la formalidad	209
El chaqué, el atuendo del novio por excelencia	218
El esmoquin, la opción perfecta para veladas festivas	228
Epílogo. El cuidado del armario	240
Cómo alargar la vida de los zapatos	244
El cuidado de los trajes	251

Cómo conservar las camisas	256
Preservando la vida de las corbatas	261
Agradecimientos	265
Bibliografía	268
Páginas web consultadas	271
Biografía del autor	272
Créditos	274